



VOCES CHILENAS

IMPRESO A EXPENSAS DE LA
ACADEMIA CHILENA.

LaS.Gr
M4914v

VOCES CHILENAS

DE LOS

REINOS ANIMAL Y VEGETAL

QUE PUDIERAN INCLUIRSE

EN EL

DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA

Y PROPONE PARA SU EXAMEN

A LA

ACADEMIA CHILENA

J. T. MEDINA



388357
16.1.41

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA UNIVERSITARIA
Bandera 130
1917





DOS PALABRAS A MODO DE PRÓLOGO

Los españoles, al hallar un mundo nuevo, encontraron en él hombres nuevos, animales, peces, plantas y flores que les eran desconocidas. A las que de estas cosas nuevas para ellos tenían alguna semejanza con las que existían en España, les dieron los mismos nombres: observación que hacía ya el P. Acosta, respecto de las frutas, diciendo: «A muchas de estas de Indias los primeros españoles les pusieron nombres de España, tomadas de otras cosas a que tienen alguna semejanza, siendo en la verdad diversísimas»; estableciendo así desde ese momento una confusión que aun hoy en gran parte perdura en el habla vulgar y que la ciencia ha ido poco a poco deshaciendo, hasta señalar a cada una de ellas el verdadero lugar que les corresponde en el orden de la naturaleza. Pero aquellas que eran del todo diferentes de las que ellos conocían, forzosamente tenían que designarlas con los nombres que les daban los aborígenes americanos, y cuando no lograron saberlos, hubieron de limitarse a describirlos por sus cualidades características, relacionando, en cuanto les fué po-

sible, sus analogías o diferencias con las que les eran familiares.

No faltaron desde los primeros años del descubrimiento curiosos observadores que fueron consignando en sus relaciones o en sus obras algunas noticias acerca de los seres que poblaban los reinos animal y vegetal americanos que se les presentaron a la simple vista como más extraños comparados con los que ellos conocían. A Colón y sus compañeros les llenó de sorpresa el ver que los indios andaban con tizones encendidos en la boca, que no eran otra cosa que el tabaco, y sabido es que el gran genovés, además de los hombres del Nuevo Mundo, llevó también a España, pintados papagayos de los que poblaban sus selvas. Así fué como poco a poco se fueron incorporando en el habla castellana y enriqueciéndola ciertas voces americanas, primeramente de las islas nuevamente descubiertas, como *arcito*, *bejuco*, *buhío*, *cacique*, *canoa*, *macana*, etc., y más tarde las que procedían del continente mismo. En el limitado campo de las presentes apuntaciones, esto es, de las palabras que en Chile se conocen procedidas de los reinos animal y vegetal, recordaremos que Pedro Mártir de Anglería, el primero de los historiadores del Nuevo Mundo, habló ya en su carta de 29 de abril de 1494 del maíz, que llamó «trigo con que los indios hacen el pan»; de las *piñas*, que el rey Fernando fué el primero que probó en España; del *cacao* y del *chocolate*, del *ají*, las *batatas*, los *cocos*, la *yuca*, la *pita*, del *mamey* y de los *cucuyos*.

Siguióle después en la descripción de los animales y plantas el gran cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, que en una fecha tan cercana al descubrimiento como el año de 1535, publicó una obra especialmente destinada a tratar en sumario de la natural historia de las Indias, que en la parte que a los chilenos puede interesar recordó también la *piña*, el *guayabo*, el *guayacán*, que el Diccionario acogió bajo el nombre de *guayaco*; la *tonina*, la *tuna* y la *jaiba* (que aun no aparece en el léxico oficial); y luego después, cuando escribió su *Historia General*, describió el *ají*, el *alcatraz*, la *barata* (aun no consignada, a no ser por la designación de «cucaracha de Indias», bajo la voz *fótula*); la *batata*, el pájaro *carpintero*,

que se decía *pito* en España, pero que no aparece bajo tal nombre en el Diccionario; el *cardón*, que se da como sinónimo de *cardencha*, o sea de la *carda* que llamamos, tomando la parte por el todo; la *guayaba*, la *llama*, el *mayuey*, el *maní*, la *nigua*, la *papa* (cambiada sin fundamento alguno y con prescindencia de su etimología indígena, en *patata*); el *sagó*, el *tabaco*, la *tuna*, el *vagre* (escrito ahora con *b* e incorporado por fin en la última edición del léxico) y de la *yuca*.

López de Gómara fué tanto más retórico cuanto menos curioso que Oviedo en materia de vocablos indígenas (como que no puso jamás los pies en América) y apenas si recuerda la *nigua* y las «chinchas con alas», las *vinchucas*, que aun no aparecen en el léxico; si bien pudo hablar del *tomate*, cuya procedencia mexicana, ya que historió a Cortés, debió recordar.

Cieza de León apuntó la *tuna*, también de aquel país; la *coca*, la *gallinaza* o *gallinazo*, como se dice generalmente; las *papas* y las *paltas*; el *guanaco*, la *vicuña*, el *paco* y la *viscacha*.

Agustín de Zárate menciona el *alcatraz* y es el primero que habla del *cóndor*, que hoy aparece al cabo en el léxico con el acento que le corresponde.

Siguiendo siempre el orden cronológico, tenemos a continuación al gran médico y naturalista Nicolas Monardes, que describió y dibujó el *armadillo*, por el ejemplar que disecado conservaba en su casa en Sevilla, Gonzalo de Molina, y que está ya en el léxico bajo su nombre harto más conocido de *quirquincho*, aunque sin establecer su sinonimia ni su etimología; la *coca*, la *guayaba*, la *piña*, la que llamó «yerba del sol», de origen peruano, como el *paico*, que también estudia, y que el Diccionario, dándolo como de procedencia chilena, lo describe bajo el nombre de *pazote*, forma en que nadie lo conoce aquí.

Don Bernardo de Vargas Machuca en su *Milicia y descripción de las Indias*, impresa en Madrid en 1599, trata del *cacao*, la *coca*, el *capulí*, el *cóndor*, el *guanaco*, el *molle*, la *piña*, la *tuna* y la *vicuña*; y casi al mismo tiempo que aquella obra salía a luz la *Historia natural y moral de las Indias* del P. José de Acosta, que a su espíritu observador, añadía el estar bien preparado para tratar de esas materias, por haber resido no

poco tiempo en el Perú y en México, y que así pudo hablar con perfecto conocimiento del *cacao*, del *camote*, *capolies*, *coca*, *coco*, *cuy*, *cóndor*, *chinchilla*, *flor del sol*, *frísoles* y *pallares* (voz esta última que acaba de entrar en el léxico como «judía del Perú»); de la *granadilla*, del *guanaco*, del *guayacán*, *maguey*, *molle*: del *maíz morocho* (incorporado en el léxico en su forma corriente de *morocho*): de la *palta*, la *papa* y sus derivados culinarios *chuño* y *loco* (que también consulta ahora el léxico); de la *piña* (que nadie, sea dicho de paso, llama en estas partes con el nombre brasileño de *ananás*); la *tuna* y el *tunal*, la *viscachá*, la *vicuña* y el *zapallo*, que aun no logra la suerte de otras voces de hallar el sitio que tan justamente le corresponde en el habla castellana. De dos frutas de Chile habla también el curioso jesuita: la *frutilla* y los *coquillos*, nuestros *coquitos*; y con él se cierra el número de los escritores que de cosas americanas trataron hasta finalizar el siglo XVI. El XVII puede decirse que pasó, si exceptuamos la obra del cronista Antonio de Herrera, escrita muy a sus principios y que contiene la noticia de algunas plantas americanas, y por lo que a Chile toca, la muy curiosa que da de la *teca* de los araucanos, único cereal que hasta hoy haya desaparecido del globo terrestre; si exceptuamos ese libro, digo, pasó sin que la literatura general aportase dato alguno a la lexicografía americana, siendo necesario esperar hasta los últimos años del XVIII para ver aparecer el *Diccionario geográfico de la América* de don Antonio de Alcedo, en el que muy de propósito se insertó al final una nomenclatura de voces indígenas de ella, con sus respectivas definiciones, que en la parte que a Chile interesa, por tratarse de las que aquí son conocidas, contiene las siguientes:

Calaguala, *camote*, *cachanagua*, *chinchilla*, *chirimoya*, *coca*, *condór* (de donde sin duda el acento, originado quizás de un yerro de imprenta, que se ha mantenido durante tiempo en el léxico); *coyote*,—de donde *cidra coyote*, por *alcayota*,—voz mejicana de significado genérico que se da a las producciones de la tierra; *cucaracha*, *culén*, *cuy*, *chonta*, *diuca*, *durazno*, que tal procedencia le atribuye; *gallinazo*, *guayaba*, *guayacán*, *loro*, *lucuma* (con el acento grave), *llama*, *madi*, *maguey*, *maitén*, *maíz*.

mani, maqui, molle, murtillo, nispero, que como sinónimo americano de *zapotillo* nos da el léxico; *pájaroniño, paltu, papas, papaya, pericote, picaflor, piña, pique o ñiña, pita, pinquén, puma, quinchamali, tril* (que escribe *trillis*), *tatuma, viravira, rizecacha, zapallo* (con *y*) *zancudo, zapote*.

Tenemos, pues, así, que por primera vez salen a plaza las voces chilenas *diuca, madi, maitén, maqui, pinquén, quinchamali* y *tril*: que de las otras de tal procedencia contenidas en esa enumeración ya veremos que lo estaban de antes.

Por lo que he podido averiguar, la primera alusión a un producto natural, una planta, de Chile se encuentra en la obra de Monardes ya recordada, en el siguiente párrafo de la carta que Pedro de Osma y Xara y Cejo le escribió desde Lima a 26 de diciembre de 1568, que dice así: «El año de cincuenta y ocho, en Chile se cortaron ciertos indios presos las pantorrillos para comérselas, y las usaron para ello, y lo que es más de admiración, que se pusieron en lo cortado ciertas yerbas, y no les salió gota de sangre; y lo vieron esto muchos entonces, en la ciudad de Santiago, presente el señor don García de Mendoza, que fué cosa que admiró a todos».

Y es lástima que no se expresara el nombre de tan maravillosa planta, cuya virtud corre parejas con la de aquella otra de que hacen mención el P. Rosales y Gómez de Vidaurre, «que ablanda el hierro de modo que puede manejarse con las manos del mismo modo que la cera!»

Después de esto, se impone el tratar de los que en ese orden de nuestro país han escrito, y pues se ha nombrado a Hurtado de Mendoza, luego ocurre a los puntos de la pluma el nombre de don Alonso de Ercilla, que estuvo en Chile cerca de tres años y que aquí escribió gran parte de su *Araucana*, según de todos es sabido, en la cual es de creer que se hallaran algunas noticias de los objetos naturales de esta tierra. ¡Desilusión profunda! Ya Humboldt achacaba al poeta su falta de observación de la naturaleza del país en que se desarrollaron las hazañas de los héroes de su epopeya, reproche que repetía después don Miguel Colmeiro, llegando a decir que, en materias de botánica, aun le superaba don Diego de Santisteban Osorio, el pedestre continuador de su *Araucana*,

y en verdad que les sobra razón para ello. Esa obra, salvo unas cuantas voces americanas, como son, *apó*, *bejuco*, *caei-que*, *canoá*, *chaquirá*, *escaupil*, *inca*, *llauto*, *mangle*, *palla*, *vi-cuña*, en todo lo demás bien manifiesta que, en ese orden, bien pudo ser escrita por alguien que no hubiese salido de Madrid. Así, de animales, habla del león, del tigre, de la onza, del pardo, de los venados; en términos poéticos, de la golondrina y del ruiseñor (Progne y Filomena); en igual forma, de «la mustia Clicie» (el girasol o nuestra maravilla); de plantas, apenas si de la *frutilla* de la murta y de las ovas marinas; y en cuanto a flores, de las que se daban en España:

El blanco lirio y encarnada rosa,
Junquillos, azahares y mosquetas,
Azucenas, jazmines y violetas.

Pero, chilena, ni una sola! Sin duda que en esto le hizo ventaja nuestro Pedro de Oña, que comprendió cuanto gaudiría su relato con insertar en él vocablos que propendiesen a darle el conveniente sabor local, según tuvo cuidado de advertirlo en su prólogo al lector, al prevenir que en sus versos iban «mezclados algunos términos indios, no por cometer barbarismo, sino porque, siendo tan propia dellos la materia, me pareció congruencia que en esto también le correspondiese la forma»; cuidando, además, de aclararlos en notas que puso a ellos al final de su obra. Y así fué cómo y por qué habló en ella de *apó*, *callana*, *cóndor*, *chaquirá*, *chicha*, *huincha*, *llauto*, *macana*, *muday*, *pérper*, *pillán*, *ulpo* y *yole*, y, dentro del orden de voces de que tratamos, de la *cortadora*, del *madi*, del *molle* y del *pacay*, nombre que da a un árbol de que se hacía el mejor carbón, que perdura en el Perú y en algún lugar geográfico y que hoy ya no se conoce en Chile, en cuanto yo sepa.

De los otros poetas que escribieron de las guerras de Chile, Álvarez de Toledo menciona el *pangue*, y Mendoza Montegudo el *lanco*, pero sus obras permanecieron inéditas hasta nuestros días.

Poca cosa es todo esto, como se ve, y no puede uno menos de sorprenderse también al notar que el P. Alonso de Ovalle, tan chileno que era, al paso que se extiende en pintar con

subidos colores la fertilidad del suelo de este país en producir las plantas europeas frutales y la hermosura de los árboles a que se daba los nombres que tenían en Europa, como el roble, el laurel, el avellano y otros; de las flores del viejo mundo que aquí se cultivaban en los jardines y de las que espontáneamente, de allí procedidas, habían invadido los campos, de las propias de la tierra apenas si habla del *quinchamali*, del *culén* y de la *cachanagua* (que describe sin nombrarlo), la *patagua*,—hoy ya colocada en el léxico,—el *peñu* (*peumo*), el *maqui*, el *molle*, el *huigán* (*huingán*), la murtilla, el *quelu* (*queule*) y la frutilla; el *luche* y el *cochayuyo*; de las aves, la lloica (loica), el *peucu* (*peuco*) y el *qulten* (*queltchue*); de los mariscos, los *choros*, los *locos* y los *piscos*; y de los animales, el cuy, el guanaco y el quirquincho.

Verdad es que, ya casi medio siglo antes, Alonso González de Nájera había escrito su *Desengaño y reparo de la guerra de Chile*, obra en la cual se enunciaban algunas aves y unas pocas plantas de este país; de aquéllas, el alcatraz, el *piquón* y el *travo*, la *vandurria*, y el flamenco, que debo recordar por el curiosísimo dato que respecto de estos pájaros da, cual es, que eran «según dicen en aquella tierra, nuevamente aportados a aquellas marinas»; de los mariscos, describe el *pico*, y del reino vegetal, la frutilla, la murtilla, el *maqui*, el *quinchamali*, la *pichoa*, la *quinua*, el maguey, el *panque*, los *quiscos* y los *colcos* (*colihus*).

De los cronistas anteriores a él que escribieron en prosa, Góngora Marmolejo, el más notable, sin duda, de los del siglo XVI y el que más de cerca sigue a Ercilla, no contiene, como éste, ni una sola línea respecto a las producciones naturales chilenas, si exceptuamos las perdices y los halcones (sin sus nombres chilenos), demasiado ocupado en referir los sucesos de la guerra araucana, que era, ciertamente, lo primero en un tiempo en que por causa de ella los españoles se jugaban la vida casi a diario; y Mariño de Lobera, el otro de los cronistas de esa época, cualquiera diría, al ver la enunciación que consigna de las aves y plantas de Chile, que describe una provincia de España, excepción hecha de cuando, al hablar de la ciudad de Valdivia, dice que «es abundosa de todos los mantenimientos que siembran los indios para su sustentación, así

como maíz, papas, *quinua*, *madi*, ají y frísoles»; y cuando enumera el *cori*, (*corecore*), *lanco*, *culén* (*culén*), la *lepichoa* (*pi-choa*) y otras tres plantas que llama *quedanque*, *chopeicho* y *megue*, que no se sabe hoy en día cuales sean; y de «unas matas de una vara de altura, de tal calidad, que cayendo en ellas el rocío, a ciertos tiempos del año se sazona de manera, que se vuelve en sal menuda», fenómeno sobre el cual Gómez de Vidaurre había de llamar también la atención más tarde.

Por los días en que el P. Ovalle daba a la prensa en Roma su libro, otro jesuita, el madrileño Diego de Rosales, estaba empeñado en escribir aquí una *Historia general del Reino de Chile*, en la cual dedicó varios capítulos a los animales, aves y plantas del país, estas últimas, sobre todo, que constituían a su decir, y con razón, la botica de los naturales, dándonos en sus descripciones noticias preciosas acerca de los nombres indígenas de muchas yerbas y de sus virtudes medicinales, hasta ahora sólo en pequeña parte aprovechadas, cuya enumeración llegaría a ser fatigosa por lo extensa, pero que se verá consignada en hartos lugares de este opúsculo.

Y así en seguida, durante el siglo XVIII, todos los cronistas, cual más, cual menos, Córdoba y Figueroa, Núñez de Pineda, Olivares, Gómez de Vidaurre, Carvallo y Goyeneche, alguna noticia consignaron, sobre todo el penúltimo de los nombrados, de las producciones naturales de Chile, que quedaron punto menos que sepultadas en el olvido por no haberse impreso esas obras hasta nuestros días. No así la del sacerdote francés Luis Feuillée, a quien le fué dado visitar las regiones vecinas a Concepción en un viaje de estudio realizado en 1710, cuando con el cambio de política seguido por España con el acceso al trono de Felipe V estos remotos países se abrieron al comercio de la Francia. Publicó Feuillée su *Relation du voyage*, etc., en París, en 1714, dando en ella a conocer al mundo sabio algunas plantas chilenas con descripciones científicas y láminas grabadas en cobre, cuales fueron, aunque con graves yerros en los nombres, como no pudo menos de ser para un oído extranjero: (*cullé*) culén, *clincín*, *chance-laguén* (cachanlagua), *ilicu*, *ítu*, *ligtu* (liuto), *llaupanke*

(pangue), *millque* (milhue), *pichua* (pichoa), *pallabücum*, *quellgón*, *tupa*, y alguna otra.

Pero, por muy apreciable que para su tiempo y el reducido terreno explorado fuera la obra del sabio francés, no puede compararse con la que nuestro compatriota el abate don Juan Ignacio Molina dió a la estampa en italiano en 1787, vertida que fué en el año siguiente al castellano por Arquellada y Mendoza, en la que, al par de una clasificación científica, sobre todo en lo referente a las plantas conforme al sistema de Linneo, se consignaron abundantes noticias de las producciones naturales de Chile, mínimas en verdad, comparadas con la riqueza de nuestra flora, pero tan estimables, por lo demás, que hasta hoy se consultan y se leen siempre con agrado.

Otra fuente valiosa de información para el estudio de las plantas chilenas se debió a los botánicos españoles Ruiz y Pavón, cuyos trabajos se dieron a luz por el Gobierno de la Península, con suscripciones recogidas en toda América, en cuatro volúmenes en gran folio, con el título de *Flora Peruviana et Chilensis*, en los que, junto con descripciones acabadas, se puede disfrutar de la vista de las especies en láminas admirablemente grabadas y de tamaño casi siempre del natural. Como es obra escasa ni adquirible aun a mucho costo, no está de más que apunte aquí los nombres indígenas de plantas chilenas que en ella se consignan, algunas de las cuales ya no se conocen con los que en aquel tiempo llevaban.

Tomó I: *achira*: *amor seco*: *incolae nuncupant, quoniam fructus transeuntium vestibus adhaerent*. *Arguenilla* (Jovellana punctata). *Broquín* (y no *proquín*, como dice Feuillée). (*Acaena argentea*). *Cabellos de ángel* (*Cuscuta corymbosa*). *Cebadilla*: *congona*: *chachaul* o arguenita (*Calceollaria rugosa*); *chonta*: *nebú* o avellano (*Quadria heterophylla*); *Paguñin* (el *palquín* de Feuillée), el *pañil* o *parguín*; (*Buddleja globosa*). *Pangue*: *piñol* (*Embothrium dentatum*); *sandua-lahuén* (*Verbena multifida*); *voquí* (*Cissus striata*): «Nomen non solum omni plantae scandenti, sed metaphorice etiam obtrectationibus chilenses applicant».

Tomó II: *Capulí* (*Physalis pubescens*), que no es el árbol de

que habla el Diccionario, pero que trae Salvá. *Quinchamali: uñperguén* (*Campanula filiformis*).

Tomo III: *Cardón* o *puya: codocoipu* (*Myoschilos oblonga*): id est, fructus eujusdam animalis amphibii, a Molina mus coipus dicti, quia ejus fructibus praesertim nutritur». *Copi hue: chilco* o *thilco; chupón* (*Bromelia sphaelata*); «vulgo chupón, et fructus chupones». *Guadalahuén*, «id est, yerba de la apostema». *Guillipatagua* (*Villaresia mucronata*); esto es, «el árbol del huillín». *Ictriho* o *itiu* (*Loranthus verticillatus*); *illen*, (*Anthericum caeruleum*); *illmu* (*Conanthera bifolia*); *liutu, ligtu*, según Feuillée; *lúcumo* (*Achras lucuma*) «et fructus *lúcumas* appellantur». *Lun* o *liun* o *sietecamisas* (*Stereoxylon revolutum*), «quia cortex in laminulas septem, tenues dipescitur»; *maitén: ñipa; quila*, vulgo *zarzaparrilla* (*Herreria stellata*).

Durante la primera mitad del siglo XIX aparecieron también en las obras de viajeros extranjeros, una que otra descripción de animales y plantas chilenos, siendo de notar entre ellas, por la especialidad de su tema, las *Plantae variores* de Bertero, publicadas por A. Colla, libro en el que se habla de la *cebolleta* (*Ornithogalum aequipetalum*, y del *oreganillo* (*Gardognia obovata*); pero ni todas juntas encierran una mínima parte siquiera del material que abarca la gran obra de don Claudio Gay, que honraria a cualquiera nación, de escaso valor en su parte histórica, a no ser por los documentos que la ilustran, como no podía menos de ser, pero verdadero monumento científico en su conjunto, del estudio de las producciones de la naturaleza en Chile, en su parte botánica especialmente, que es la que constituye su riqueza. Gay vivió en Chile por muchos años, viajó por todo el país, oyó y acogió de boca del pueblo los nombres de las especies que había de describir científicamente, dejándonos, así, una de las mejores y más abundantes fuentes de información con que contamos para el estudio lexicográfico, materia de estas notas, y que se completa por los trabajos sobre la historia natural de Chile que realizó después el sabio doctor don Rodolfo A. Philippi, mi amado maestro que fué, cuya memoria debemos conservar los chilenos con la gratitud que merecen su desinterés,

su amor sin límites al trabajo y su bondad nunca desmentida, siempre tan claro como conciso en sus descripciones, que he de seguir las con preferencia a todas.

Alguna mención merecen también para nuestro objeto el estudio acerca de las plantas medicinales de Chile del doctor don Adolfo Murillo, y los varios de don Carlos Reiche sobre nuestra botánica, especialmente el que dedicó a las malezas de Chile.

Tal era el caudal de fuentes escritas (para no hablar de otras de menor importancia) que existía cuando el doctor don Rodolfo Lenz comenzó la publicación de su *Diccionario Etimológico*, terminado de imprimir en 1910, vasto arsenal de nombres indígenas chilenos, tratados con método científico, abundantísimo en citas de las fuentes atendibles y lleno de observaciones casi siempre muy atinadas, que habrían sido de más fuerza, en cuanto se refiere a la parte castellana, si no estuviesen emitidas a veces con cierta acrimonia... Cierto es también que los medios de información de que de ordinario se valió, cuando faltaban los testimonios escritos, cuáles eran, los datos que le suministraron sus jóvenes alumnos chilenos, pecan en ocasiones por yerros de pronunciación, que su calidad de extranjero no le permitió siempre salvar, y que el método a que se ajusta en la escritura de las voces, que le lleva a desechar siempre la *g* para reemplazarla por la *h*, no puede aceptarse como norma invariable; pero todo eso es nada, comparado con lo mucho, muchísimo de provecho que de su obra puede sacarse.

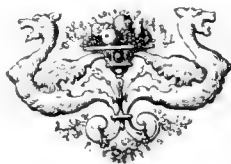
Honra asimismo de nuestras letras es el *Diccionario de Chilenismos* de mi doctísimo compañero de Academia, don Manuel Antonio Román, cuyo tomo IV, que comprende hasta la letra *Q*, acaba de publicarse.

No escaseaban, en verdad, los estudios sobre nuestros chilenismos, que por ser bien conocidos, no necesito enumerar; pero todos ellos resultan de poco alcance comparados con este libro, por las muchísimas voces y frases que contiene de nuestra habla, en las que se nos enseña a distinguir lo correcto de lo que no lo es, con ejemplos y digresiones filológicas que acusan tanto su saber como su tesonera labor, siempre llevando

por norte tan ciego respeto al léxico oficial, que conoce hasta en sus minucias, como seguramente nadie le profesa en la propia España.

Con tales elementos de trabajo, ha sido fácil apuntar las voces chilenas que pudieran incorporarse en el Diccionario,— que hubiéramos aumentado en muchas más a no prescindir de aquellas menos conocidas o de uso puramente regional,— y bien poco lo que he puesto de mi cosecha; y para que la Real Academia disponga de los medios de información, reunidos, eso sí, en pocas líneas, que acrediten aquella pretensión, he anotado el nombre científico que corresponde a cada una de esas voces, para manifestar *prima facie* que son especies diversas de por sí; los pasajes de antiguos cronistas que las recuerdan, para exhibir su antigüedad, llevando las citas solamente hasta donde he creído que basten al intento; una descripción, tomada de los naturalistas, del animal o planta de que se trata; en cuanto ha sido posible, su etimología, de ordinario araucana; y finalmente, la referencia a los *Diccionarios* de Lenz y Román en que se pudieran hallar más detalles relativos a esas voces.

Presentado así éste que llamaría banquete chileno de trescientos y tantos platos, la Academia elegirá entre ellos los que guste, que, me imagino, será en su mayor parte, puesto que están llamados a enriquecer nuestra lengua de lo que da buen indicio la tendencia ya claramente manifestada en su última edición del léxico, incorporando en ella voces chilenas que en las anteriores no figuraban, y si ya tienen lugar en él, como no puede menos de ser, tantas americanas, y entre ellas, las chilenas que en este momento recuerdo, como son, *frutilla*, *frutillar*, *murtilla*, *mote*, *palqui*, *patagua*, etc., ¿por qué dudar de que en una edición venidera no se dé cabida a tantas otras no menos acreedoras a ese título?





VOCES CHILENAS

QUE PUDIERAN INCLUIRSE EN EL DICCIONARIO DE LA LENGUA.

A

Achira. f. (*Canna indica*).

Planta de nuestros jardines, que alcanza a más de un metro de altura, con flores rojas o amarillas, epíginas, con un solo estambre petalóideo, cuya antera es de una sola celdilla, sin aroma, con rizomas gruesos, feculáceos.

Es originaria de América, y en Chile era ya conocida a mediados del siglo XVII, pues el P. Rosales habla de ella para preconizar la virtud madurativa de sus raíces. Parece ser la que en España llaman *cañacoro*; pero en abono de su nombre americano cuenta con la autoridad de Arona en el Perú, de Granada en la Argentina y de Uribe en Colombia. Su etimología es quichua. En Chile han hablado de ella Ortúzar, Cañas y Lenz. Tráela Zerolo.

Agachadera. f. (*Geobamon nigrofasciatus*).

Avecilla que se halla en las cordilleras de la provincia de Santiago, siempre más allá de los mil metros de altura. Viénele su nombre de la costumbre que tiene de apacharrarse.

Alcatraz. m.

El Diccionario lo da como sinónimo de pelicano; muy bien; pero se pregunta si no vendrá su etimología del latín *onocrotalus*, duda que no puede haber cuando se sabe que tal voz es de procedencia americana, que registraron Oviedo, Zárate, y en Chile González de Nájera: «Hay... otros pajarazos grandes como gansos, a que llaman *alcatrazes*...» Pág. 35, segunda edición.

Alfilerillo f. (*Scandix chilensis*).

«...las plantas más abundantes son... una de peine de venus, llamada vulgarmente loiqui-lahuén o *alfilerillo*, de que gustan mucho los animales.» Molina. «Llámase así, porque del centro de las hojas nace uno como pistilo, en forma de alfiler.» Román.

Algarrobilla. f.

Fruto del arbusto llamado algarrobo (*Balsamocarpum brevifolium*). «Las algarrobillas son los únicos [frutos] que se usan en las curtidurías. Los arbustos que producen estas legumbres o vainas, se hallan en las provincias de Atacama y Coquimbo, huyendo la costa. Su cantidad últimamente ha disminuído, porque los troncos se usan de leña y las vainas se agarran en proporción tan desmesurada (hasta en estado verde), que la reproducción de la planta se dificulta cada año más.» Reiche.

Angelito. m. (*Charadrius trifasciatus*).

Ave zaticuda, de la familia de los carádridos, de uenos 18 centímetros de largo, con plumaje coloreado de un gris de tierra por el dorso, y blanco inferiormente (de donde el nombre con que se le distingue); tiene sobre la frente una faja negra y estrecha, sobrepuesta por otra más ancha y blanca, y un medio collar negro en la parte inferior del cuello.

Habita las costas desde las de Santiago hasta las del Perú.

Avellano. m. (*Guevina avellana*).

Diverso del europeo. Arbol de la familia de las protáceas, de hojas alternas, coriáceas, pinadas, pinas doblemente aserra-

das, cortamente pecioladas, ovaladas, subcordiformes. Flores blancas de a pares, en racimos axilares. Fruto: nuez, llamado avellana, comestible.

Azulejo. m. (*Carcharias glaucus*).

Pez chileno, «que tiene como cuatro pies de longitud; la cabeza y el cuerpo son de un hermoso color azul, más obscuro en el dorso; las aletas dorsales, pectorales y la caudal son también azules; las ventrales y anales tienen un tinte mucho más claro; lo demás del cuerpo es azulado.» Román. Gay lo clasifica como especie diversa del tollo. «En cuanto al nombre castellano, observa Román, debería cambiarse por *azulenco* o *azulado*».

B

Bailahuén. m. (*Haplopappus baylahuen*).

Planta compuesta, de las tubulifloras, que crece en la provincia de Atacama, «con hojas cuneadas en la base, oblongas, con las márgenes crespas y desde el medio aserradas; son de consistencia rígida y barnizadas.» Así Reiche. Se da como remedio contra la puna o soroche.

Su etimología es ciertamente indígena, alterado el primer componente *tailn*, traspasar, en *baila*; y *liaweri*, remedio.

Lenz, n. 1439.

Bailarín. m. (*Elanus dispar*).

Ave de rapiña bastante común en las provincias centrales de Chile, y se le halla también en el Uruguay y en el Brasil. Corresponde a la especie que en España se llama neblí.

«El macho adulto es de un color blanco limpio, en la parte inferior del cuerpo; en la espalda, de color negro, y el resto de la parte superior del cuerpo, exceptuando la cabeza, es de un color gris claro, más cargado en unas partes que en otras .. Su nombre vulgar le viene muy bien, en atención a su costumbre de mantenerse en un mismo punto en el espacio, batiendo rápidamente las alas cuando ha logrado ver algún

animalito que puede servirle de alimento. Los movimientos que hace cuando se mantiene así en el aire, son sumamente rápidos y se asemejan a un baile.» Reed.

Barata. f.

«Nombre vulgar que se da en Chile a la *cucaracha* o *blata* de los naturalistas. Salta a la vista que es corrupción de esto último.» Advertiremos, con todo, que el nombre de *cucaracho* se aplica en Chile a un coleóptero de la familia de los *carabus*, negro, que vive en la tierra en lugares húmedos. Es, así, muy diverso de la *barata*, que es un ortóptero.

Belloto. m. (*Bellota Miersii*).

«Árbol chileno, perteneciente a la familia de las lauríneas. Produce una nuez silvestre que sirve de alimento a los animales. Vea la Academia si ha llegado el caso de admitirlo en su Diccionario.» Román.

«El belloto es un árbol hermoso, de la cordillera de la costa en la provincia de Aconcagua.» Reiche.

Blanquillo. m. (*Latilus jugularis*).

«Pez chileno, de trece a quince pulgadas de longitud y de color rojizo, más o menos pardo sobre el dorso y plateado bajo el vientre. Merece admitirse en el Diccionario. Llamamos también *blanquillo*, m., un durazno parecido al de Zaragoza, pero de cáscara y corteza blancas.» Román.

Boldo. m. (*Boldoa fragans*).

Arbusto o árbol siempre verde, de la familia de las monimiáceas, diclino dioico, de hojas pecioladas, opuestas cruzadas, ovalado-elípticas, coriáceas, ásperas, enteras y aromáticas: son medicinales. Flores blancas en racimos axilares. Fruto: drupa amarilla, comestible.

«...aunque en esto se le aventaja la corteza del *boldo*...» Córdoba y Figueroa: «Los labradores llaman *boldo* a esta última especie, y se valen de su corteza para sahumar las vasijas en que envasan sus vinos.» Molina. «El *boldo* es de mucha y apacible fragancia en la corteza, hojas y fruto, y éste, que es

semejante en el color a una aceituna verde e igual en el tamaño, es de un dulce muy gracioso; su huesecillo, por la dureza, color y figura, es de mucho aprecio para cuentas de rosario.» Olivares.

«El *boldo*, cuyos carpidios son unas pequeñas drupas comestibles, últimamente recomendado como remedio en las enfermedades del hígado». Phillippi.

Lenz, n. 69. Román: «Ya es tiempo de que el Diccionario acoja esta voz».

Zerolo trae, erradamente, *boldo* y *boldu* como especies diversas, y *boldoa* como planta originaria de México.

De las hojas del *boldo*, cuya eficacia en las enfermedades hepáticas está hoy perfectamente comprobada, se extrae la *boldina*.

Bollén. m. (*Kagenckia oblonga*).

Arbusto o arbolito de altura de tres a cuatro metros, de la familia de las Rosáceas, lampiño, siempre verde, de hojas coriáceas, oblongas, a veces trasaovadas, obtusas o agudas, con dientes glanduliformes poco marcados. Inflorescencias axilares; fruto folículo.

«El *bollén* es un árbol que da la hoja muy parecida a la del belloto, da la flor a modo de una estrella, y allí ería en los rayos de la estrella una telita blanca, delgada como papel.» Rosales. «En las playas del país crece también otro árbol grande y de bellissimo aspecto, llamado *bollén*, el cual me parece un verdadero veneno. Sin embargo, en ciertas circunstancias críticas usan los médicos de los polvos y de sus renuevos disueltos con agua, administrándolos como vomitivo y como purgante, pero no pasando la dosis de medio escrúpulo, por cuanto estos polvos son uno de los eméticos más terribles que se conocen en el reino vegetal.» Molina. «Las hojas de estos árboles son semejantes por la figura a las del limón, pero el color es más vivo, y especialmente las del *bollén*, que son de un verde luciente y muy alegre.» Gómez de Vidaurre.

Lenz, n. 1459, que escribe esta voz con *v*. Puesto que no hay certidumbre de su etimología araucana y todos los escritores emplean la *b*, conservamos esta letra. Así también Román,

quien dice: «Aboguen los naturalistas porque sea admitida en el Diccionario».

Boqui. m. (*Lardizabala biternata*).

«Género de plantas sarmentáceas, de las cuales la más común en Chile es el *roqui* (*vitis striata*) colorado de las provincias centrales y meridionales.» Phillippi. Con tal nombre designa el abate Molina a las yedras en general, voz que encuentra su semejante en los bejucos. Así, dice Rosales: «... para atarlos y juntarlos [haces de enea, totora...] ha proveído Dios de unas sogas naturales que llaman *boqui*, largas y delgadas, flexibles y de mucha fortaleza y duración en el agua. Hállanse colgadas de los árboles en abundancia, que como yedra trepan por ellos, de que también hacen gruesas maromas torciendo unas sogas con otras...»

Ya se ve por esto, según decía, que el *boqui* es como el *bejuco*. «El *boqui* nace en los bosques más sombríos y húmedos, en donde serpenteando al rededor de los árboles, sube hasta la rama más alta...» Molina.

Su etimología es araucana.

Lenz, n. 1460, que escribe con *v*, ajustándose a su procedencia indígena; pero ya el propio Febrés tradujo *boqui*, y así escribieron Rosales y Molina, seguidos en esto por Román.

Véase CÓGUIL.

C

Caballo del Diablo. m. (*Bacunculius phyllopus*.)

Ortóptero, de que hay varias especies en Chile; tiene la cabeza pequeña y oblonga, con ojos fascetados y salientes, el cuerpo alargado, cilíndrico, sin alas ni elitros; antenas largas, filiformes y patas bastante largas y sencillas. Vive en los árboles y al andar parece un palito que se mueve.

«El vulgo, siguiendo la antigua y errónea opinión de atribuir al espíritu maligno todas las cosas que parecen mal hechas llama *caballo del diablo* a esta especie....» Molina.

«Nuestros rústicos, que probablemente han bautizado el *Bacteria* con el pomposo nombre de *caballo del diablo*, por su

figura extraña y deforme, tienen respecto a él creencias las más absurdas.» Medina. *Los insectos enemigos*, etc. lug. citado.

Oviedo lo llamó *cervatica*, que el léxico define *langostón*.

Cabello de ángel. m. (*Cuscuta speciosa*.)

Bajo tal designación trae el Diccionario el «dulce de alimbar que se hace con la cidra cayote», pero falta el nombre de esta convolvulácea, parásita, que trepa sobre los árboles y cubre sus copas con sus ramas y flores. «Todas las especies tienen tallos rojizos o amarillentos, desprovistos de hojas verdes, que por medio de raíces adventicias (chupadores) explotan al patrón.» Reiche.

Cabinza. f. (*Mendosoma coerulescens* y *Fernandeziana*.)

Es pequeño, apenas de unas cinco pulgadas de largo, con toda la parte superior del cuerpo pardusca y la inferior plateada, con seis o siete líneas longitudinales oscuras a lo largo de los flancos; de forma oval, boca medianamente hendida, con quijadas iguales en largo; el ojo es mediano y se halla a casi igual distancia entre la punta del hocico y el opérculo.

«*Cabinza*, que es el nombre vulgar, debe figurar en el Diccionario.» Román.

Lenz, n. 166, que escribe *cavinsa* y apunta otras variantes, pero no la que damos, que es la más ajustada a su pronunciación.

Cachampa. f. (*Mugil cephalus*.)

«Pez parecido a la liza, que se cria en la desembocadura de algunos de los ríos de Chile.» Roman. Según Delfin, tal nombre se daría al pez cuando no alcanza aún su entero desarrollo.

Lenz, n. 76, escribe *cachamba*, cuya etimología cree con razón que será probablemente quichua; al menos el segundo componente *champa*, tal como lo entendemos,—y en esto seguimos a Román,—«el césped con tierra;» y el segundo sería, quizás, la partícula araucana *ca*, muy mucho; resultando así, «muy abundante en las champas.»

Cachanlagua. f. (*Erythraea chilensis*).

Rosales escribe *cachalagua*: Molina y Córdoba y Figueroa, *cachanlaguén*: Olivares, *canchalagua*.

Amunátegui, *Al través del Dice*.

Hay que corregir *cachanlagua*, que es la forma corriente y la que más se ajusta a su etimología araucana: «*cachán*, dolor de costado; *cachanlahuén*, la centáurea, hierba conocida, amarga y fresca.» Así Febrés, y así también Lenz y Román.

Cachudito. m. (*Culicivora parvulus*).

Llamado también *torito* por las dos plumas sobresalientes que adornan su cabeza a manera de pequeños cuernos. Abunda en Chile y se le halla asimismo en Patagonia.

Pertenece este pajarillo a la familia de los tiránidos; sobre la cabeza tiene largas plumas negras y manchadas de blanco en el medio, que se elevan en forma de cresta o cuernos,—cachos, que se dice en América,—de donde su nombre; tiene de 11 a 12 centímetros de largo, su plumaje es pardo oliváceo por encima y blanco inferiormente, hasta dar en amarillento hacia la cola.

Cague. m. (*Anser antarcticus*).

En araucano, del cual procede esta voz, se escribe *caghe*, según Febrés, que Molina convirtió en *cage* y otros también malamente en *cagüe*.

«El *cague* es una especie de oca que habita los mares de Chiloé, y cuya particularidad consiste en la absoluta diferencia de color que se nota entre el macho y la hembra, porque aquél está vestido de blanquísimas plumas, y tiene pico y pies amarillos, y ésta es totalmente negra, y sus pies y pico son pardos.» Molina.

Lenz, n. 87; Román, I, 512.

Tanto el *cague*, como el *piuquén*, el *canquén* y el *gansillo* de que hemos de hablar, pertenecen al género *bernicle* de los palmípedos. El Diccionario incluyó en la penúltima edición la voz *barnacla*, sacada, evidentemente, de ese género y aplicada a un «pato marino de Hibernia.»

Véase PIUQUÉN.

Cáhuil. m. (*Larus dominicanus*).

«Las gaviotas en Chile se llaman algunas veces *cáhuil* y *chille*.» Philippi.

El doctor Lenz escribe *caquil*, pero advierte que «no está seguro si no es más bien *cáhuil*.» Tal es, en efecto, la forma verdadera, y con ella registra Asta-Buruaga en su *Diccionario* la aldea y laguna así llamadas.

Es voz indígena onomatopéyica.

Román, I, 512.

Cala. f. (*Cala aethiopica*).

La flor de la *cala*, muy conocida en Chile, aunque no es indígena del país. El Diccionario, observa Román, ha admitido el nombre de la planta, pero se ha olvidado de consignar el de su flor, que así se llama. Seguramente de la forma que reviste el pistilo de esta flor, procede la *cala* de la medicina casera.

Calabazo. m.

Llámase así el tiesto que se forma de la calabaza una vez madura y despojada de sus semillas, y con tal nombre era conocido en Chile por lo menos desde mediados del siglo XVII. Núñez de Pineda escribe (*Cautiverio feliz*, p. 140:) . . . y nos brindamos con algunos licores que las mujeres habían traído en sus *calabazos*...»

Véase ZAPALLO.

Callampa. f.

El hongo comestible que en España llaman *setas*. La que es venenosa (?) se denomina en Chile *callampa del diablo*: en España, *cagarria* y *erespillar*. Rodríguez y Zerolo, advierte Lenz, escriben malamente *cayampa*. Es voz de procedencia quichua.

No creemos, como Román, que tal chilenuismo no merezca mención en el Diccionario.

Caminante. m. (*Certhilauda cunicularia*).

Pajarillo dendrocoláptido, de unos 15 centímetros de largo, de cuerpo esbelto, con el pico tan largo como la cabeza y lige

ramente encorvado; el plumaje de un color gris rojizo, que se armoniza perfectamente con el del suelo, las alas medianas, la cola corta y los tarsos largos.

«...en Chile no hay ninguna de las alondras propiamente tales; los *caminantes* se aproximan, sin embargo, mucho a ellas.» Philippi. «Encuétrase comunmente esta ave en medio de los caminos buscando coleópteros, de que se alimenta. Sumamente familiar, se le ve marchar adelante de las personas y caballos, y sólo cuando se está a muy pequeña distancia, se decide a tomar el vuelo.» Gay. Esto explica, observa Lenz, el nombre castellano *caminante*.

Lenz, n. 1505, da la forma *caminanche*, como vocablo castellano en boca de indios.

Roman, I, pp. 244 y 514.

Canastero. m. (*Sinallaxis sordida*).

Avecilla así llamada por la habilidad con que fabrica su nido colgado de los arbustos en forma de un alargado canasto. Otras especies de este mismo género reciben en Chile los nombres de *comecebo*, *trabajador* y *bullicioso*. «De un bruno ceniciento por cima, y por bajo de un ceniciento obscuro; los carrillos y la garganta amarillentos; la barba es blanquizca; una leve ceja amarillenta se extiende desde los respiraderos nasales hasta la nuca; pico y pies de un bruno obscuro. Longitud total: 8 pulgadas.» Gay.

Román, I, p. 518, para *canastero*.

Canelo. m. (*Drymis chilensis*).

«Hay un árbol célebre de los indios en este reino, que ellos le llaman en su lengua *boyque* (léase *voyghe*, forma araucana) y los españoles *canelo*, porque se parece al canelo que hay en Zumaco, de las provincias de Quito, como lo notó Francisco de Gómara en la *Historia general de las Indias*. Está muy autorizado de los naturales, así porque sirve de salvoconducto de unas provincias a otras, como de estandarte en las confederaciones de paz... Y demás de servir a estos indios de lo que a los romanos la oliva, es singularmente dedicado al demonio, el altar de sus sacrificios y el trono de sus oráculos y

respuestas.» Rosales. «...que salían al camino a recibirlos con *canelos*, que son insignias de paz...» Núñez de Pineda, p. 336. «Los chilenos llaman *boighe* y los españoles *canelo*. Su tronco tendrá cincuenta pies de alto y echa las ramas contrapuestas de cuatro en cuatro en forma de cruz; sus hojas son grandes, alternantes y parecidas a las del laurel real; las flores blancas, cuadripétalas y olorosas, y las bayas ovales y de un color negro azulado...» Molina. «El *canelo* ha sido así llamado por los españoles, porque se asemeja en todo al árbol de que se saca la canela oriental. Los indios lo llaman *boighe*.» Gómez de Vidaurre. Hoy sólo se conoce con el nombre de *canelo*.

Lenz, n. 1458. Román: «*El canelo* chileno pertenece a la familia de las magnoliáceas y no debe confundirse con el de Ceilán, perteneciente a las lauríneas y único que figura en el Diccionario.»

Capi. m.

Se dice especialmente de la vaina tierna de las leguminosas, como porotos, arvejas, etc.

Su etimología es araucana. Febrés: «*capi*, vainitas tiernas o porotos nuevos con vainas.»

Lenz, n. 135. Román, I, 258.

Cardón. m. **Cardonal.** m.

Cardón, planta. *Cardonal*, sitio poblado de cardones. Estos vocablos deben admitirse, opina Román.

Advertiré que Oviedo (I, 312), llamó *cardones* a nuestros *quiscos*.

Véase CHAGUAL.

Canquén. m. (*Anser poliocephalus*).

Es el más hermoso de los gansos silvestres de Chile. El macho tiene la cabeza y la parte superior del cuello de color ceniciento; la región inferior del pescuezo, el pecho y las plumas de la cola, bermejas; las patas negras y anaranjadas. La hembra, que es un poco más pequeña que el macho, tiene fajas negras en el pecho, en el dorso, las espaldas y la parte inferior del cuello.

Abunda mucho en Chiloé, donde con frecuencia se le ve domesticado en los corrales.

Viene del araucano *canqucñ*, que registra Febrés.

Lenz, número 132, con citas de Gay, Maldonado y Fonck. Véase *PITQUÉN*.

Carpinterito. m. (*Picus melanocephalus*).

«...los pájaros *carpinteros*... unos son negros con abultado copete en la cabeza y del tamaño de una codorniz...» Molina. Voz que trae el Diccionario, pero no el diminutivo *carpinterito*, que se aplica al *Picus melanocephalus*.

«... y los demás van también, como el *carpinterito*, que pica en los árboles para extraer de su seno carcomido el propio sustento, a dar guerra, en unión con sus aliados los *syrfus*, a los inagotables pulgones.» Medina, *ubi supra*.

Cata. f. (*Psittacus erythronus*).

«La *catita* de Chile, que se extiende hasta Magallanes...» Phillippi. Es una especie de papagayo pequeño.

Tenemos por probable que su etimología venga de *catalinica* o *catalnica*, como solía llamarse antaño en España a las cotorras. Así lo cree también Román. Asimismo se le conoce con el nombre de *yahuilma*.

Catanga. f. (*Megathopa villosa*).

Una especie de pololo (véase esta voz) de color verde.

Lenz, n. 152, opina que su etimología puede ser araucana, del verbo *catan*, agujerear, porque efectivamente este coleóptero vive durante el estado de larva en agujeros que horada en los troncos carcomidos de los árboles; pero no es así, pues el Inca Garcilaso nos enseña que *acatanca* quiere decir escarabajo, «nombre con mucha propiedad compuesto deste nombre *aca*, que es estiércol, y deste verbo *tanca* (pronunciada la última sílaba en lo interior de la garganta) que es empujar: *acatanca* quiere decir el que empuja el estiércol.» Lib. II, cap. V.

Caucha. f. (*Eringium rostratum*).

Esta planta es de la familia de las umbelíferas, con hojas rígidas, casi todas radicales, angostadas en la base, lanceoladas, de hasta veinte centímetros de largo. Considerase como antidoto, aunque al parecer sin fundamento, contra la picadura de la araña venenosa de Chile.

Lenz, n. 158, que cree, con razón, que la etimología de esta voz debe ser araucana.

Cauchau. m.

«El *cauchau* es fruta de la luma (véase esta voz), semejante en la figura y gusto a la murtila, con la diferencia de ser negra; hacen de ella los indios bebida que luego embriaga...» Olivares.

El doctor Lenz adopta la forma *cauchahu*.

Preferimos atenernos a la de Olivares, a quien corresponde la prioridad al escribirla.

Cauque. m. (*Cyprinus caucus*).

«Es muy regalado de pescado, principalmente de robalos, *cauques*, truchas, lenguados y pejerreyes.» Rosales «De peces menores o conocidos en otros mares o propios de éste, son varias las especies, como de... *cauques*...» Olivares.

Lenz, n. 172, que cita también los testimonios de Córdoba y Figueroa, Molina y Carvallo.

La etimología de esta voz es, indudablemente, araucana: *kauke*.

Rosales, como se ve, distingue entre el *cauque* y el pejerrey; según Román (I, p. 522) aquel nombre se da en muchas partes de Chile y se aplica al pejerrey grande, de lomo plateado. «aunque algunos naturalistas pretenden que es otro pez parecido a éste.»

Cedrón. m. (*Lippia citriodora*).

«Planta de la familia de las verbenáceas, olorosa y medicinal. Aunque originaria del Perú, se produce abundantemente en Chile. Debe figurar en el Diccionario.» Román.

Cebolleta. f. (*Ornithogalum acquipetalum*).

Habla de ella y la describe Bertero en sus *Plantae rariores*, publicadas por A. Colla.

Centella. f. (*Ranunculus muricatus*).

«Planta perenne, ranunculácea, pelada, con los tallos cortos, derechos o tendidos. Hojas radicales, casi orbiculares, trilobuladas, acorazonadas... Flores solitarias, aparentemente opuestas a las hojas, actinomorfas. Las flores con cinco pétalos, de un amarillo pálido.» Reiche. Planta del sur de Europa, que se ha convertido en maleza en los sitios húmedos de Chile.

Cineraria. f.

«Planta de jardín y de la cual hay en Chile muchas variedades; flor de esta planta. Es la misma que describe el *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*: pero que todavía no ha sido admitida en el de la Academia.» Román.

Ciruelillo. m.

«Arbol con flores de color de escarlata muy hermosas.» «Merece admitirse.» Román.

Véase NOTRU.

Clarín. m.

«Las conocidas planta y flor de nuestros jardines designadas con este nombre se llaman en castellano *guisante de olor*.» Román. Convendría admitir tal voz como chilenuismo.

Clonqui. m. (*Xanthium spinosum*).

La fruta o semilla de esta planta y de otras sus congéneres que es enteramente análoga, aunque muchísimo más pequeña que la que da la cardencha (en Chile simplemente *carda*), que Febrés, traduciendo su nombre araucano *concüll*, llamaba *cepacaballo*, y que en España, según Román, se dice *arzolla*; pero nos parece que se acerca más al *cadillo*. En todo caso, no se habla de que así se llame al fruto, o sea, nuestro *clonqui*.

Lenz, n. 173.

Cochayuyo. m. (*Durvillea utilissima*).

«De estos troncos nacen unas vainas muy largas, de más de tres y cuatro varas, y algunas anchas de cuatro, seis y ocho dedos: éstas llaman *cochayuyo*, y son de dos suertes y especies...» Ovalle. «...éstos andaban vestidos de unas mantas largas, con los cabellos largos, y los que no los tenían, los traían postizos de *cochayuyo*...» Pineda y Bascañán, p. 361.

Lenz, n. 182, que cita otros comprobantes de Molina, Córdoba y Figueroa, Gómez de Vidaurre (que escribe *cochayuyu*), Arona, Palma y Rodríguez.

Viene del quichua, en sus dos componentes: *kocha*, laguna; y *yuyu*, el nabo, en general, hortaliza.

Observa Román: «No basta el nombre genérico de *alga* u *ova* que nos dan todos los Diccionarios para designar nuestro *cochayuyo*, que es planta marina especial y comestible... Como el nombre se usa en todo Chile y otras partes y no tiene equivalente en castellano, creemos que debe admitirse en el Diccionario tal como lo transmitieron los aborígenes chilenos».

Cóguil. m. (*Lardizabala biternata*).

Es el fruto de la *coquitera* o *boqui* (escrito también *roqui*), enredadera voluble de hojas biternadas glabras, enteras o festonadas o trilobuladas. Flores masculinas en racimos, las femeninas solitarias. Fruto: baya amarilla cilíndrica, comestible. Familia de las Lardizabaláceas.

De origen araucano, en cuya lengua se escribe *cohgüll*, según Febrés. Entre la gente del pueblo se pronuncia malamente *colle*; en Molina y Gómez de Vidaurre, de quienes la tomó Zerolo, *coquil*, todo a consecuencia de no observar el valor de la ñ araucana, que se aproxima al de la *u* francesa.

«La más útil de todas estas especies es el *coquil*... Luego que llega a la copa, se pasa al árbol más inmediato, o baja perpendicularmente, volviendo a subir y a bajar tantas veces, enredándose consigo mismo y con los demás voquis, que forma una especie de confusión de cuerdas pendientes muy parecidas a los aparejos de un bajel... Su fruto es una baya de una pulgada de grueso y de seis o siete dedos de largo, dentro

de la cual se contiene una pulpa blanquecina, mantecosa y de sabor agradable.» Molina.

Celebrado en poesía (Vial Solar, *El caballero de la gloria*, Santiago de Chile, 1916, 8.º, p. 53):

el grano de oro del maizal florido,
del *coquil* dulce el fruto suspendido...

Lenz, n. 186. Román dice: «Encárguense los naturalistas de describirlo con todos sus pormenores; nosotros sólo pediremos que su nombre sea incluido en el Diccionario.»

Véase BOQUI.

Coicoy. m. (*Cystignathus Bibronii*).

Cierta especie de sapo muy pequeño y saltador.

Lenz, n. 188, que considera tal voz de origen araucano. En araucano: *koiwilla*, cierto sapo.

«Sin duda por el grito o canto que le es propio y que parece repetir la voz *coy*, se llama así en Chile un sapo pequeño que tiene en la espalda unas cuatro protuberancias que parecen otros tantos ojos, por lo cual lo llaman también *sapo de cuatro ojos*.» Román.

Coihue. m. (*Fagus Dombeyi*).

Árbol de la familia de las Fagáceas, de hojas aovado-lanceoladas, romboidales, coriáceas, glabras, ligeramente pecioladas. doblemente aserradas; flores de a tres en un pedúnculo.

«...el *coihue* crece desde Chillán para el sur, y aun en la isla de Chiloé, árbol inmenso, cuya madera es apenas inferior a la del roble pellín.» Philippi.

De origen araucano, voz registrada por Febrés, y mal escrita por varios autores, entre otros, por Pérez Rosales: «...debió su salvación al asilo que encontró en un carcomido *coigüe*...»; si bien más adelante está correctamente: «pasé en el rústico aposento que me proporcionó el hueco tronco de un gigantesco *coihue*...»

También le recuerda Vial Solar, obra citada, p. 148:

El majestuoso *coihue* se estremece
a los golpes de hachas y de espadas,
y no se abate...

Lenz, n. 190. «Su nombre, araucano en su origen, observa Román, debe figurar en el Diccionario.»

Coipo. m. (*Myopotamus coipu*).

«Los *coipus* se parecen mucho al castor y salen aún menos del agua, pero tienen la cola larga, casi cilíndrica.» Philippi.

«El *coipú* es un topo o rata acuática del tamaño de la nutria, a la cual se parece mucho en la construcción de su cuerpo y en el color de su pelo; tiene las orejas redondas; el hocico largo y cubierto de mostachos; las patas cortas y la cola gruesa, mediana y peluda.» Molina. «Otro animalejo hay llamado *coipú*, que en el pelo y obras se parece a la nutria; en la hechura, a la raposa terrestre.» Rosales.

Por asimilación de vocales, hoy se dice siempre *coipo*, tal como escribía esta voz Olivares: «el *coipo* y el guillín son animales anfibios.» Zerolo, siguiendo casi seguramente a Molina, escribe erradamente acentuada esta voz. Su etimología es araucana: «*coypu*, animal de río como gato.» Febrés.

Lenz, n. 193. «Su nombre debe tener cabida en el Diccionario.» Román.

Coirón. m. (*Andropogon argenteus*).

«El *coirón* es muy conocido por ser tan semejante al esparto.» Rosales. Y su conocimiento data entre nosotros de tan antiguo, que Cortés Ojea menciona esta gramínea en la Relación del viaje que hizo al Estrecho de Magallanes en 1557. Hállase en Zerolo.

Lenz, n. 194. Román dice: «Gramínea muy abundante en Chile, de hojas duras y punzantes, y usada para techo de casas en los campos. Su nombre debe tener cabida en el Diccionario.»

Colegial. m. (*Lichenops perspicillatus*).

Vive esta avecita en todo Chile a orillas de los ríos y lagunas de agua dulce. Se le suele designar también con el nombre

de *runrín*; el que se le da generalmente procede, según es de creer, del color de su plumaje, por cuanto en él imita el traje que antiguamente usaban ciertos colegiales en Chile, con la beca roja.

Pertenece a la familia de los tiránidos y es ave dimórfica, pues el macho, de plumaje negro en gran parte, es de color rojo acanelado por encima, y la hembra, un poco menor que el macho, toda ella es cenicienta. Tiene de largo de 13 a 14 centímetros.

Coliguacho. m. (*Tabanus* o *Pangonia depressus*).

«Muy común en la provincia de Valdivia, en donde la llaman *coliguacho*, negro, con los bordes laterales del coselete y el extremo del abdomen cubierto de pelos anaranjados.» Philippi.

Febrés, seguido por Gay, escriben *colliguacho*. El doctor Lenz cree que «tal vez los dos elementos del nombre y quizás el compuesto mismo, vienen del quechua: *colicoli* y *huacho*.» En mi concepto, tal nombre vendría de *colù*, rojo, y *huacho*, voz esta última que implica la idea de *solo*, y que se habría aplicado al insecto de que se trata por tener una franja única amarilla en el extremo del abdomen, todo de color negro. Posiblemente sería designado así por las tropas peruanas que llegaron a poblar a Valdivia a mediados del siglo XVII.

«Es digno de figurar en el Diccionario.» Román.

Colihue. m. (*Chusquea*).

La forma primitiva fué *coleo*; así González de Nájera escribía: «Llaman los indios a estas cañas, *coleos*, y los nuestros cañas bravas,» y así también Rosales: «y los indios de guerra, aunque haya mucha nieve, pasan poniéndose unos zapatos que hacen de *coleos*...» Molina la convirtió en *coliu*: «La caña más digna de observación entre cuantas merecen con propiedad este nombre, es la sólida chilena, de la cual se encuentran varias especies... comprendidas todas ellas bajo el nombre general de *coliu*.» Los indígenas decían *culiu*, según lo establecen los padres Valdivia y Febrés, si bien este último advierte que «las llamadas *colehues* tienen otro nombre en arauca-

no.» Olivares dijo *colihues*, que es el término usado hoy: «...se ponen de una a otra margen, distante uno de otro pocas varas, y armados con unas cañas sólidas aguzadas, que en su idioma llaman *coligües*...»

De tal forma proceden los derivados *coligual*, *encoliguado* y *encoliguar*.

Lenz, n. 199. «Debe admitirse en el Diccionario.» Román.

Colilarga. f. (*Synallaxis acythaloides*).

«Dase este nombre en las provincias centrales de Chile, a varias especies de pajarillos insectívoros pertenecientes al género *Synallaxis* de los ornitólogos. En la provincia de Chiloé se designa con este mismo nombre otra especie originaria de sola aquella región, que lleva en Ornitología el nombre de *sylviothorynchus Desmuri*. Es un pajarillo elegante, cuya cola lleva dos plumas dos veces más largas que todo el cuerpo. En el Diccionario aparecen el *rabilargo* y el *rabo de junco*, pájaros muy parecidos o iguales al nuestro. Decídanlo los especialistas.» Román.

Por mi parte, añadiré que entra dentro del género que en España llaman *paro*, a que pertenecen los que allí se designan con los nombres de alionín, herrerillo y pájaro moscón; pero el nuestro es diverso de todos ellos: «de color gris bermejo por cima, su capucha bermeja, estriada de negro, con una especie de collar de estriás detrás de la nuca; alas de un bruno obscuro; cola negra, muy recortada; la garganta blanca; los carrillos y los costados del cuello, variados de manchas blancas y brunas; el pecho y su medio de color gris; los pies negros. Longitud total, 8 pulgadas.» Gay.

Colliguay. m. (*Coliguaya odorifera*).

Arbusto de la familia de las Euforbiáceas, aromático, de hojas alternas, elíptico-lanceoladas, obtusas mucronuladas, aserradas, glandulosas en los dientes, coriáceas, pecioladas; cápsula triédrica.

«El *colliguay*, arbusto común en nuestras provincias centrales, cuya leña da un olor agradable al quemarse.» Philippi. «El *coliguay* es una mata de una vara de alto y su raíz,

partida, echa una leche tan venenosa, que los indios de esta tierra enherbolan con ella sus flechas.» Rosales. «Y el tronco del *colliguay* echado en el fuego, exhala un olor agradable a rosa, que no lastima la cabeza.» Molina. «Lo mismo hace la madera del *colliguay*, pero su fragancia luego se disipa.» Olivares.

Zerolo registra la forma *coliguayo*; Lenz quiere que se diga *colihuai*, porque tal es, según dice, la pronunciación que ha oído entre el pueblo. Preferimos atenernos a los testimonios de los autores que escriben *colliguay*.

Voz de procedencia araucana, aunque no registrada en los diccionarios de esa lengua.

«Puede admitirse en el Diccionario.» Román.

Congona. f. (*Seperomia inaequalifolia*).

Hierba glabra, ascendente, de la familia de las Piperáceas y originaria del Perú; con hojas verticuladas, pecioladas, enteras, algo pestañosas en la punta; las inferiores obovadas y las superiores espatuladas o líneo-espatuladas; flores en espigas terminales.

«La *congona*, que es una yerba que mascada huele mucho y se parece a la verdolaga.» Rosales.

Planta de origen peruano, de muy frecuente cultivo en Chile, sobre todo entre la gente del pueblo.

Lenz, n. 225.

Copihue. m. (*Lapageria rosea*).

La flor verdaderamente nacional de Chile y que al declararse tal, según de ello se trata al presente, bien pudiera llevar al pie la siguiente inscripción latina de Ruiz y Pavón: «Planta ad hortorum ornamentum insigni pulchritudine sua comendatur,» y que en idioma araucano se llama *copiu*, como aparece en los diccionarios de esa lengua, aunque no aplicada a la flor propiamente tal. Así escribía todavía Molina, acentuando el vocablo: «De esta clase [arbustos sarmentosos] es el *copiú*, el cual lleva una flor de tres pulgadas de largo, compuesta de seis pétalos, y cuyo color es un bellissimo carmesí manchado interiormente de blanco.» «La forma *copihue*, ob-

serva Lenz, (n. 232) es el singular analógico sacado de *copihues*, que es el plural normal de *copiu...*»

«La voz *copihue* debe, pues, ingresar en el Diccionario oficial.» Román.

Coquito. m.

El fruto de la palmera chilena, de que hablaba ya el P. Acosta: «Estos cocos que digo serán del tamaño de un meloncete pequeño; otros hay que llaman *coquillos* y es mejor fruta y la hay en Chile; son algo menores que nueces, pero más redondos.» Tomo I, p. 250, ed. de Madrid, 1790, 8.º

De ellos hace también mención el cronista Antonio de Herrera y el P. Ovalle los describe así: «... la misma naturaleza parece que da a antender su preciosidad en la variedad de cubiertas con que los envolvió, porque, lo primero, rodeó la carne de dentro con un hueso más duro que el de la almendra y la nuez; luego le puso una gruesa tela o capa tejida como de estambre, de color verde y amarillo, y tan fuerte, que aun cuando está fresca, se rompe difícilmente, y el coco que no le despidió a su tiempo, es más fácil quebrarle que desnudarle de ella. Críanse pegados a un racimo, que tendrá más de mil, y éste se engendra dentro de una como concha cerrada, que va creciendo juntamente con el racimo, hasta que llegando ya éste a sazón, engruesa de manera, que no cabiendo dentro de su claustro, la hace reventar y rompe en dos partes, que quedan como dos barcos, cada uno de más de una vara de largo y dos palmos de diámetro por lo más ancho, y el racimo todo amarillo, que es muy de ver, queda colgando hasta que, sazónándose la fruta, se viene al suelo...»

El Diccionario trae esta voz *coquito* como sinónima de *ecuculí*, pero haría bien, me parece, en consultar también la acepción que le corresponde en Chile.

Corecore. m. (*Geranium rotundifolium*).

Planta citada ya por Mariño de Lobera con sólo el nombre de *corí*, y a la que probablemente aludía Rosales al decir que las raíces de *coro* eran excelente remedio para el pasmo, y así, con alteraciones más o menos variadas, aparece en otros escri-

tores. Es hierba usada en la medicina casera y muy abundante en todo Chile, con flores pedunculadas dos a dos, muy pequeñas, que se acercan al color de rosa; cáliz velludo, con sépalos terminales espinudos; pétalos enteros, obtusos; carpelos peludos, y con hojas radicales redondeadas, divididas en siete lóbulos. Florece durante gran parte del verano.

Lenz opina que su etimología debe ser araucana.

Coronta. f.

Corazón de la mazorca del maíz ya desgranado. Voz usada también en el Perú (Arona y Palma), de donde procede: en quichua *k'oronta*. Así se llamaba en Chile por lo menos desde mediados del siglo XVIII, en cuya forma la trae Febrés al traducir el equivalente castellano *maslo*, anticuado hoy, según el léxico.

Observa Román la confusión que en éste se nota respecto de las definiciones de los provincialismos españoles *carozo*, *garajo* y *tusa*, que responden a la forma castellana *zuro*, y continúa así: «Comparando el número de personas que usan cada una de estas voces con el de los que usan a *coronta*, que son varias repúblicas de Sud-América, y considerando que esta voz es mucho más antigua, comoquiera que de América pasó el maíz a Europa, creemos que la Academia no debe ya vacilar un momento sino apresurarse a recogerla para la próxima edición del Diccionario.»

Corontillo. m. (*Escallonia illinita*).

«Planta del género de las saxifragáceas, del género *escallonia*. Se llama *illinita*, por la resina de que aparece como untada... El nombre de *corontillo* es porque su flor, en forma cilíndrica y áspera, semeja una *coronta*. Es planta medicinal para enfermedades del hígado y su nombre debe figurar en el Diccionario.» Román, I, p. 531.

Arbusto de uno a dos metros de altura, de la familia de las Saxifragáceas, pelado, resinoso, muy oloroso; hojas rígidas, barnizadas en la cara superior o en ambas, glanduloso-punteadas por debajo, oblongas, trasaovado oblongas o trasa-

vado-lanceoladas, almenado-dentadas, de 3 a 5 centímetros de largo; cápsula lampiña, trasovoide-turbinado.

Cortadora. f.

Yerba que se cría en lugares húmedos, con hojas largas y angostas, de bordes ásperos y cortantes. Las hay de varias especies en Chile, pero la más frecuente es la que nuestro pueblo llama *cortadera* y cuyos tallos, desmenuzados en tiras angostas, aprovecha para torcer y fabricar cuerdas y sombreros. Román la ha consignado bajo el nombre vulgar, si bien correctamente escrito debe ser *cortadora*, en cuya forma la empleó Pedro de Oña en su *Arauco domado* (canto IV) en un pasaje doblemente curioso porque habla de las demás hierbas similares que los españoles encontraron al desembarcar en la isla de Quiriquina:

Quién el desierto albergue trastornando
 En término más breve que de un hora
 Cargado vuelve y crespo de *tolora*
 Do están las camaradas aguardando;
 Quién con la verde *juncia* rumorando;
 Quién con la paja seca *cortadora*;
 Quién por allá cubierto de *carrizo*,
 Más erizado asoma que un erizo.

Y en nota puesta a esa voz *cortadora*, agrega: «Especie de paja como cuchillos.»

Enredadera voluble, de la familia de las Liliáceas, con hojas alternas aovadas, acuminadas, coriáceas, cortamente pecioladas; flores rosadas o rojas, acampanadas; fruto, baya amarillo.

«Parece, añade Román, que no hay en castellano otras voces propias (citando la *juncia* y la *chufa* y el *papiro*) para denominar estas especies chilenas...: en vista de esto, debe admitirse en el Diccionario nuestra *cortadera*», o *cortadora*, digo yo.

Coscoroba. f. (*Cygnus coscoroba*).

Especie de cisne así llamado, que se distingue del que habita en las provincias centrales de Chile en que tiene el cuello más corto y todo blanco: es también más pequeño. Vive en

las regiones del sur y abunda en esa misma latitud de la Argentina. «El nombre vulgar con el cual debe entrar en el Diccionario» es onomatopéyico. Román, I, p. 533.

Corvinilla. f. (*Corvina trispinosa*).

Dase el nombre de *corvinilla* en Chile, ya al pez indicado con aquella designación científica, ya a otras dos especies del género *Umbrina*. Con el más generalmente conocido, se re presenta un pez de unas quince pulgadas de longitud, de un verde blanquizco por cima y plateado por bajo, que, como su nombre lo indica, tiene alguna semejanza con la corvina.

Cuca. f. (*Ardea cocoi*).

«Tenemos varias especies de garzas en Chile: la *cuca*... La ave que en Europa se llama garza se parece muchísimo a la *cuca*, pero es más chica.» Philippi.

La *cuca* es ave zancuda, de la familia de los ardeidos, con ojos rodeados de una piel calva, de tal modo que parecen que están situados en el pico mismo, dándole así un aspecto muy estúpido. Es más grande que la garza europea, y ceniciento azulada como ésta, con las plumas grandes de las alas negras, y en la cabeza con un penacho del mismo color, el cual es más largo en el macho.

Ave que debe su nombre, probablemente, a su graznido. Regístrala Román.

Cuchareta. f. (*Platalea ajaja*).

Se da este nombre a un ave zancuda, de pico largo, recto, muy aplanado horizontalmente y ensanchado en forma de cuchara en el extremo. Pertenece a la familia de los plataleidos, y es de color generalmente rosado, con la cabeza, el cuello y el pecho blancos. Aunque se halla esparcida por las dos Américas, sólo de cuando en cuando suele encontrarse algún ejemplar en Chile.

«Hay en América y también en Chile, una especie de espátula de color de rosa o rojo muy subido, llamada *planeta* en el país.» Philippi. Es la misma conocida con el nombre más general de *cuchareta*, traducción que el pueblo ha hecho en

esa forma por serle mucho menos conocida la espátula, a la cual se parece bastante el pico de esa ave.

Planeta procedería de la pequeña plana que usan los albaniles, a la cual se asemeja también el pico de la *euchareta*.

Román, I, p. 534.

Cuculí. m.

«Los peruanos y el Diccionario de Zerolo hacen femenino este nombre; nosotros lo hacemos masculino.» «Es paloma silvestre del tamaño de la doméstica, aunque más esbelta y aristocrática en su corte. Es de color cenizo y alrededor del ojo lleva una bellísima órbita azul subido. Como todos los nombres onomatopéyicos, en la primera etapa de su formación, *cuculí* imita directamente el canto del ave, sin sílaba de más o de menos, de esas que la eufonía o la analogía gramatical van añadiendo o cercenando a las palabras de este origen, a medida que se labran con el trascurso del tiempo. El canto de esta paloma es tan bello y tan rotundo, los golpes de su pecho tan acompasados, que es muy solicitada para la jaula, donde se cría perfectamente, no obstante lo arisco y soberbio de su carácter.» Arona. «Y en esta cita, concluye Román, tiene la Academia los datos suficientes para la aceptación de este vocablo.»

Culén. m. (*Psoralea glandulosa*).

Arbusto de la familia de las Leguminosas, oloroso, las hojas y los cálices glandulosos; hojas casi de un decímetro de largo, con tres hojuelas lanceoladas, u oval lanceoladas, acuminadas, tiernas y de un verde claro; flores en racimos axilares; corola blanco-azulada o purpurina. Medicinal.

«El *culén* es un arbusto indígena apreciado como remedio casero.» Philippi. «La segunda yerba sea la que llamamos albahaquilla y los indios *culén*.» Ovalle. «El *culén* es provechosísimo para muchos remedios; llaman a esta mata los españoles albahaquilla, por la semejanza que tiene a la albahaca de Europa en lo que toca a la forma y a la figura de las hojas, si bien muy contraria en el olor y en el sabor y diferente en las virtudes.» Rosales. «...porque estaba [el valle] sembrado de

esposos arbolitos de *culenes*, que nosotros llamamos albahaquillas del campo.» Núñez de Pineda, p. 77. «El *culén* es árbol pequeño, sus hojas semejantes a la albahaca.» Olivares.

Adviértase que nadie en Chile la conoce hoy por el nombre de albahaca o albahaquilla, a que aluden aquellos autores.

Voz de origen araucano; de la cual ha salido el colectivo *culenar*.

Lenz, n. 263, que cita también, entre los modernos, a Vicuña Mackenna, a Barrios Arana, a Bello, que usó de esa voz en verso, y a Amunátegui. *Al través del Diccionario*, pp. 235 y siguientes. Concluye Román: «No hay más remedio que incluir en el Diccionario su verdadero nombre araucano (*culén*), que es el que le damos en Chile...» Y otro tanto opina respecto a *culenar*.

Culpeu. m. (*Canis culpeu*).

Culpeu, «raposa grande», nos dice Febrés; de donde su origen netamente araucano. «Hay muchas y diferentes raposas, con diversos nombres; a las muy grandes llaman *culpeu*.» Rosales. «El *culpeu* es una zorra grande, que sólo se distingue de la común en la magnitud, en el color, que es más fusco, y en la cola, que es larga, derecha y poblada de pelos cortos hasta su extremidad, como la del perro común.» Molina.

Lenz, n. 266; Román escribe *culpeo*, y dice respecto de esta voz que «debe pasar al Diccionario.»

Cuncuna.

«Sus larvas [de las mariposas-] llamadas orugas y en Chile *cuncuna*.» Philippi. Es voz netamente araucana. Febrés: *cuncuna*, un gusano del todo parecido a los de seda, menos en el color y en morder.» Se usa también en la República Argentina. En Chile se aplica especialmente a la larva de la mariposa que se cría en los álamos.

Lenz, n. 277. Hállase en Salvá, que define esta voz: «Gusano de Chile, parecido a los de seda.»

Román cree que corresponde en todo a la *oruga* castellana, si bien agrega que «será difícil desterrar de Chile el popular nombre de *cuncuna*, que es usado por toda clase de personas,

mientras que el de *oruga* sólo es conocido de las personas muy instruidas.» Pero añadiremos más: la oruga es cualquiera larva en forma de gusano, al paso que la *cuncuna* es la que está cubierta de pelos, a modo de ortigas, como ya lo advirtió Febrés. Es, por tanto, una clase especial, aquella que hace daño al tocarla.

Curagua. f.

«Bien que para esta operación [de tostar el maíz] prefieren otra especie que llaman *curagua*, que aunque mucho menor en todas sus partes, se hincha de tal modo en el baño de arena, que adquiere un volumen mucho mayor que los otros, y da una harina más ligera y más blanca...» Molina.

«A este fin [de hacer harina] destinan la especie de maíz que llaman *curagua*, la cual aunque en todas sus partes sea más pequeña, con el reventar que hace con el calor de la arena, adquiere un volumen dos veces más grande que el otro, y rinde una harina más blanca y más ligera y muy de gusto de las personas del más delicado paladar...» Gómez de Vidaurre.

Zerolo aplica esta voz a cierta «especie de maíz del Brasil.»

Llámase en Chile *curagüilla* al sorgo, de cuyas panículas se hacen generalmente las escobas.

Según Lenz, n. 285, la etimología araucana de *curagua* (que escribe *curahua*) vendría de *cura*, piedra, y de *hua*, maíz, «es decir, maíz (duro como) piedra.»

«*Curagua* debe admitirse, observa Román, ya que designa una cosa que no tiene otro nombre en castellano.»

Cururo. m. (*Poepbagomys ater*).

Ratón del campo, de un color negro uniforme y brillante, que vive en cuevas que fabrica en los cerros con muchas ramificaciones, haciendo en ocasiones el tráfico peligroso para las caballerías.

Lenz, (n. 295) cree que la voz procede del araucano y que será onomatopéyica.

Cuy. m. (*Cavia Cobaya*).

«Otro género hay de conejitos..., pero son domésticos y se llaman *cuyes*, que son también muy regalados y de mejor vista, porque son de varios colores y manchas...» Ovalle. «Discurran por el campo ciertos conejitos llamados *cuyes*, blancos y pardos y otros negros y blancos...» Rosales. Molina, que describe a este roedor con el nombre de *lepus minimus*, advertía que en su tiempo se aplicaba en América el nombre de *cuy* a varias especies de animales pequeños, «semejantes a los conejos, que son, por lo general, del género de la cavia». Consignan esta voz Alcedo los lexicógrafos peruanos y Lafone en la Argentina. Tráela también Zerolo. En Chile, Carvallo, Rodríguez, Gay, Philippi, Lenz y Román, de quien son las palabras que siguen: «En toda la América del Sur es conocido con el nombre quichua *cui*, que ya debe escribirse a la castellana, *cuy*, e incluirse en el Diccionario, porque no es propio que en España sigan diciendo, como en tiempo de la conquista, *conejillo* (o *cochinillo de Indias*...). El plural castellano, como se ve, no puede ser otro que *cuyes*; el femenino, que entre la gente educada es invariable, porque el nombre es epiceno, tiende entre el pueblo a la forma *cuya*...»

Ch**Chacay.** m. (*Discaria trinervis*).

Arbusto pelado, de la familia de las Ramnáceas, con las ramas algo colgantes, desprovistas de espinas o a veces terminadas en espinas; hojas elípticas o lanceolado-oblongas, obtusas, cortamente mucronuladas, de uno a dos centímetros de largo; flores solitarias o ternadas; por fruto, tres coquillos.

Voz de origen araucano, que Febrés traduce: «un árbol conocido». Con el plural *chacayes* se conocen en Chile una hacienda de campo y un riachuelo, denominados, sin duda, así por abundar en sus vecindades esta planta.

Román cree que el *chacay* parece ser la *aladierna* castellana; pero no es posible olvidar que se trata en este caso de una planta chilena, conocida y designada por los indígenas con un nombre característico.

Lenz, n. 306.

Chagual. m. (*Puya coarctata*).

«Bromeliácea grande con troncos escamosos y flores verdosas, muy frecuente en los cerros del centro». Lenz, n. 316. El tronco se llama especialmente cardón y por sus fibras se parece al corcho, al que suple en ocasiones. En el Perú y la Argentina se conoce con la ligera variante de *chaguar*, que es la forma que le corresponde en la lengua quichua, de que procede. Y así también trae esta voz Zerolo.

Chamico. m. (*Datura stramonium*).

«El *chamico*, planta narcótica usada en la medicina, cuyo origen es problemático.» Philippi. Conocida con tal nombre en México, Cuba, Perú y Argentina, y en Chile por lo menos desde mediados del siglo XVII, pues la menciona Rosales. «El *chamico*, puesta la semilla en las muelas dañadas y cuando se *enchamican*, que es una enfermedad que azonza a uno dándole el *chamico*, se quita con moler porotos crudos...» Es de procedencia quichua, en cuya lengua se llama *chamimcu* o *chamicu*.

Lenz, n. 336.

Champa. f.

Román dió ya a conocer los equivalentes castellanos de esta voz, que son, raigambre, barbas, cespel, cepellón, tepe, que aquí son del todo desusadas y se reemplazan por *champa*, que viene del quichua *ch'ampa*: el cespel con tierra. Se usa tal vocablo en el Perú, en el Ecuador y Argentina.

Chanchito. m. (*Oniscus*).

Dópodo, de color plomizo, que vive en la tierra y que al ser tocado se envuelve, formando una bola. Tendrá un centímetro de largo. Es difícil atinar con la etimología que le corresponda; tal vez, diminutivo de *chancho*, como se llama en Chile al puerco. Lenz cita los testimonios de los Padres Febrés y Havestadt, que escriben respectivamente, *chanchu* y *chancu* como términos castellanos usados en Chile a mediados del siglo XVIII.

También se da este nombre en Chile a cierta avecilla pare-

cida a la *rara* (véase esta voz), descrita por los naturalistas con la designación de *Chlorospiza fruticeti*.

Chañar. m. (*Gourliea decorticans*).

«En la misma provincia se dan los árboles que llaman *chañar*: dan una fruta como ciruelas zaragocías con un hueso dentro como hueso de aceituna; la carne es algo dulce, al modo de azufaifa; el árbol se da en los montes secos y es del tamaño y hechura del olivo y se le parece en las hojas; es espinoso como el cidro y su cáscara es amarilla.» Rosales.

«Los habitantes del país conocen las lúcumas silvestres bajo los nombres de bellota, queule y *chañar*...».

El *chañar* arroja un tronco de treinta pies de alto, poblado de ramas espinosas y de hojas casi ovales y sin pezoncillo, sus frutas son redondas como las del queule, mantecosas y de muy buen sabor...» Molina.

El nombre *Chañar* aparece ya en los documentos de la época de la conquista, pues en una información de testigos levantada en 1557 se menciona varias veces el lugar de ese nombre, situado no lejos de Copiapó. Medina, *Documentos inéditos*. t. XXVIII, p. 121 y 124. Aun permanece su nombre, y cambiado también en *Chañaral* y en su diminutivo *Chañarcillo*.

Lenz, n. 348.

Chaura. f. (*Gauttheria cespitosa*).

Arbusto de las ericáceas, con frutos comestibles, parecidos a la murta. «La provincia se llamó Chauracaguín, por nacer allí muchas matas llamadas *chaura*.» Rosales. Hay otra especie que no se come, y es la que Febrés y Hernández definen respectivamente: «*Chaura*, una murta que no se come.» «*Chaura*, mata rosada que da murtillo, pero no comestible.»

Lenz, n. 370.

Chépica. f. (*Paspalus vaginatus*).

«La *chépica* es una yerba pequeña, sus hojas al modo de las de la zanahoria.» Rosales. «...grama, aquí *chépica*.» Olivares. En araucano, de cuyo idioma procede, se llama *chedpica*.

Lenz, n. 376. y Sup. II, donde observa con razón que «el sustantivo *chépica* se usa generalmente como colectivo, y rara vez en plural.»

Derivado: *chepical*; y compuesto *deschepicar*. Véase este ejemplo de aquel derivado: «Encontrarás una aguada que tiene un *chepical* muy grande.» Jotabeche.

Cualquiera que sea el nombre castellano de esta maleza, el de *chépica* es tan generalizado en Chile, que no es posible omitirlo.

Chequén. m. (*Eugenia chequen*).

Arbusto de las mirtáceas, cuyas hojas son elípticas, atenuadas en los extremos, de un mismo color por ambos lados y puntadas en el inferior. Se extrae de ellas una droga que se halla en el comercio y es conocida científicamente con el nombre de *chequentina*.

Febrés define: «*chequeñ*, un arrayán blanco»; ya había dicho antes el P. Valdivia, que tal voz araucana era cierta especie de arrayán.

Lenz, n. 378.

Chercán, na. f. (*Troglodytes platensis*).

Esta diminuta avecilla, de movimientos sumamente graciosos y de canto por extremo alegre, que frecuenta especialmente las enredaderas de las casas de nuestros campos, deriva su nombre del araucano *chedcañ*. Aproximándose a esta forma, el P. Rosales dice: «...los ruseñores, que aquí llaman *chedcan*...» La generalmente usada hoy es *chercán*.

Este pajarillo, incluido en la familia de los troglodítidos, es uno de los más pequeños de Chile, pues su longitud no pasa de 9 centímetros; tiene el plumaje muy tupido y blando, de un color rojo castaño en el dorso y claro debajo, con rayas transversales negruzcas. Su vuelo es corto y está en continuo movimiento; saltando de acá para allá, lleva casi siempre la cola levantada; prefiere a los bosques, los parajes cubiertos de matorrales, y casi no hay ninguno como él que viva tan cerca del hombre, hasta penetrar confiadamente en las casas. Es insectívoro y uno de los principales bienhechores de la agricul-

tura, porque destruye prodigiosas cantidades de insectos, arañas y otros animalillos nocivos.

Lenz, n. 380. «La hembra se llama *chercana*,» advierte Román. «Ambos nombres deben entrar en el Diccionario».

Chilca. f. (*Baccharis*).

«Tenemos en Chile muchas especies del género, notable por ser dioico, todas arbustos y subarbustos, conocidas con los nombres de... *chileca*, *chilquilla*, etc.» Philippi. «La *chileca* es una yerba muy conocida, de una vara de alto y muy melosa.» Rosales. «La hierba o mata que llaman *chilca*, calentada en una cazuela de barro, hace maravillosos efectos en las coyunturas donde ha entrado frío...» Inca Garcilaso. Tráela también el P. Velasco, en su *Historia del Reino de Quito*, como lo advierte Román, quien añade que «debe entrar en el Diccionario Académico en forma de *chilca*, que es la única castellana.»

«...jamás habría nadie dudado de que la gran cantidad de pez que se saca en Coquimbo de la célebre *chilca*, que es una especie de conicia u orégano, no fuese una resina destilada de algún arbolillo.» Molina.

Su etimología, tanto puede ser araucana, como quichua o aymará, pues en las tres lenguas se registra esta voz. Probablemente, fué introducido su nombre en Chile en tiempo de la conquista incásica.

Lenz, n. 390.

Derivado: *chilcal*, paraje abundante de *chilcas*.

Chilco. m. (*Fuchsia magellanica*).

Arbusto lampiño, de la familia de las Anagráceas, de renuevos rojos; corteza amarillento-cenicienta, que se desprende fácilmente en placas; hojas pecioladas, ovaladas u oval-lanceoladas, acuminadas, denticuladas; flores colgantes con el cáliz rojo y la corola violácea; fruto, una baya roja, comestible.

«Semejante al granado es el *chilco* en las hojas y en la estatura, y para el mal de orina es la mejor medicina que se halla...» Rosales.

Lenz (n. 391) cree que ha debido existir una voz semejante en araucano, y en efecto, en el Diccionario de Hernández está en la forma *chillco*, tomada de Febrés, quien la anota como «hierba fresca medicinal y sirve [a los indios] para teñir sus mantas.» «Es muy común en la mayor parte de Chile el *thileo* o *chilco* de los campesinos.» Philippi. Y aquella primera forma sería la netamente indígena.

Después de esto, observa Román, no queda sino pedir a la Academia que incluya en su Diccionario la voz *chileo* (fucsia silvestre), con que se conoce en todo Chile una de las plantas y flores más hermosas de nuestra flora de costa, lo cual hizo que algunos la llamaran *jasmín del Papa*, como puede verse en Gay.»

Chilla. f. (*Canis Azarae*).

«En Chile hay dos especies de zorras, la zorra pequeña o *chilla*, y la grande o culpeo.» Philippi. «Hay muchas y diferentes raposas, con diversos nombres; a las muy grandes llaman *culpeu*...; a las pequeñas, *chilla*.» Rosales. «La *chilla* o zorra montaraz.» Molina. Es voz araucana.

Lenz, n. 398. «El nombre *chilla* es general en Chile y debe entrar en el Diccionario,» dice Román.

Chincol. a. (*Fringilla matutina*).

Pajarillo que frecuenta los poblados, de cantar agradable, parecido al gorrión europeo, muy común y conocido en Chile.

Lenz (n. 406) cree que debe de ser voz araucana, aunque no se halle en los diccionarios, por cuanto existe entre nosotros el lugar llamado Chincoleo: agua del *chincol*. «La hembra se llama *chincola*.» Román.

Advertiré, con todo, que los araucanos llaman a esta aveci-lla *pueldiuka*.

Chinchimén. m. (*Lutra felina*).

«... el *chinchimén* o chungungo, gato de mar...» Philippi. «El *chinchimén* es un animalejo que tendrá 20 pulgadas de largo, midiéndolo desde la punta del hocico hasta el origen

de la cola. Diéronle los españoles el nombre de gato marino.» Molina.

Es voz araucana, que se halla en Febrés.

Lenz, n. 410, y Román, II, 38.

Chingue. m. (*Mephitis chilensis*).

«El *chingue*... todas las especies son negras, rayadas de blanco, y tienen en las manos uñas fuertes y cavadoras.» Philippi. «Además de estas diferencias de vulpejas, se halla aquí otra muy notable; llámase *chinique*... Es pequeña, de negro y blanco, con veloso cuerpo y dilatada de cola; hace su albergue en las cavernas de los riscos; si alguna vez la encuentran los perros en la campaña y no puede escaparse por sus pies, viéndose ya en el último riesgo de la vida, los rocía con orines y otra evacuación de humor, tan pestilencial y hediondo, que los desalienta e inficiona el aire por muy grande trecho al rededor...» Rosales. El *chingue*... tiene en Chile la misma estatura que un gato común, y su color es un color azulado, menos sobre la espalda, en la cual tiene una lista de manchas redondas y blancas, que se extienden desde la frente hasta la cola...» Molina. «El *chingue* es una zorra pequeña taraceada de blanco y negro con hermosa proporción; se defiende de los que intentan cogerlo con la inmundicia de su orín, que es en extremo fétido.» Olivares.

Es voz araucana, que castellanizada parece de una sola terminación, por más que alguien haya escrito *chinga*, por la hembra del *chingue*.

Lenz, n. 410. Román cree que el nombre castellano de nuestro *chingue*, *mocfta*, viene del italiano; la última edición del Diccionario la deriva del neerlandés *muf*, pero, puesto que se trata de una voz de procedencia de la América del Sur, única región del globo en que habita este mamífero, opino por que no se debe prescindir del nombre que aquí se le da, derivado del araucano *chinghe*, que registra Febrés. Los cronistas españoles que primeramente describieron este animalejo no le señalaron ninguno.

Chinita. f. (*Coccinella*).

Pequeño coleóptero del género indicado, «que en Chile se llaman *chinitas*.» Philippi.

Lenz, n. 405, sexta acepción, en la cual la traen también Zerolo y Roman.

«La *chinita* (*Coccinella connexa*), con toda su pequeñez causa grandes destrozos entre los pulgones, y no hay nadie quien no aprecie sus asiduos cuidados en la policía de los vegetales, impidiendo que esos huéspedes nocivos tomen un incremento poco conveniente.» Medina, *Los insectos enemigos en Chile*, en la revista *Sud-América*, Santiago, 1873, p. 707.

Chirguatera. f.

Sinónimo de *molinera*. Véase esta voz.

Chirihue. m. (*Grithagra brevirostris*).

Avecilla que se encuentra en grandes bandadas en ciertas épocas del año en los terrenos cultivados, común en todo el país, cuyo nombre, sin duda de origen araucano proviene del grito peculiar que tiene. «Por encima es de color aceituna obscuro y las plumas marcadas de una raya morena en medio; los escapularios, las alas y remigias de un negro obscuro, bordeados ampliamente de ceniciento olivaceo; el ovispillo es verdoso; la garganta, el pecho, el abdomen y las cubiertas inferiores de la cola son amarillos; pico y patas brunos.» Gay.

Lenz, n. 431. Roman quiere que se escriba *chirigüe*, para uniformarlo con la terminación femenina.

Choclo. m.

«... cada caña [de maíz] carga ordinariamente tres o cuatro mazorcas, o como en dicho reino dicen, *choelos*, bien grandes y perfectamente granados.» «¿Qué harían ellos, cuandos los veían... sin tener un trapo con que cubrir sus carnes, ni un pedazo de pan, ni aun tal vez un *choclo* de maíz para matar su hambre?» Ovalle.

Lenz, n. 436. Román, después de advertir que el Diccionario ha admitido el equivalente mexicano *elote*, con más razón

debió hacerlo respecto de *choclo*, dice, «que se usa en más naciones y tiene en su favor más respetables autoridades.»

Voz corriente en Colombia, Ecuador, Perú y Argentina, de que ya han hablado los lexicógrafos de esos países. Tráenla también Salvá y Zerolo. Viene del quichua y aimará.

Choco. ca.

«Especie de perros, chicos de cuerpo, de lana crespá y abundante, muy nadadores y aficionados al agua, de la cual afición les viene, sin duda, el nombre de *perros de agua*, con que en España se conocen.» Z. Rodríguez. Con el mismo nombre de *chocos* se designan también estos perros en la Argentina y en el Perú (Lafone y Arona). Respecto a la etimología de esta voz, al paso que Lenz opina que se «trata de varias palabras que se han confundido y contaminando» y que el elemento fundamental es el castellano *zoco*, nota que en quichua existe la voz *ch'acu*, que Middendorf define «perro crespo de aguas», que seguramente es la misma palabra que el peruano y chileno perro *choco*. Román deriva la etimología de tal voz del verbo araucano *chocón*, «entumirse de frío y agua.»

Sea como quiera, no podrá negarse que la voz *choco*, que en Chile ha pasado a significar también a la persona de cabello corto y ensortijado, sobre todo si por ser roma y arremangada de narices y de facciones recogidas, se asemeja a los perros de que se trata (Rodríguez), es de uso corriente entre nosotros y puede, por tal causa, figurar, al menos, como chilenuismo.

Cholgua. f. (*Mytilus chilensis*).

«En las *cholguas* se crían perlas y algunas de buen oriente.» Córdoba y Figueroa. «También son comunes en aquel mar las llamadas *cholgua*...» Molina. Error manifiesto en el nombre, pues, sin el uso general, en araucano, de donde procede, es *chollhua*.

Molusco muy parecido al choro, del cual se distingue por su menor tamaño y el color más pálido de su carne.

Lenz, n. 442, que cita también bajo el número 195 la voz *colhue*, asimismo de un molusco de concha blanquecina, en araucano *collhue*, que F'ebres traduce «unos choros de cáscara

blanca.» Y bajo la voz *chollhua* «cáscara de choros blancos.» Román acepta también a *colhue*; pero, en verdad, basta comparar las dos definiciones de Febrés para caer en cuenta, al menos tal me parece, que ambas voces significan una misma cosa, y en el hecho eso es lo que ocurre. Aplicando lo dicho a *cholqua*, concluiremos con Román: «Como el molusco existe y sólo se conoce con este nombre en todo Chile, es tiempo ya de admitirlo en el Diccionario.»

Chonta. f. (*Juania australis*).

«Las islas de Juan Fernández producen una especie de palma llamada *chonta*, cuyo tronco es interiormente cóncavo como el de todas las demás palmas, negro y más duro que el ébano.» Molina.

Lenz, n. 447 y Román, quienes notan que la etimología de esta voz proviene del quichua *chunta*. Regístranla también Tobar, en el Ecuador y Arona, en el Perú. Alcedo la describió, advirtiéndole que esta palma abunda en todos los bosques de América, y los botánicos españoles Ruiz y Pavón la incorporaron, asimismo, en su *Flora*. «Hay, pues, sobradas razones, apunta Román, para que esta voz figure en el Diccionario, por lo menos como americanismo.»

Choro. m. (*Mytilus chorus*).

«Hay [mariscos] de los que en nuestras costas se hallan, como son erizos, mosellones o almejas, que cada uno es mayor que diez de los de España, de excelente comida, especialmente los mosellones, a que allá llaman *choros*...» González de Nájera. «Es también muy regalado marisco el que llaman *choros*.» Ovalle. «Muy abundante es en toda esta costa un marisco que se llama *choro*, encerrado entre dos conchas cubiertas de una costra negra; por una parte son largas y anchas, y por otra rematan en una punta redonda; sírvenles a los indios de cucharas y de cuchillos para cortar, donde no alcanzan hierro.» Rosales. «... los muchachos y chinas andaban de ordinario, por vía de entretenimiento, mariscando y pescando con redes y trasmallos, que con gran facilidad sacaban *cho*

ros...» Núñez de Pineda, p. 329. «El *choro* tiene cerca de siete pulgadas de largo y tres y media de ancho...» Molina.

Lenz, (n. 452), citando a Middendorf, le atribuye una etimología quichua, *chhuru*. «Usada esta voz por todos los chilenos, por los historiadores antiguos y por los naturalistas, tiene ya pleno derecho a figurar en el Diccionario.» Román.

Choro maico: llámase así a los muy pequeños que se hallan fuera del agua asentados en las peñas, y que, por tal causa, no llegan a desarrollarse. De ahí su significado araucano de «imperfecto».

Choroy. m. (*Psittacus rectirostris*).

«En América hay muchas especies de loros, de la cuales tres en Chile: el *choroy* y la catita...» Philippi. «Los papagayos de paso son el *choroy*...; tiene la parte arriba del cuerpo verde, el vientre ceniciento...» Molina.

Su etimología es araucana: *choroy*.

Lenz, (n. 453) que al afirmar que hoy en la región central de Chile «se dice más bien catita» por el *choroy*, creemos se equivoca, pues ambas voces corresponden a diferentes especies. Román, II, 51.

Chucao. m. (*Pterotochus rubecula*).

Pajarillo de 16 a 17 centímetros, de plumaje bruno rojizo, que pasa a ferruginoso en la garganta y en el pecho (de donde su designación científica). Prefiere los sitios más oscuros y retirados de los bosques.

En araucano se llama *chucau*. Es tenido por los indios y hasta por los campesinos en Llanquihue como pájaro de buen o mal agüero. Es ave peculiar a Chile.

Lenz, n. 456. Román, II, 52.

Chucho. m. (*Noctua pumila*).

Voz que la gente culta pronuncia de ordinario *chuncho*, pero que en araucano es *chuchu*, cambiado hoy por los indios en *chucho*, según afirma Gay, y con tal forma es conocida en los campos. Es la más pequeña de las lechuzas y tiénesela por de mal agüero. De *chuncho* proviene el verbo *achunchar*, que

se dice de lo que trae mala sombra, o por avergonzarse, correrse.

Lenz, n. 462.

El Diccionario de Autoridades definió esta voz «Ave nocturna semejante al mochuelo,» refiriéndose a Covarrubias, que «le da la etimología por la figura onomatopeya de la voz *chuchú.*» Fundado en tales antecedentes, Román niega al vocablo una derivación araucana, suponiendo que los indios lo tomaron del castellano; si bien, a nuestro entender, tratándose de una voz onomatopéyica, nada se opone a que también la tuvieran los araucanos en su lengua.

Chuchoca. f.

«Luego que el maíz adquiere su madurez, le guardan los indios, para sustentarse en el invierno, de dos modos distintos, porque, o le dan una ligera cochura, y entonces le llaman *chuchoca...*» Molina.

«Cuando el maíz se ha puesto duro, lo dejan madurar para cosecharlo y susténtase de él en el invierno, en una de dos maneras; porque, o le dan un ligero cocimiento al horno, le rompen gruesamente, en cuyo estado lo llaman *chuchoca*, o lo dejan entero y crudo.» Gómez de Vidaurre, p. 110.

Es voz que tanto puede proceder del quichua, como del aimará, y aun del araucano, pues Febrés dice: *chuchoca* o *cu-narquén*. Regístrala Zerolo y se halla empleada en muchos autores y lexicógrafos americanos, que cita Lenz bajo su número 463. Y, pues, como advierte Román, «aunque el pueblo pronuncia aquí, a veces, *chichôca* y en el Ecuador *chuchuca*, en el Perú y la Argentina, *chuchoca*. «en esta forma debe entrar en el Diccionario.»

Chupón. m. (*Bromelia sphaelata*).

«El *chupón*, en nuestras provincias del sur, con frutos comestibles.» Philippi.

«...y otras especies muy afines de las bromeliáceas, dan los *chupones...* Los frutos *chupones* se hallan amontonados en cabezuelas del porte de un puño de hombre y están ocultos entre brácteas anchas y puntiagudas...» Reiche.

Su etimología, según Lenz (n. 481), no sería otra que la de un derivado castellano de *chupar*, porque los frutos dulces de esa planta se chupan.

«También se llama *chupón* (y esto sí que debe admitirse), una planta chilena... «yerba grande, cespitosa, con hojas lineales, muy espinosas en su borde; espigas de flores sésiles muy cortas, escondidas entre las hojas, multifloras, con las brácteas color castaño, corolas rosadas; bayas muy sabrosas. Común en las provincias del Sur.» Philippi. Baya o fruto de esta planta, que se come chupándolo; de donde le ha venido el nombre.» Román.

Churrín. m. (*Scytalopus obscurus*).

Churín, escribe Philippi, pero debe ser *churrín*. Avesilla que habita desde Magallanes hasta las provincias centrales, y que se eleva a bastante altura en la cordillera. Es una especie de *chercán*. Véase esta voz. Su nombre es también onomatopéyico.

Es el pajarillo teroptóquido más pequeño que hay en Chile, pues no pasa su longitud de 10 centímetros. Como lo indica su nombre específico *obscurus*, su plumaje es negro lustroso, con reflejos metálicos azulados. Habita los parajes húmedos, en las vecindades de los bosques, y se mantiene de insectos que busca en las plantas.

Lenz, n. 484.

D

Daudá. f. (*Flaveria contrayerba*).

«Planta anual, de treinta o sesenta centímetros de alto, enteramente lampiña, con hojas opuestas, lanceoladas, trinervias; cabezuelas reunidas en pequeños corimbos compactos de tres a cinco florecillas tubulosas, amarillas; involucre de tres a cuatro hojuelas. Bastante común en Chile, sirve principalmente para teñir de amarillo. En medicina se la usa como un ligero estimulante en los casos de digestiones perezosas, y como emenagoga.» Philippi.

Proviene del araucano *daldal*, en cuya forma la empleó ya el P. Rosales.

Lenz, n. 494, y Román, que advierte que se parece a la española contrahierba y al eupatorio.

Dengue. m. (*Mirabilis jalapa*).

Planta que se cultiva en los jardines, y da comunmente flores rojas y con las cuales refregándolas en las mejillas se pintan las campesinas; de sus semillas, sacadas la corteza, hacen también un aceite de color blanco: ¡utilísima, como se ve, para el tocador barato...!

Describela Gay: «Planta herbácea, vivaz, con tallo de como dos pies de alto, nodoso, ramoso, erguido, glabro o muy velloso. Hojas opuestas, pecioladas, ovaladas, acuminadas, a veces algo carnosas, obtusas por la base o subcordiformes, muy agudas en la punta, enteras, glabras o apenas pestañosas en sus contornos, de una a cuatro pulgadas de largo, sin incluir el pecíolo, que mide seis a doce líneas. Flores cortamente pedunculadas, reunidas de tres a seis en fascículos terminales. Perigonio tubuloso-campanulado, de como una pulgada de largo, purpúreo, amarillo o blanco sin olor.» Flor de esta planta, añade Román.

Debe proceder de la misma voz castellana *dengue*, aplicada a la flor, y de ahí a la planta, por la facilidad con que se marchita.

Dicha. f. (*Soliva sessilis*).

Llevan el nombre de *dicha* varias yerbas con hojas y frutos espinosos. Philippi describe así la especie que apuntamos: «Planta anual muy pequeña, con hojas pinatífidas, lóbulos triquinquelobados, lacinias lineares, con cabezuelas axilares sésiles. Muy común en Chile. Es singular porque su estilo es persistente y se vuelve leñoso y punzante. No tiene vilano.» Hizo ya de ella mención Rosales: «Otra yerba llamada *dichalahuén* (por yerro de imprenta *laquén*) es buena para estancar las cámaras de sangre, cocidas sus raíces en agua».

Procede el nombre del araucano *dichon* o *dùchon*, ensartar omo con lanza, y de ahí *dùcho*, achupalla, según Febrés.

Lenz, n. 501, que registra también el diminutivo *dichillo*, aplicado a varias umbelíferas con hojas o frutos punzantes. Román cree que el nombre puede ya figurar en el Diccionario, así como también *dichillo*.

Dihueñe. m.

Del araucano *dihueñ*, hongo parásito de los robles, en cuya acepción es de uso general en Chile. Es, propiamente, el hongo que se cría en aquellos árboles, que es comestible y de que los indios fabrican también cierta especie de chicha.

«El roble, dice Rosales, es árbol alto, copado, que lleva una fruta que llaman *diguén*, de el tamaño de un puño, sin hueso ninguno, toda ella esponjada y los poros llenos de un licor dulce como almibar, con que la fruta parece un buñuelo natural; su color es entre blanco y amarillo.» «Sobre sus ramas tiernas [las del roble] se forman ciertas excrecencias, que llaman *dihueñes*, blanco-rojas, al principio todas lisas, y después forman hojas amarillas cuasi redondas, en cuyo estado es común encontrar dentro un gusano. Estos *dihueñes* llegan a tener más de una pulgada de diámetro, son dulces y delicados... y los comen con delicia los campesinos. Tienen tantos en una rama que cuasi forman un racimo.» Gómez de Vidaurre.

Lenz, n. 503, y Román, II, p. 148.

Adviértase que el hongo que nace en los colihues es también comestible, pero que en araucano se llama *changle*.

Diuca. f. (*Fringilla diuca*).

«La *diuca* canta con grande armonía al primer albor del día...» Córdoba y Figueroa. «...la *diuca*, su canto es delicioso, especialmente al amanecer, viviendo alrededor de las casas, al modo que los gorriones, cuyas propiedades tiene.» Molina. «La *diuca*, ave de color celeste, poco mayor que un jilguero, canta al comenzar el día...» Olivares. Hállase asimismo en Alcedo, y don Andrés Bello la incorporó al lenguaje poético en su Oda al 18 de Septiembre.

¡Día feliz! cuando asomó la aurora
sobre la agigantada
cabeza de los Andes, y la *diuca*
te cantó la alborada.

Voz de procedencia araucana, que en su aumentativo castellano *diucón* se aplica también a un pajarillo que se parece mucho a la *diuca* y es un poco más grande (*Taenioptera pyrope*).

Lenz, n. 506, y Román, que transcribe íntegra la descripción de esta avecilla que trae Gay; «para que la Academia, dice, se forme idea cabal de este pajarillo y admita su nombre en el Diccionario» bastará con bosquejar aquí: de color gris apizarrado, barba y garganta blancas, con una lista longitudinal del mismo color por medio del vientre hasta las cubiertas inferiores de la cola, llameadas de bermejo. Mide siete pulgadas.

Doca. f. (*Mesembrianthemum chilense*).

Planta de la familia de las aizoáceas, que crece en los arenales de la costa desde Coquimbo hasta Valdivia, y cuyos frutos son comestibles, aunque un tanto purgantes; tienen gusto a grosellas.

Lenz, n. 507, considera esta voz de etimología a todas luces araucana. Román cree que bien puede ser gallego, la *dióica* de Cuveiro. Véase *DOKA* en el *Diccionario* del P. Augusta.

Dormilón. m. (*Muscisaricola macloviana*).

Nombre de una avecilla muy abundante en Chile, y cuya área de habitación se extiende desde Magallanes hasta el Perú. Se la halla también en las Islas Malvinas. Derívase, probablemente, su nombre vulgar de la actitud tranquila en que suele permanecer por algún tiempo cuando se la observa.

Este pajarillo chileno pertenece a la familia de los Tiránidos; su cuerpo, de cerca de 17 centímetros de largo, es de color ceniciento bruno; tiene el pico relativamente delgado y un poco más corto que la cabeza, la cola larga, que mantiene en continuo movimiento, y las alas con la primera y segunda re-

migias mucho más prolongadas que las otras. Se le encuentra en los sitios húmedos, y fabrica su nido entre las hierbas altas.

E

Enredadera del suspiro.

Parece ser la que el Diccionario llama de *campanillas*. Flor de la misma planta: acepciones ambas que podrían considerarse como chilenismos.

Estoquillo. m. (*Malacochaete riparia*).

Planta de la familia de las ciperáceas, con el tallo triangular y cortante, que crece en lugares húmedos; diminutivo del nombre de la similar española conocida con el nombre de *estoque*.

Román, II, p. 315

F

Fiofio. m. (*Elainea albiceps*).

Nombre de un pajarillo bastante abundante en Chile, que debe su designación a su canto triste y agudo, en que parece repetir las sílabas *fio, fio*. Pertenece a la familia de los Tiranidos; es de tamaño de 13 a 15 centímetros; su plumaje es verde oliváceo, que tira a ceniciento en el dorso y al gris blanquizco en el vientre; y su nota distintiva consiste en una cresta de color blanco detrás de la cabeza, de donde su designación de *albiceps*. Vive de insectos y habita casi toda la América Meridional, con excepción de Colombia.

Lenz, n. 516, y Román, que transcribe un hermoso e inspirado artículo publicado en una revista acerca de la vida de este pajarillo, que se cree ha dado su nombre al famoso río Biobío.

Véase *VIGDITA*.

Flor del Caracol.

«También se encuentran allí... la flor de el *caracol*...» Mo-

lina. Es una enredadera de procedencia extranjera. (*Lathirus caracala*).

Flor del *lazo*. «Planta de jardín, de bulbo y parecida a la azucena. Da una flor blanca, aterciopelada, salpicada de rojo y de tres hojas (pétalos) retorcidas para afuera como la flor de lis heráldica.» Román: Flor de esta planta.

Flor de la *pasión*. «Así se llama aquí la *pasionaria*, que ha recibido su nombre porque han creído encontrar en la flor los instrumentos de la Pasión de Cristo. Los estigmas son los clavos; la corona de hilos, la corona de espinas; el ovario pedicelado, el cáliz; las anteras, las heridas; los zarcillos, los látigos.» Philippi.

«La flor de esta planta se llama también en castellano *granadilla* o *muruculla*.» Román.

Flor de la *perdiz*. «La *oxalis lobata* de los naturalistas y el *rimu* de los araucanos. «Flor amarilla que comen las perdices,» dice Febrés; y Philippi agrega que es «sin tallo, con un pequeño bulbo, hojas trifolioladas, y flores amarillas, que hermocean los pastos en otoño desde Santiago hasta Valdivia.»

Flor de la *perla*. (*Symphoricarpus racimosus*). Así llamada porque sus frutos, redondos, blanquecinos, semejan perlas.

Flor de la *pluma*. «Enredadera de las más crecidas y poderosas (*Wisteria chinensis*).» «Arbusto trepador de la China, con hojas imparipinadas y flores grandes moradas, muy fragantes, que se ve con frecuencia en los jardines de Chile.» Philippi.

Frutilla. f. (*Fragaria chilensis*).

El Diccionario dice: «En algunas partes de América, fresa.» No hay tal, ni es dado confundir a ésta con aquella, ni aun con el fresón. Y siendo esto así, habrá que cambiar también la definición de *frutillar* que es sitio donde se crían las *frutillas* y no las fresas. Ejemplo del uso de *frutillar*: «...porque de la suerte que entre nosotros se benefician las viñas, de la propia y aun con más cuidado labran ellos sus *frutillares*, porque hacen pasa mucha cantidad de ella para sus bebidas.» Núñez de Pineda, *Cautiverio feliz*, p. 495.

Convendría también añadir la voz *frutillero*, el que la cultiva o la vende.

G

Gallinaciega. f. (*Caprimulgus bifasciatus*).

Esta avecilla, llamada también *bocón* y *plastilla* en Chile, por la forma de bosta de vaca que afecta y su color, se halla en todo el país y también del otro lado de los Andes en la provincia argentina de Mendoza. Distínguese la hembra del macho, principalmente en que, en lugar de la faja blanca que éste tiene en el pecho, la de aquélla es amarilla.

«Las *gallinaciegas* son aves solitarias y nocturnas; solamente en la primavera se las suele encontrar en parejas... Durante la noche son excelentes voladoras, pero en el día vuelan con un vuelo incierto y corto...» «Para procurarse su alimento les ayuda mucho su boca, que es muy hendida, y unos pelos negros dirigidos hacia adelante, semejantes a cerdas negras, que tienen en la base del pico, y una secreción viscosa que tienen dentro de la boca, la que durante el vuelo llevan abierta.» Gay.

Román la apunta bajo el nombre de *plastilla*.

Gallina trintre.

Que se dice también, naturalmente, del pollo o del gallo, que tiene el plumaje crespo, como si estuviera vuelto al revés.

Es voz que han estudiado Rodríguez, Cañas y Lenz. Su etimología es araucana: *thinthi*.

«Me refiero a las gallinas rizadas o *trintres*... no me cabe duda de que hay en ese tipo sangre propia del continente americano...» Castelló, *Curso de Avicultura*, p. 130.

Gallineta. f.

Único nombre con que es conocida en Chile la gallina de Guinea, y, según entiendo, en otros países americanos en que se la ha propagado.

Gansillo. m. (*Bernicla dispar*).

Ganso silvestre de Chile, notable por su marcado dimorfismo sexual, hasta el punto de que muchos naturalistas han con-

siderado especies diversas al macho de la hembra. Ésta tiene todo su plumaje superior de un pardo gris, con visos metálicos, y aquél ostenta la cabeza y el cuello blancos, y tiene en el lomo, el pecho y los flancos fajas ondeadas negras, de modo que estas partes aparecen como escamadas. Vive en las lagunas de la cordillera de los Andes de las provincias centrales de Chile.

Guairabo. m. (*Ardea naevia*).

«El *guairabo* y el *chuid* también son nocturnos.» Córdoba y Figueroa.

Lenz escribe *Huairavo* y *huairavillo* (por la especie más pequeña de esta ave zancuda nocturna), y respecto de su etimología observa, que, aunque falta tal voz en los diccionarios araucanos, pudiera relacionarse con algún verbo de esa lengua. Román cree que se trata de un nombre onomatopéyico, como parece lo natural cuando se ha oído el graznido del *guairabo*.

Describelo así Philippi: «Plumaje muy variado; cabeza, dorso y escapularios negros, con visos bronceados; el macho adulto tiene tres plumas blancas... que desde la nuca caen por bajo del cuello unas tres a cuatro pulgadas; el obispillo, las alas y la cola, de color blanco, la frente, los lados hasta lo superior de la cabeza, la garganta, la delantera del pescuezo y todo el resto del cuerpo por bajo, de un blanco puro...; pico negro, con la base amarilla; iris rojo, sanguíneo. Longitud: total 21 pulgadas y seis líneas.»

Guanaco. ca.

Falta en el léxico el nombre de la hembra, y no parecería demás incluir a *guanacuar*, que empleó ya Febrés y que es corriente en Chile por cazar guanacos. *Guanacervo* se dice también por el que se dedica a este ejercicio.

Convendría, apunta Román, que el Diccionario admitiera ambos vocablos, al menos como chilenismos.

Guarén. m.

Nombre que se da a la rata más grande que existe en Chile,

que vive de ordinario a orillas de las corrientes de agua, en las que encuentra su alimento en los sapos y ranas; es gran nadador y cuando se le observa, para despistar atraviesa sumergido grandes espacios de agua.

Al paso que Lenz estima que la etimología de esta voz debe de ser araucana, Román ve en ella un origen francés y acaso castellano, procedida de *agua*, de donde *aguareno* y por aféresis, *guareno* o *guarén*. Sea comoquiera, es término correntísimo en Chile.

Guaucho. m. (*Baccharis concava*).

«Arbusto de las costas de Chile, de hoja menuda y gruesa, y que, por ser resinoso, arde en estado verde.» Román, que esto dice, refiriéndose a la descripción que de la planta trae Gay, cree que su etimología bien pudiera venir de *wau*, valle y *chod*, amarillo. Véase WAUTRO en el Dic. del P. Augusta.

Guayacán. m. (*Porlieria hygrometrica*).

Arbusto de la familia de las Zigofiláceas, con ramas torcidas, cortas; hojas paripinadas, de cinco a nueve pares de pinas, lineales oblongas, obtusas y de cuatro a cinco milímetros de largo; flores solitarias axilares; fruto, cápsula morada.

«Esta misma duración conserva también el *guayacán* en el mar...» Solórzano, *Política Indiana*, lib I, cap. IV, n. 14., dando como autoridad a Monardes en el capítulo del *Guaiaco*. «El *guayacán* se cría en los montes y cordilleras, y así toma de ellos lo duro, pesado y denso de su madera...» Ovalle. «Hállase otro árbol llamado *guayacán* en los términos de la ciudad de Santiago, cuya madera es fortísima y dura para obras de dura, curiosas y perpetuas, y es eficaz remedio para el humor gálico bebiendo el agua cocida de sus astillas.» Rosales. Citan también al *guayacán* Córdoba y Figueroa y Olivares, Alcedo, etc. El anotador de Fernández de Oviedo advierte que «la Academia de la Lengua lo describe con el nombre de *guayaco*, que recibió en España durante el siglo XVI, al aplicarse a la medicina.» Pero bien se deja entender que por lo menos se trata de dos diversas especies.

Guevín. m. (*Guevina avellana*).

«... *guevín*, árbol hermosísimo, cuyo fruto se come y se parece algo por su gusto a la avellana verdadera.» Philippi.

De muy diversas maneras se ha escrito esta voz. Molina y Gómez de Vidaurre, *gevuín*; Carvallo, *guchuín*; Lenz, *guevuín*. Preferimos la forma empleada por Philippi, que la da como corriente, y responde, por lo demás, a la primera que dice Febrés le corresponde en araucano: *gevín*. Véase AVELLANO.

Guillave. m.

Llámanse así el fruto de los *quiscos*, que suele venderse en los mercados. Tiene bastante semejanza con el higo chumbo llamado en América *tuna*, que da el nopal. Debe entrar en el Diccionario, opina Román, que escribe el vocablo con *b*. Lenz ha oído, indudablemente, mal esta voz, cuando la escribe *guayave*. Cree este lexicógrafo que tal voz procede de los conquistadores, que así denominaron el fruto del quisco por cierta semejanza que reviste con la guayaba; por mi parte, me inclino a pensar que proceda del araucano *güyun*, «estrujar como ordeñando» por la manera como hay que comer el fruto de que se trata.

H

Hierbaloca. f. (*Astragalus elatus*)

Pertenece a la familia de las Papilionáceas y se halla en las cordilleras de Santiago. «Arroja unos vastagos de figura angular, que tendrán pie y medio de alto, y cuyas hojas contrapuestas, de hechura de lanzas, enteras, carnosas y de color ceniciento, tienen una pulgada de largo y están pegadas a las ramas sin ningún género de pezón.» Reiche.

«Entre unos pastos tan excelentes, se crían dos o tres plantas harto dañosas a los ganados, siendo la más perjudicial y nociva la que metonímicamente llaman allí *yerba-loca*, porque cuantos animales la comen, y con particularidad los caballos, se enfurecen sobremanera.» Molina.

«Es también conocida en Chile por nociva y muy pernicio

sa, la que allí llaman metonímicamente *yerbaloca*, porque cuando los animales, y particularmente los caballos, comen de ella, vienen furiosos como los locos.» Gómez de Vidaurre.

Hierba del sapo. f. (*Myriophyllum verticillatum*).

Acuática, de la familia de las Halorragidáceas, con todas las hojas de igual forma, verticiladas, sésiles, pectinadas con las laciniás delgadísimas; monoica; a veces algunas flores hermafroditas.

Higuerilla. f. (*Xanthium italicum*).

Planta anual, de la familia de las Compuestas, áspera, robusta ramosa, hojas pecioladas, ovado-triangu-lares, algo lobuladas; diclina monoica; de treinta centímetros a un metro cincuenta de altura; los frutos rodeados por un invólucro cubierto de pelos rígidos y de púas terminadas en gaúcho. Es originaria del Sur de Europa y abunda bastante en la región de la costa vecina a Valparaíso.

En araucano se la llama *trun*.

Huala. f. (*Podiceps*).

«Los grebos tienen el pico recto, puntiagudo, alas cortas, pero aptas para el vuelo; a la vista no tienen cola, y las patas echadas tan atrás, que al andar han de tenerse en situación vertical. La membrana natatoria es profundamente escotada entre los dedos. Viven en las aguas dulces, y hay varias especies en Chile, que llaman *hualas*, *hualitas*, *pimpollos*, *blanquillos*.» Philippi.

Celebrada por Sanfuentes en sus *Leyendas Nacionales*:

Oís de rato en rato como exhala
su lúgubre gemido alguna *huala*.

Su etimología es araucana; *huala*, «unos patitos,» traduce Febrés. Lenz, n. 559. Román da como hipotética cierta etimología castellana, que tenemos por improbable, y escribe *guala*.

Hualputa. f. (*Medicago*).

«Otras especies [de alfalfa] originarias de la Europa Meri-

dional, son ahora una maleza de nuestros campos, y se conocen por el nombre de *hualputa*. Philippi. «Las plantas mas abundantes en aquellos prados son: el trébol vulgar, que los indios llaman *qualputhe*, y de que hay once o doce especies.» Molina. «Esta abunda mucho en los prados, valles y dehesas, y mucho más el trifolio o trébol, llamado por los indios *qualputa*.» Gómez de Vidaurre. «Trébol rastrero», lo definió Marty Caballero, aunque cometiendo el error de hacerlo m. y de escribirlo en la forma *qualputra*, que es la menos usada en Chile,» observa Roman. «Lo mismo repitió el Dicc. de Zerolo.» Id.

Lenz, n. 565, que escribe el vocablo con *h*, que parece lo correcto en vista de su probable etimología araucana, cuyos componentes serían *huall* y *putha*.

Hualtata. f. (*Senecio hualtata*).

Hierba de los pantanos, de la familia de las Compuestas, perenne, robusta, peluda, cuando nueva, en la punta; tallo cilíndrico, hueco; hojas muy grandes, glabras, las inferiores pecioladas, las tallinas, abrazadoras, y las superiores sésiles; cabezuelas numerosas, con flores amarillas.

Hualle. m. (*Fagus obliqua*).

«Arbol que puede alcanzar a 50 metros de altura, de hojas caedizas, aovadas oblongas, oblicuas, doblemente aserradas, de dos y medio a cuatro centímetros de largo; involucre poco erizado. Su madera es muy pesada, dura, preciosa para construcciones.» Philippi.

Viene del nombre araucano *hualle*: «roblecito pequeño,» según traduce Febrés. Lenz y Román. El P. Augusta duda que sea término araucano, y dice que en Panguipulli lo llaman *allfis-kachu*.

Huañil. m. (*Proustia pungens*).

«El *huañil*, arbusto común en las provincias centrales, singular porque las ramitas de la inflorescencia se vuelven espinas.» Philippi.

Su etimología debe ser araucana, aunque no está tal voz en los diccionarios.

Lenz, n. 582, que cita en comprobante los testimonios de Murillo y de Saavedra.

Suele escribirse *guañil*. Así Román, que aboga porque esta voz sea admitida en el léxico. Véase WANÍLKELEN en el Diccionario del P. Augusta.

Huemul. m. (*Cervus antisiensis o chilensis*).

«En Chile hay sólo dos especies de ciervos: el *huemul*, con cuernos ahorquillados, que se halla desde el Perú hasta Magallanes en los lugares abiertos de la alta cordillera.» Philippi. «Hay también corsos pequeños o venados, que los chilenos llaman pudú, y otros animales semejantes a los ciervos, que en la lengua de los indios se llama *guamul*.» Rosales. La descripción que de este ciervo da Molina es del todo imaginaria y conforme a ella se dibujó en el escudo nacional de Chile. También es errada la que trae Zerolo bajo la voz *guemul*.

Viene del araucano, *huamul*, según el P. Valdivia, si bien Lenz (n. 621) cree que también *huemul* «es forma primitiva india.» «Actualmente, dice, a este respecto, Román, todos escribimos *huemul* y el Dicc. no podrá menos de aceptarlo.»

Véase el curioso e interesante artículo sobre la *Sinonimia del huemul*, publicado por el doctor Philippi en las pp. 377-388, de la revista *Sud-América*, Santiago, 1873.

Hállasele en poesía. Vial Solar, ob. cit., p. 68:

al *huemul* que alza su cabeza airosa
de caprichosas crines adornada..

Huevetero. m. (*Circus macropterus*).

Ave de rapiña que habita gran parte de la América del Sur y se la encuentra también en la región central de Chile, aunque en todas partes escasea. Philippi.

Su plumaje, bastante vistoso, está sujeto a muchas variaciones, pero lo que siempre lo distingue es tener una mancha blanca en forma de collar debajo de los ojos. Prefiere para

vivir los lugares pantanosos. Es de doble tamaño que el *vari*. Véase esta voz.

Huévil. m. (*Vestia lycioides*).

«Debe también tener aquí algún lugar el matorral que llaman *huévil*, que usan por medio de lavativas en las calenturas ardientes.» Gómez de Vidaurre. Es una planta solanácea, de gusto por extremo amargo; alcanza unos noventa centímetros de altura, es lampiño «con hojas apretadas, casi sésiles; oblongas enteras, pedúnculos biacuadri-floros, corola embudada, tubulosa, amarilla, cápsula oblonga.»

Proviene sin duda del araucano, aunque no figura en los diccionarios de esa lengua. Los araucanos lo llaman *yefülko*, *yefülkon ifelkoñ*. «Sea lo que fuere de su etimología, merece estar en el Diccionario.» Derivado: *hucvilina*, nota Román.

Lenz, n. 629.

Huilte. m.

El tallo del cochayuyo cuando está en vía de crecimiento y antes de ramificarse, que es comestible, en la forma que recordaba el P. Ovalle: «Al pie dellas [peñas] se crían unas raíces, de donde nace un tronco como la muñeca, que llaman *ulten* [que en algunas provincias de Chile suelen llamar hoy *ulte*], éste se corta, y estando un poco al fuego, se monda como un tronco de lechuga, o como el de alcachofa, aunque tiene muy diferente sabor.» El uso más constante exige hoy *huilte*, voz evidentemente, araucana, aunque no consignada en los léxicos de esa lengua.

Lenz, n. 640, y Román, III, p. 156: «La voz debe admitirse en el Diccionario, porque representa algo que no puede tener otro nombre en castellano, por no ser conocido de los españoles.»

Huille. m. (*Leucoryne*).

Género del cual existen en Chile varias especies de la familia de las Liliáceas, que se distingue por su «perigonio hipocraterimorfo; tres estambres fértiles alternan con tres estériles, que se parecen a una glándula claviforme.» «Es muy común,

añade Philippi, en la primavera, en las provincias centrales, la *leucoryne irioides*.» Vicuña Mackenna ha empleado el plural *huillis*, de la forma *huilli*, con que también se conocen estas plantas: «Los *huillis* vienen después, sobre sus tallos de medio metro, balanceándose en el aire, que llenan de perfume.»

La etimología de esta voz es seguramente araucana.

Lenz, n. 641, y Roman, III, p. 156.

Huillín. m. (*Lutra Huidobria*).

«El *huillín*, que el abate Molina tomó equivocadamente por un castor...» Philippi. «Entre los animales anfibios que aquí conocemos, uno es el que los indios llaman *huillín*..., que los españoles llaman *nutria*.» Rosales.

Su etimología araucana se comprueba por el aserto del P. Havestadt.

Lenz, n. 643, que enumera los autores que traen la voz en sus diferentes variantes ortográficas. «...Como la especie chilena no es en todo igual a la *nutria*, conviene incluir el vocablo en el castellano.» Román.

Huillipatagua. f. (*Villarezia mucronata*).

Arbol de la familia de las Icacináceas, con ramas amarillo-vellosas cuando nuevas; hojas ovalado-oblongas, muy tiesas, mucronadas, con el borde espinoso dentado en las que salen de los brotes de los troncos viejos; pecíolos cortos y gruesos; inflorescencias terminales; pétalos amarillos; fruto, drupa ovoide.

«La *guillipatagua* tiene la hoja que se equivoca con la yerba del Paraguay.» Córdoba y Figueroa. «Lá *guillipatagua* dicen muchos ser la misma yerba del Paraguay, que se da aquí más elevada y frondosa y de efectos más eficaces...» Olivares. «Durante una carestía de la yerbamate se había recomendado el uso de las hojas de la *huillipatagua*...» Reiche.

Su etimología araucana la da Febrés: *huylí*, la uña, *patagua*. «la patagua de uñas», «porque sus hojas, advierte Lenz, n. 644, tienen el borde espinoso, que tiene cierta semejanza con uñas o garras.»

Huingán. m. (*Duraua dependens*).

«Arbusto siempre verde, inerme o poco espinudo, con flores muy pequeñas, blancas, dispuestas en racimos axilares, y frutos negruzcos, de una y media o dos líneas de diámetro, con color de enebro. Se cría en los lugares secos desde Coquimbo hasta Osorno, y su resina tiene mucha fama contra las fracturas, hernias, etc.» Philippi. Pertenece a la familia de las Anacardiáceas, y de ella, a las Zumaquíneas.

«Los campesinos hacen una especie de chicha de los frutos del *huingán* y del molle.» Philippi. «Otras frutas de árboles ordenan los indios al mismo fin, como *huingán* (escrito *güingán*), molle, maqui...» Olivares. La ortografía de esta voz en Rosales es varia; así, por ejemplo, dice: «El *quigán* es árbol alto y copado, que da por frutos unos granos menudos, muy sabrosos, dulces y olorosos, de que hacen una chicha muy suave, que parece aloja.» Ovalle: «otra [bebida] hacen del que llaman *huigán*, y los españoles molle, que es del color y figura de pimienta, y el árbol que la lleva no es muy crecido, pero carga más que hojas.»

Lenz, n. 649. Román: «Bien puede admitirse en el Diccionario de la Academia.»

Huina. f. (*Felis tigrina*).

«La *guina*, un poco más grande que el gato doméstico, llamada también *guina* o gato montés...» Philippi. «La *guina* es de un color atabacado, graciosamente variado de manchas negras redondas, las cuales se extienden hasta la cola.» Gómez de Vidaurre. Y en la misma forma *guina*, Molina (que también escribe *güina*), Carvallo, Gay y Philippi, como se ha visto. *Huina*, dice Román, que opina porque tal voz es corrupción del castellano *fuina*; Lenz, a la inversa, la supone procedente del araucano, relacionándola con *huyñán*, que significa tenderse de largo a largo; etimología que no acepta el P. Augusta.

Huira. f.

Es la tira de la corteza de ciertos árboles, especialmente del

maquí y del espino, que se emplea para atar a modo de cuerda o que trenzada sirve para formar cordeles.

Observa Román que esta voz nada tiene que ver con el árbol *güira*, que trae el léxico, y en cuanto a su etimología, que bien pudiera tener su origen en *vira*, «tira de tela, badana o vaqueta.» Rodríguez y Lenz piensan que viene del verbo araucano *huyran*, desollar, mondar; y esto es lo que tengo por más probable.

Vial Solar ha llevado a la poesía este vocablo (ob. cit., p. 57):

La víctima inocente maniatada
por los flexibles y apretados lazos
de verdes *huiras* en los tiernos brazos,
espera sin saberlo .

Huiro. m.

Las ramas largas del *cochayuyo*, a modo de lazos o cordeles, algunas hasta de varios metros de largo, y menos generalmente las de otras algas marinas de las fucáceas.

Es, a nuestro juicio, de procedencia indígena, probablemente quichua, *uiru* o *viru*, aplicado en su origen a la caña del maíz, y por extensión, por la forma que afectan, a estas ramas de algas. Véanse en Lenz y Román las acepciones que en otras naciones americanas se da al *güiro* y *güira*. «Pedimos, dice ese último autor, la admisión de esta voz.»

J

Jaiba. f.

«... Los cangrejos marinos son notables entre los mariscos por su delicado sabor, las *jaibas*...» Molina. Es un crustáceo semejante al que en España llaman *cámbaro* y *cabrajo*.

«Cuanto a la etimología de *jaiba*, dice Pichardo, observa Román, que es voz indígena (de Cuba), sin explicar nada más.» Oviedo la trae como voz corriente: «langostas, cangrejos, *xaybas*, camarones», (libro XIII, cap. I). Como en tal acepción se usa en varios países de América, es justo que la acepte ya el Diccionario.»

Jerguilla. f. (*Aplodactylus punctatus*).

«Las *jerquillas* son particulares a Chile. Pez osteacanto del orden torácico, tiene una sola aleta dorsal y los radios inferiores de las pectorales libres.» Philippi. «Basta con esto, dice Román, para que lo acepte el Diccionario.»

Su longitud total es de 11 pulgadas, llega a pesar cuatro y cinco libras y es uno de los buenos pescados chilenos.

Jote. m. (*Cathartes aura*).

Ave de rapiña bastante parecida al *gallinazo*, aunque un poco más grande, y con el cual no debe confundirse. Ambos viven en la mayor parte de la América del Sur, especialmente en las vecindades de las costas.

Discrepan los autores acerca de la procedencia de esta voz: Gay opina porque bien puede venir del baile llamado *jota*: Lenz, que del idioma mexicano; Román, que es posible que se derive de *aligote*, buitre, en ciertas regiones de Aragón.

El Diccionario consigna la voz *aura* como sinónima de *gallinaza*, (que en Chile y en Lima, donde tanto abunda, es masculino), tomándola, evidentemente, del lenguaje cubano, en el cual así se llama al *gallinazo*. Por el nombre técnico que corresponde al *jote*, parece que de ahí vendría la denominación aceptada por el léxico.

L

Lahue. m. (*Roterbe bulbosa*).

«Planta pequeña, bulbosa, con flores bastante grandes, azules, parecidas a las del lirio.... Los bulbos se comen.» Philippi.

Córdoba y Figueroa escribía *lagüe*: «comida gustosa...» Otros dicen hoy *lahui*, pero es de preferir la forma usada por el antiguo cronista de Chile, cambiada la *g* en *h*.

Román, quien advierte que la planta es muy conocida de Chillán al Sur; Lenz, n. 686, que cita los varios testimonios de autores que, en una grafía más o menos diversa, la dan como voz araucana.

Lanco. m. (*Bromus stamineus*).

«...pero también hay en la tierra yerbas medicinales, como el *lanco* para heridas...» Mariño de Lobera. «El *lanco* es una yerba de grande virtud, muy semejante a la grama.» Rosales. Hierba celebrada en poesía por Pedro de Oña:

Con *lanco*, yerba de ellos usitada,
Que en Chile por cualquier lugar se cria;

y por Alvarez de Toledo en el *Purén indómito*:

Los caballos sin freno sueltos pacen
La verde grama y granujento *lanco*,
Yerbas que dondequiera en Chile nacen...

Lenz, n. 692, quien añade que se llama también «yerba de los perros», porque los perros enfermos la comen mucho.» Sup. II. Román, que copia la siguiente descripción de Philippi: «Especie perenne, cespitosa, cuya paja alcanza a 60 centímetros de alto; la panoja es grande, floja; las espiguillas, muy comprimidas, de 16 a 26 milímetros de largo, con cuatro o seis flores; la pálea inferior tiene 10 a 13 milímetros de largo, y su arista, 8 a 10.»

Latúe. m. (*Lycioplesium puberulum*).

«*Latúe*, palo de los brujos, arbusto de las provincias de Valdivia y Chiloé, con dos espinitas en las bases de las hojas, y con flores bonitas; es muy venenoso, sobre todo la corteza.» Philippi.

Su etimología es araucana.

Lenz, n. 698.

Laucha. f. (*Mus musculus*).

«...y el ratoncillo, llamado *laucha* en Chile...» Philippi.

Los araucanos decían *laucha* o *llaucha*; voz que, probablemente, tomaron del quichua *ucucha*, nombre que, según el Inca Garcilaso, se daba en el Perú a «los ratones de los chicos». Por más que en castellano tengamos el *ratón*, no estaría de más consignar como chilenismo esta voz *laucha*, única con que se conoce al *mus musculus*.

Lenz, n. 700; Román, que considera simplemente incorrecta tal voz.

Lengua. f.

Llamase así en Chile a cada uno de los ovarios (cinco) del erizo de mar; comida exquisita y muy rica en fósforo.

Lengua de gato: nombre que se da también al *rellón*. Véase esta voz.

Lengua de loro: llámase así a la flor de una orquídea chilena (*Chloraea*) por la semejanza que con ella reviste; tiene «raíces fasciculadas; las tres hojuelas del cáliz casi iguales; el ginostenio alargado... El labelo tiene con frecuencia verrugas o pelos o lacinias en forma de hoz o lamelas.» Philippi.

Lengua de vaca: planta chilena de la familia de las Alismaceas (*sagittaria chilensis*), de la que se conocen dos o tres especies.

Román, III, p. 289.

Liguano. na.

Carnero *liguano*, y de ahí montura *liguana*, etc. Se da aquel nombre al producto híbrido del cabro con la oveja, cuya lana es áspera, larga y de color plumizo, más resistente y fuerte que la del carnero. Proviene el nombre, muy probablemente, de la provincia de la *Ligua*, donde debió de tener origen aquella mezcla.

Lenz, n. 1604, que establece la etimología araucana de *liqua*: «maíz blanco».

Niégame ahora que exista tal cruzamiento híbrido, pero, cierto o no, el hecho es que *liguano*, en la acepción dicha, es corriente en Chile y no hay con que reemplazarla.

Lile. m. (*Graculus Gaymardi*).

Pato *lile* es una especie de cuervo de mar, muy común en la costa de Chile.

Lenz, n. 711, cree que esta voz se deriva probablemente de una araucana de igual significado, aunque no se registra en los diccionarios; si bien está ahora comprendida en el del P. Augusta.

Véase YECO.

Lingue. m. (*Persea lingue*).

«...el *lingue*, excelente madera, la corteza muy buena para curtir, común en nuestras provincias del sur.» Philippi. En tal forma se halla esta voz en Carvallo y Goyeneche, y en Rosales con la de *lique* y *lige*, ajustándose con esta última en un todo al nombre del árbol en araucano.

El *lingue* pertenece a la familia de las Lauríneas, es árbol grande y hermoso, con hojas elíticas, aovadas y el perigonio tomentoso, bermejo. Tal es el que crece en las provincias del sur de Chile; el de las centrales, dice Philippi, «tiene las hojas más acuminadas en su base, más pálidas en la cara inferior, el perigonio blanco y sedoso.» Su madera es excelente para muebles, y la corteza se usa para curtir las pieles. «Así, pedimos, dice Román, que se admita este vocablo con las dos acepciones de árbol chileno (ya descrito y clasificado), y corteza de este árbol.»

Lenz, n. 719.

Litre. m. (*Litrea venenosa*).

«Es muy conocido el *litre*, de tan maligna sombra, que si bien por ser tan frondoso y copado, convida a ella; pero es tal, que luego que uno se pone debaxo della, se hincha y entumece disformemente, y mucho más los que manosean la corteza, madera o las ramas.» Rosales. Con el mismo nombre lo trae Córdoba y Figueroa, y así también Philippi: «el litre, que a pesar de su nombre y del miedo que le tiene mucha gente, parece ser dañino sólo en casos particulares y excepcionales.» Con la forma *liti* lo menciona Olivares, y Molina con la de *lithi*. De este último es la siguiente descripción: «El *lithi*, que se encuentra en todo el reino de Chile, es una especie de laurel de mediana altura, que echa las hojas alternativas, ovales, rugosas, de más de una pulgada de largo, y de un color verde que toca en oscuro, cuyas hojas, aunque harto pequeñas, y cuyas frutas se parecen enteramente a las del laurel común.»

Procede del araucano, en cuyo idioma se llama como lo es-

cribe Molina. Alcedo describe el árbol bajo el nombre de *pilco*, advirtiendo que en Chile se le da el de *lithy*.

Lenz, n. 720.

De la familia de las Anacardáceas.

Describelo Philippi: «arbusto y aun árbol grande, con hojas enterísimas, marginadas, muy nerviosas, flores amarillas numerosas, reunidas en panoja, drupas amarillentas del tamaño de un grano de pimienta.» «Es indispensable, dice Roman, que el Diccionario admita la voz *litre* con las acepciones de árbol chileno y enfermedad que produce su sombra o su contacto.»

Liuto. m. (*Alstrœmeria ligtu*).

«Esta planta, que los indios llaman *liuto*... la raíz produce cierta pulpa o tubérculo que, cocido, es de muy buen alimento.» Molina. *Liutu* escriben Córdoba y Figueroa y algún otro autor moderno; y así también Zerolo al hablar de la voz *chuño*.

Pertenece esta planta a la familia de las Amarilideas; tiene «las flores umbeladas, de color de rosa, con las hojuelas del perigonio oblongas-lanceoladas. De las provincias centrales y sobre todo de Concepción. De sus tubérculos se prepara el *chuño* de Concepción.» Philippi.

Román cree que su etimología puede ser del araucano *ligh*, blanco, y *tue*, la tierra, con pérdida de la *e* final inacentuada. «Excusado parece decir, agrega, que la voz *liuto* debe entrar en el Diccionario.»

Lenz, n. 721.

Loco. m. (*Concholepas peruviana*).

«Pertenece también a este marisco en concha los que llaman *locos*.» Ovalle. «... mereciendo particular estimación el *loco*, por el buen sabor de su carne, que es blanca y un poco dura... Este múrice tiene cuatro o cinco pulgadas de alto; su concha es casi oval y está llena de nudos y puntas.» Molina. «La misma variedad hay en los peces testáceos, entre cuyas especies los de nombres castellanos o indios de mas blanda

pronunciación, son el piur, la taca, el pico de papagayo, el loco...» Olivares. Febrés da el nombre como araucano.

Lenz, n. 723. «Como, según parece, dice Román, (y así es la verdad) no hay completa igualdad entre nuestro *loco* y el *pie de burro* español, convendría admitir el vocablo...»

Loica. f. (*Sturnella militaris*).

«La *loica* es muy notable por el rojo vivo de su garganta, y abunda en Chile.» Philippi. «Dos pajarillos hay, entre otros,...; el segundo se dice *loica*; es canelado, de puntas negras, el pecho vestido de finísima escarlata...» Rosales. «... la *loica* y el tordo, que es de tanto cariño a su dueño, que, suelto, vuelve al amor de su prisión.» Córdoba y Figueroa. «La *loica* es un pájaro algo mayor que los estorninos...; el macho es de color gris oscuro, manchado de blanco, a excepción de la garganta y del pecho, que son de color de escarlata; el color general de la hembra es un gris más claro, y el de su pecho, un rojo pálido y desleído.» Molina, Ovalle escribió la voz de manera algo diversa: «los pájaros que llaman los indios *lloicas* son muy célebres entre ellos.» En tal forma, alternando con *loica*, aunque ambas escritas con *y*, se encuentra en el Calepino araucano de Febrés. Desde la octava edición del Diccionario de la Real Academia apareció *lloica*, forma que está errada. Véase Amunátegui, *Al través*, etc. En la décimacuarta, al mencionar esa voz, la da como sinónima de *pardillo*, al cual con efecto se parece, pero son dos especies diversas bien estudiadas. «Debe, pues, la Academia, concluye Román, enderezar el entuerto, escribiendo *loica* como provincialismo de Chile, dándole su etimología araucana y describiendo el pájaro como distinto del *pardillo*, *pechirojo* o *pechicolorado*.»

González de Nájera nos informa que el nombre que le dieron en un principio los españoles fué el de *comendador*, «porque tienen todo el pecho de color de un muy encendido carmesí.»

Lenz, n. 725.

Lora. f.

«Hembra del loro. *Papagaya* y *cotorrera* nos da solamente el Diccionario, siendo que *lora* es más suave de pronunciar y que tiene el uso de todo Chile. En Colombia, Costa Rica y el Perú dicen también *lora*, pero como única forma para designar la hembra y el macho. Más natural y lógico es el uso chileno.» Así Román.

Lúcuma. f.

«Y como por este tiempo hay tanta abundancia de legumbres..., particularmente membrillos... y otro género que llaman *lúcumas* de que se hacen regaladas viandas...» Ovalle. «En este género de membrillos hay una especie particular llamada *lúcuma*,... la cual es siempre dulce, de figura cónica algo umbilical, de color naranjado no menos afuera que por dentro...» Molina. «No sé si efectivamente se usa este nombre», dice Lenz; pues si se usa y es fácil distinguir este membrillo dulce del agrio, en que tiene [la corteza verdosa y la carne menos compacta y más oscura. A esta clase se aproxima el membrillo agrio *corcho*.

Llámase más generalmente con este nombre al fruto del *lúcumo*. Véase esta voz.

Lúcumo. m. (*Lucumo obovata*).

Arbol muy hermoso, originario del Perú, que se cultiva en Chile en las provincias del norte y especialmente prospera bajo el clima templado de Quillota. A su fruto, de todos conocido y gustado de muchos, se llama hoy día *lúcuma*.

El *lúcumo* pertenece a las familia de las Sapotáceas; tiene las hojas «casi membranáceas, trasaovadas, adelgazadas hacia el peciolo; fruto del tamaño de una manzana pequeña, globular, verde, con carne amarilla; semillas muy parecidas a las del castaño de la India. Es del Perú, pero se cultiva en las provincias del norte de la República y hasta en Santiago.» Philippi.

El Inca Garcilaso nos habló ya de su fruta, «que los indios llaman *rucma*, dice, y los españoles *lucma*...»

Su etimología parece ser más bien aimará que quichua.

Lenz, n. 731.

Luche. m. (*Ulva latissima*).

«Criase en toda la costa una yerba a manera de escarolas que llaman *luche*, la cual se arranca de las peñas donde crece... y puesta a secar al sol, se hace unos panes grandes que se estiman por gran regalo... porque sirve para muchos géneros de guisados...» Ovalle. «Criase en las peñas una yerba que se llama *luche*, de cuarta o terciá, más o menos, crecida por primavera, que es su tiempo, y entonces se arranca de ellas, y seca es vianda gustosa.» Córdoba y Figueroa.

«En las rocas del mar chileno crece bajo del agua una yerba que llaman *luche*, cuyas hojas son bislungas, lisas y de un verde muy oscuro. Los nacionales del país comían dicha yerba frita, o con la carne, y gustándola los españoles, se ha extendido entre ellos su uso, de tal suerte, que no sólo se interna en el Reino sino que se lleva al Perú, y en todas partes se recibe con aprecio... Forman de ella unos grandes panes, y duran mucho tiempo sin corromperse ni descomponerse.» Gómez de Vidaurre.

El mismo nombre de esta alga marina se ha dado a varias plantas acuáticas: *luche* de río, *luchecillo*.

Lenz, n. 732, que en apoyo del empleo de esta voz por autores modernos, cita el siguiente pasaje de la *Historia de Santiago* de Vicuña Mackenna: «Albas ninfas, las unas como las espumas del mar, morenas y encantadoras; Venus, nacidas del *luche*, las otras.»

Es voz araucana que trae Febrés en sus formas *luche* y *lluche*.

Luma. f. (*Myrtus luma*).

Arbol de la familia de las Mirtáceas, que puede llegar a veinticinco metros de altura; con los renuevos, los peciols y pedúnculos pubescentes; hojas pecioladas, elíptico-oblongas, o bien aovado-oblongas, atenuadas en ambos extremos; ramas axilares, con dos o seis flores; fruto, una baya lampiña globosa, comestible.

«... *luma*, con la madera dura y preciosa...» Philippi. «Muchos otros árboles hay en este reino particulares dél, de maderas excelentes, y duras como un hierro, como el boldu, ... *luma*.» Rosales. «... la *luma*, que puede competir con la for-

tísima tiga de Filipinas...» Córdoba y Figueroa. «En lo restante del reino se encuentran... la *luma*, especie de mirto...» Molina. Podrían multiplicarse las citas de textos en que aparece empleada esta voz de origen araucano, pero no debemos omitir la de los marinos españoles Juan y Ulloa: «El puerto de Valdivia es poco frecuentado de las embarcaciones del Perú por su corto comercio, reduciéndose éste a alguna madera de *luma* que se lleva al Callao, la cual, por no tener nudos, sirve para varas de calesas, y otros destinos donde se requiere de semejante calidad.» *Noticias secretas de América*, p. 46.

Lenz, n. 736. «Es voz que debe entrar en el Diccionario sin duda alguna...» Román.

Con el diminutivo *lumilla* se conoce también en Chile una planta, asimismo de las mirtáceas, que se halla en las islas de Juan Fernández.

L1

Llaca. f. (*Didelphus elegans*).

De los marsupiales, «la especie más chica, dice Philippi, es la que se halla en Chile; es del tamaño de un ratoncito y se llama *llaca* o comadreja.» «¿Vendrá del quichua *llaella*, cobarde, tímido», se pregunta Román.

Llaullau. m.

Hongo comestible. «Los habitantes antiguos de Chile usaban toda clase de fruta azucarada y, por lo tanto, susceptible de fermentación: el maqui, la frutilla, el molle, la murtilla, los frutos de la *luma* y hasta un hongo (una especie de *cyttaria*) *llaullau*, eran de uso corriente.» Reiche.

Lenz, n. 755, que da a esta voz como seguramente de procedencia araucana, y lo prueba Román trayendo a colación a Febrés, quien dice: «*laulau* o *llaullau*: fruta que da el coyhue.»

Llaupangue. m. (*Francoa sonchifolia*).

«Plantas vivaces, que tienen las hojas amontonadas en la base, liradas, peludas, y tallos en forma de bohordos, con flo-

res bastante grandes, rosadas o rojas, de modo que se cultivan en los jardines. La raíz contiene mucho tanino.» Philippi. «Con el zumo, dice Espinoza, se hace tinta, que sirve para teñir el pelo.»

Cítanla todos los botánicos chilenos, a contar desde Feuillée.

Lenz, n. 756, y Román, que están de acuerdo en su etimología araucana: *llagh*, parte o pedazo, + *pangue*, esto es, pedazo de pangue o medio pangue.

Lleivún. m. (*Cyperus*).

Nombre vulgar de varias ciperáceas, que se crían en lugares húmedos y que se emplean, sobre todo las que tienen tallos largos, a guisa de cuerdas para atar los sarmientos de las vides, y para hacer lazos, si bien, como nota Reiche, no son muy resistentes. El acento parece vacilar en esta voz; preferimos el agudo, que tenemos por el más corriente.

Los lexicógrafos chilenos están de acuerdo, como no puede menos de ser, en que tal voz es araucana; aunque discuerdan en la manera de interpretarla. «Será araucana, pero no la conozco», me escribe el P. Augusta.

Lleuque. m. (*Podocarpus andina*).

Arbol de la familia de las Taxáceas, de hojas tiesas lineales, puntiagudas en los extremos, lustrosas en la cara superior, glaucas en la inferior y con el nervio medio muy saliente; inflorescencias femeninas axilares; semilla verde drupácea, globosa.

Su madera es estimadísima para muebles y entablados.

«El *lleuque*... los frutos están dispuestos en pequeños racimos, y parecidos en forma y tamaño a pequeñas guindas y tienen una carne comestible.» Philippi.

Sin duda de origen araucano, aunque faltaba la voz en los diccionarios, que está ahora en el del P. Augusta: *lleuke*. En cambio, nota Román, se le ve en algunos nombres toponímicos».

Lluellucha. f.

«Planta de la familia de las nostoquinas, que son unas gelatinas orgánicas que encierran glóbulos o hilos, sencillos o

ramosos, continuos o articulados. El *lluellucha* o *cassuro mustae vesiculosum*, que se cria en el Perú, se usa como alimento (Philippi).» Roman, quien advierte que la voz es quichua: *llulluchha*: ova de los charcos. Torres Rubio.

M

Macha. f. (*Solen macha*).

«La *macha*, cuya concha tendrá de seis a siete pulgadas de largo, está variamente pintada de celeste y de pardo.» Molina. Molusco comestible, conocido con este nombre araucano desde los primeros tiempos de la conquista, pues se le encuentra ya citado en la Relación del viaje de Cortés Ojea al Estrecho de Magallanes, en 1557; y lo han recordado después Rosales, Núñez de Pineda y Gómez de Vidaurre, quien se expresa así: «De este mismo género hay otras que llaman *machas*... aunque gustosas, son duras y su figura es longitudinal, porque tienen de cinco a seis pulgadas de largo, y ocho a nueve líneas de ancho, por lo que algunos las llaman navajuelas.»

Tiene este molusco semejanza con el que el Diccionario llama *navaja*. La voz es araucana: *macha*, que Febrés traduce: «cierto marisco.»

Lenz, n. 785. Román, que copia la descripción de Gay (*Zoología*, t. VIII, p. 369).

Machuelo. m. (*Clupea maculata*).

Pez de color azul verdoso por el dorso, con tintes dorados y manchitas verdes poco marcadas; «la parte superior del vientre y los flancos son de un blanco plateado, con unas veinte manchas grandes, verdes, y de forma mas oblonga; las aletas son uniformemente morenas; pero la dorsal y la caudal tienen un viso dorado, sobre todo la primera. Longitud total: llega a un pie.» Gay.

Madi o Melosa. f. y m. (*Madia mellosa*).

El *madi* es planta anua de la familia de las sinanteras, suborden de las tubifloras; sus tallos, que alcanzan a tres o cuatro pies de alto, son velludos, revestidos de hojas oblongas,

también velludas, muy viscosas; sus flores son amarillas y nacen en lo alto del tallo.

«El *madi* o la *melosa*, muy común en todo Chile. Las semillas dan un aceite muy bueno para la comida.» Philippi. «El mantenimiento [de los indios] es harina de trigo, cebada o maíz tostado, mezclada con *madi*, semilla sabrosa, la cual es todo su matalotaje o cocaví, como ellos le llaman.» Nájera. «También tenía la tierra muy buen aceite, que se hace de una semilla llamada *madi*, y es de muy buen sabor, aunque ya se saca muy poco, porque el de olivas ha llenado la tierra.» Ovalle. «El *madi* es una semilla que da una yerba de media vara de alto, y molida la semilla da un aceite tan bueno y tan gustoso para comer como el de oliva.» Rosales. Núñez de Pineda emplea la forma *made*, v. g., en este pasaje, que cito especialmente porque en él aparecen también las voces *frutilla*, *quinua* y *uminta*, que hoy llamamos invariablemente *uma*: «Lo segundo que me pusieron delante, fueron dos zurrone de *frutilla* seca y bien pasada, y otros dos de harina tostada de maíz, revuelta con *quinua* y *made*, con unos bollos en medio de porotos, linaza tostada y otras legumbres gustosas de que ellos usan por regalo, dos docenas de rosquetes de huevos y otras dos de panes de maíz, que llaman *umintas* y nosotros *tamales*...» Pag. 288. «El *madi* es una planta de cuya semilla se saca un aceite bueno para comer.» Molina. Tal voz araucana ha sido empleada también en poesía por Pedro de Oña (*Arauco domado*, canto XIII):

Sacáronle piñones, avellanas,
Frutilla seca, *madi* enharinados,

con la siguiente nota respecto al significado de tal voz araucana: «*Madi* es una semilla uegra, que seca y molida se hacen de ella unas bolas envueltas en harina; son de gran regalo y sustento para los indios.»

Lenz, n. 789. Román, III, p. 383.

Maitén. m. (*Maitenus boaria*).

«A esta pequeña familia (*Colastrineae*) pertenece nuestro *maitén*, árbol de los más hermosos.» Philippi. «El *maitén* es

muy pomposo, de linda y apacible sembra, la hoja semejante al sen...» Rosales. «El *maitén* es un árbol hermosísimo y siempre verde...: las muchas ramas que arroja forman una bellísima copa; sus hojas, ya contrapuestas y ya alternativas, son dentelladas y punteadas por ambos extremos, espesísimas, de un verde alegre y brillante...: lleva unas flores monopétalas, en forma de campanillas y de color de púrpura, pero tan pequeñas, que no se distinguen a muy corta distancia...» Molina. «El *maitén* es un árbol de copa muy hermosa, la hoja de un verde desmayado, que nunca se le cae...; es tenido por el sen.» Olivares. Descríbelo también Alcedo, y don Andrés Bello lo ha celebrado en poesía:

Donde, en vez del movimiento
de políticos vaivenes,
susurrar oyese el viento,
entre robles y *maitenes*.

Y Vial Solar en su obra citada (p. 33):

El *maitén* que en sus ramas retenía
al ave desalada y pasajera ..

Su etimología es araucana.

Lenz, n. 796 y Román III, 389: «La etimología es el araucano *maghtùn* o *mañtun*... No hay para qué advertir que el Dicc. debe apresurarse a recoger este vocablo con sus derivados,» que son: *maitenal*, sitio poblado de *maitenes*, y *maitencillo* (*Jonidium parviflorum*): «subarbusto de pocas pulgadas de alto, con flores pequeñas, blancas o rosadas, de la familia de las violáceas.»

Mallico. m. (*Psychropila andicola*).

Algunos escriben *maillico* o *mellico*, del araucano *melico*, «hierba medicinal.» (Febrés).

En Chile se conocen varias especies de esta planta de la familia de las Ranunculáceas, que forman la sección de las *psychrophila*, caracterizada por estar dotada de pedúnculos radicales unifloros y hojas con apéndices, que viven en las cercanías del Estrecho de Magallanes y en las partes elevadas de la Cordillera de los Andes; «su raíz, dice Philippi, se con-

sidera como un remedio excelente contra los dolores de estómago y la neumatosis.»

Mango. m. (*Bromus mango*).

A las acepciones de esta voz que trae el Diccionario conven-
dría añadir la de la gramínea así llamada, que los antiguos
indios de Chile cultivaban como cereal y de que hacían una
especie de pan que llamaban *corque*. «El *mango* parece que
es el único cereal del globo que se perdió completamente por
[su falta] de cultivo; pero parece posible que investigaciones
posteriores por naturalistas competentes hagan reaparecer
aquella gramínea interesante.» Y así se asegura hoy, ha su-
cedido ya.

Traen esta voz araucana Febrés: «*magu*, un centeno que
tenían antes que viniesen los españoles;» y Havestadt. Tam-
bién Gómez de Vidaurre.

Lenz, n. 818; Román, III, p. 413, y Cavada, que dice
que en Chiloé se da este nombre a «una clase de pasto indí-
gena.»

Manzanillón. m. (*Anthemis cotula*).

Planta anual, de tallo ramoso, de olor bastante pronuncia-
do, aunque desagradable; con cabezuelas solitarias en el ex-
tremo de las ramas, pedunculadas; de color blanquecino
amarillento. Maleza sumamente abundante en todo Chile y
de procedencia europea.

Reiche, p. 24.

Mañehue. m. (*Fissurella speciosa*).

«*Mañehue*: molusco del género de los escabriones, que se
llaman *mañehues* en el sur de Chile, y que tienen una concha
formada de una fila de ocho piezas con un borde coriáceo.
Hay en Chile muchísimas especies y muy grandes.» Philippi.
«Otro género de marisco llaman *mañegues* y está encerrado en
dos conchas redondas, de la figura de los que sirven de modelo
para los nichos de los retablos.» Ovalle. Con la misma orto-

grafía aparece en Rosales, pero la verdadera es la que dan Philippi, Gay, Román y Lenz, n. 823.

Procede del araucano.

Mañiu. m. (*Saregothea conspicua*).

«Árbol de la familia de las Taxáceas, con hojas lineales apiculadas, tiesas, cortamente pecioladas, debajo con dos líneas glaucas separadas por el nervio medio; conos globosos del tamaño de un garbanzo, con escamas gruesas y tubérculos afuera. «El *mañiu* es un árbol de especie de alerce, que se halla en la cordillera, pero más correoso; es blanco, oloroso, recio y correoso; hácese de él instrumentos músicos muy sonoros, como son vihuelas, arpas...» Rosales. «El *mañiu* (que tal es su ortografía correcta,) crece desde el Ñuble para el sur.» Philippi.

De evidente procedencia araucana, aunque tal voz no se registraba en los léxicos, hasta ahora, que se halla en el del P. Augusta.

Lenz, n. 825. Román dice: «No necesitamos recomendarlo a la Real Academia, sobre todo si toma en cuenta que la madera de *mañiu* se anuncia y vende públicamente en todo Chile.» También recomienda este autor la voz *mañigal*, sitio o lugar poblado de *mañius*.

Maqui. m. (*Aristotelia maqui*).

«El *maqui* es un arbolito siempre verde, de diez a doce pies de alto, rollizo, lampiño, con cáscara lisa; las hojas son opuestas o sub-opuestas, aovado lanceoladas; las flores son de un amarillo bajo, completas, dispuestas en racimito en la axila de las hojas; el fruto tiene de dos a tres líneas de diámetro; es redondo, liso, muy morado...» Gay.

«Otros árboles se llaman *maques* y son muy hermosos y frescos.» Ovalle. «El *maque* es árbol mediano y de corteza lisa, la hoja como la morera, algo más gruesa y glutinosa.» Rosales. Y en tal forma en la generalidad de los cronistas; si bien Molina escribe *maqui*, que es la única en que hoy se conoce. El nombre se aplica al árbol, cuya corteza y varillas se emplean en industrias domésticas, y a su fruto, que se usa

como astringente en medicina casera y en la preparación de los vinos para darles color. Al fruto propiamente es el que llaman los indios *maquí*, voz que ya en tiempo de Febrés se consideraba incorporada al castellano.

Zerolo y el Diccionario de la Academia (décimatercia edición) acentúan malamente la voz; en la última se ha suprimido, y debe, pues, restablecerse bajo su verdadero nombre y significado.

Lenz, n. 828; Román, III, p. 431.

Matapiojo. m. (*Libellula*).

«El neuróptero llamado en otras partes doncellita de agua.» Philippi. «Feo es el nombre de *matapiojos*, dice Roman, pero tiene el uso de Colombia y de Chile por lo menos; por lo cual convendría aceptarlo.» «El insecto perfecto es el ser más inofensivo que cabe; no tiene armas de ningún género y no es raro verlo envuelto entre los despojos que la araña amontona en su tela. Es, en su forma general, como un *matapiojo*...» Medina, opúsculo citado.

Mate. m.

No se trata bajo este nombre de la *yerba mate* (*Ilex paraguayensis*), ni de la bebida que de ella se prepara, así llamada, sino de «una calabaza, que llamamos *mate* en las Indias,» como observa el P. Ovalle, que, ya entera, o ya partida por medio, se usa entre nosotros, especialmente en los campos, a modo de vasija para acarrear el agua, o para vaciarla de un tiesto a otro.

Marinero. m. (*Rhyephenes*).

Insecto. «El género *marinero*, particular a Chile, puede esconder su pico bastante largo en un surco del esternón entre las caderas, y tiene los pies anteriores mucho más largos que los demás. Se les ve andar lentamente en el tronco de los árboles, en cuyo interior viven las larvas.» Philippi. Su nombre les viene, indudablemente, de la costumbre que tienen de ir subiéndose por los troncos de los árboles.

Matico. m. (*Piper angustifolium*).

El Diccionario de la Real Academia hace esdrújula esta voz, acento que Ortúzar condenó ya como falso.

Parece que a dicha planta alude el Inca Garcilaso con la que llama *matellu*. Sería, entonces, de procedencia *quichua*.

Mayu. m. (*Edwardsia chilensis*).

Árbol de la familia de las Leguminosas; de poca altura, que crece especialmente en los montes de la costa de Chile, con hojas siempre verdes y flores amarillas muy vistosas. Rosales lo califica de hierba: «Y para lo mismo sirve la yerba que llaman *mayu*.» Pero no así Molina: «... las cortezas y las hojas del *mayu* sirven para hacer una muy buena tinta de escribir.»

Seguramente, y así opina también el P. Augusta, que la voz procede del araucano, aunque no se halla en los léxicos. En el sur los indios llaman a este árbol *trañtrafon*.

Lenz, n. 842; Román, III, 465.

Melón. m.

Escrito: «el que tiene la corteza llena de señales o rayas a manera de letras.» Cita de Román, que completaremos diciendo que tal especie es particularmente apreciada por lo dulce, jugosa y sabrosa; su carne tira al verde pálido.

Limenso: Muy pequeño, casi del tamaño de una *lima*, de donde su nombre, que Román no quiere que se acepte por considerarlo como corrupción de *limenso*, oriundo de *Lima* en el Perú. Es sumamente oloroso, amarillo, con vetas verdosas, y madura muy temprano.

También se conoce en Chile el ají *limenso*, que algunos han creído ser de una clase especial; pero no hay tal, pues su nombre se le aplica porque se envasa en una calabacita muy pequeña, parecida al melón *limenso*.

A mi entender, el vocablo procede de *lima*, a la cual se asemeja esta fruta en el tamaño, la forma y la fragancia.

Melonhue. m.

Nombre usado especialmente en Chiloé y que se da a ciertos moluscos gastrópodos del género *trochus*, de color muy

oscuro. Viene del araucano *milon*, caracoles del mar, y *hue*, lugar: sitio en que abundan los caracoles, pasando así del todo a la parte. Román y Cavada.

Mero m. (*Dasycephala livida*).

Nombre que se da en Chile a una avecilla algo más grande que el zorzal, del araucano *meru*, que los españoles hemos convertido en *mero*, como el pez así llamado en la Península. «Dos pajarillos hay, entre otros, en que tienen depositados sus agüeros y abusiones estos indios, y cada uno es pequeño y del tamaño de un zorzal; el primero se llama *meru*, de color pardo...» Rosales.

Lenz, n. 870; Román, que cita el *mero de la cordillera*.

Michay m. (*Berberis*).

«El *muchay*, amarillo, y de flor muy fragante...» Córdoba y Figueroa. Mencionan también este arbusto, Carvallo, Gay y el doctor Murillo. Lenz, n. 877, dice: «Del fruto los indios se aprovechaban para una chicha, que todavía se hace en Ñuble; infusión de hojas y frutos se usan contra inflamaciones; la raíz y la corteza para teñir de amarillo...»

Su etimología es araucana, *muchay*, con el valor de *u* francesa, de donde el vulgar *muchay*, que Román no acepta, en vista de que Philippi advierte que tal planta es el bérbero español; pero, ciertamente que se trata de especie diversa, tanto, que en Chile tenemos más de veinte, y pues que con tal nombre es conocida entre nosotros, consérvese el vocablo por lo menos como chilenismo.

Miñumiñi m. (*Rubus geoides*).

Nombre que en Chiloé se da a una especie de zarza de «tallo herbáceo, rastrero, hojas trifolidadas y frutos verdes o amarillentos, gustosos; única especie indígena, que se cría desde Valdivia hasta Magallanes.» Philippi.

Román, que le da una etimología araucana, aunque advierte que tal voz no la traen los diccionarios.

Véase la voz *meñu-piru* en el del P. Augusta.

Mitahue. m.

Llámase así al fruto de la planta silvestre conocida generalmente con el nombre de *pitra*. Véase esta voz.

Del araucano *mùtha*, cosa burda, y *hue*, partícula de abundancia. Así Román. Véase META o MECHAN, en el Diccionario del P. Augusta.

Mitihue. m. (*Euvenia mitique*).

Arbusto de la familia de las Sinanteráceas, suborden de las tubilifloras, de que se conocen dos especies peculiares a Chile, ambas fruticosas y que se emplean para combatir la gonorrea. Varían los autores en cuanto a la grafía de esta voz; unos quieren que se diga *mitriu*, otros *mitique*: más cercana a su probable derivación araucana, parece la que empleamos, que es también la que Román dice haber oído.

Molinera. f. (*Upucerthia nigrofumosa*).

Avecilla de color café obscuro, con manchas blancas en el pecho, que vive a orillas de las corrientes de agua, y cuyo nombre le viene, por tal circunstancia, de hallársele con frecuencia en las cárcabas de los molinos. Dásele también el de *churrete* por la manera con que defeca, bajo cuyo nombre aboga Román porque se admita: prefiero el que apunto.

Mollaca. f.

Del quichua *molle* y *akea*, chicha, a causa que de este fruto del *quilo* se hace una de las clases del licor así llamado. Es voz que se usa en las provincias del norte de Chile, aquellas que las primeras y más profundamente sufrieron la influencia incásica.

Lenz, n. 901, y Román, III, p. 532.

Mollar. adj.

Se conocen en Chile el higo y la uva *mollar*, según lo notó Román.

Molle. m. (*Schinus latifolius*)

Arbusto peludo o tomentoso, con ramas viejas morenas, de

la familia de las Anacardiáceas; hojas subcoriáceas o membranosas, con la lamina ovalada, u ovalado-oblonga, obtusa o un poco aguda y el borde irregularmente aserrado-dentado; inflorescencias axilares o extra-axilares, frutos violáceos.

«Otra bebida hacen del que llaman *huigán* y los españoles *molle*, que es del color y figura de pimienta...» Ovalle. «El *molle* es un árbol que se cría con mucha lozanía en estas provincias; es de moderada estatura y esparce mucho las ramas, vestidas de menudas y prolongadas hojas, como el lentisco, y nunca las pierde...» Rosales. «El *peumo* es fruta gustosa, el *maque*, el *molle*... aplican para sus bebidas los indios...» Córdoba y Figueroa. «En lo restante del reino se encuentran... el *molle*...» Molina.

Este árbol es diverso del que procede del Perú (*Schinus molle*) llamado vulgarmente en Chile *pimiento*, que han descrito y celebrado Cieza de León y Alcedo, entre otros. El originario de Chile lo recuerda Pedro de Oña en su *Arauco domado* (canto XIII):

Y en copas de madera no medianas
Les dan licor de *molle* regalado...

Su etimología es quichua: *mulli*.

Lenz, n. 902. Román, que trae una larga cita del Inca Garcilaso sobre el árbol peruano de este nombre, pide que el Diccionario incluya la voz con las acepciones correspondientes a las dos especies.

Monroy. m.

«La *sphinx cestrí* es común en Chile. Su oruga la llaman *monroy*. Philippi. Vive en el palqui. «Como el nombre *monroy*, dice Román, es de uso general en Chile y hasta los mismos naturalistas lo aceptan, porque, según parece, esta oruga es exclusivamente chilena, debe también el Diccionario acogerlo en sus columnas.»

Mostazal. m.

«Terreno poblado de mostaza. Hace falta esta voz en el Diccionario.» Román. Usóla el P. Alonso de Ovalle: «...he

andado muchas leguas por *mostazales*, que cubren los hombres a caballo, donde nidifican las aves y se crían pajaros.»

Mi residencia veraniega se halla en los lindes del pueblo de San Francisco del *Mostazal*.

Mote. m.

Román observa que la definición del Diccionario sólo comprende el *mote de maíz*, y que faltan el *mote de trigo* (el más usado de todos); el *mote de cebada* (que corresponde de cerca al *farro* castellano); y el *mote sancochado*, sin otros menos acostumbrados.

Muermo. m. (*Eucryphia cordifolia*).

«*Muermo*, en Chiloé, *ulmo*, en Valdivia, es un árbol muy grande que da excelente leña y madera buena para varios usos.» Philippi.

Tiene este árbol las «hojas cortamente pecioladas, oblongas, acorazonadas, lustrosas por encima, blanquizas por debajo, y flores blancas de casi dos pulgadas de diámetro; su madera es bastante buena, y se busca principalmente para remos; su leña, excelente para quemar; la corteza sirve para curtir, etc.» Philippi.

Lenz, n. 914, cree que el nombre es seguramente araucano, aunque no figura en los diccionarios, si bien se pregunta «si hay contaminación con castellano *muermo*.»

Los indígenas llaman *nulnu* al *ulmo*.

Mulita. f. (*Hydrometra*).

«Las *hydrometra*, que llaman *mulitas* en Chile, de cuerpo alargado, con patas largas, corren en la superficie del agua, como si ésta fuese un cuerpo sólido, para cazar los insectitos de que se alimentan.» Philippi.

También se da el nombre de *mulita*, que trae ya Alcedo, a una especie de los armadillos.

«...el *geris chilensis* anda y corre sin sumergirse en el líquido elemento... *Mulitas* los llaman en Colchagua, y en realidad que justifican su nombre, porque por los grandes grupos que forman y el color café oscuro de su cuerpo, son

cual las recuas que el arriero conduce por los caminos al sonoro toque del cencerro.» Medina, *Los insectos enemigos en Chile, apud Sud-América*, p. 719.

Román observa que el diminutivo de mula es en castellano *muleto, ta* (mulo pequeño, de poca edad, o cerril).

Multiflor. f.

El Diccionario consulta el adjetivo *multifloro*. En Chile tenemos el sustantivo *multiflor* (que el vulgo pronuncia malamente *mutiflor*), nombre que se da a un rosal de los trepadores, de flores de diversos colores, blancas, amarillas y rojas, según la variedad, y a la flor misma. «Parece ser, observa Román, la misma planta que Pichardo llama en Cuba *milflores* y *milrosas*, nombres que tampoco aparecen en el Diccionario.»

Murtillo. m. (*Ugni Molinae*).

«El *murtillo* (de la familia de las Mirtáceas) es un arbusto bajo, siempre verde y de crecimiento social en las provincias desde Maule hasta Llanquihue y Chiloé. Sus frutos, las murtillas... son bayas de color purpúreo claro, que en un lado tira al blanco... El sabor de la pulpa blanca es dulce, aromático, recordando un tanto la trementina. Esta fruta, que sazona en los meses de marzo y abril, es una de las más deliciosas del país y de gran consumo en las provincias respectivas...» Reiche.

N

Nalca. f.

Hablando del *panque*, dice Philippi: «Sus pecíolos o *nalcas* se comen crudos, sirven para hacer helados y son muy refrescantes.»

Procede esta voz del araucano, que Febrés traduce: «lo que se come del *panque*.»

Lenz y Román tráenla también.

Naranja capuchina. f.

«Una variedad notable, expresa Philippi, es la naranja de

las capuchinas o de Lima, que tiene el fruto muy pequeño.» En Chile se destina especialmente para dulce. El nombre que se le da proviene, quizás, de que la primera planta, de donde han debido propagarse las demás, hoy relativamente vulgares, se cultivó en el huerto de las Monjas Capuchinas de Santiago. No es, evidentemente, la misma especie definida por el Diccionario con el nombre de *mandarina* (conocida también entre nosotros) o *tangerina*, porque ésta, aunque también pequeña y aplastada, tiene la cáscara gruesa.

Dase, asimismo, el nombre de *capuchino* al naranjo que la produce.

Trae la voz Román.

Natri. m. (*Solanum tomatillo*).

Arbusto muy usado en la medicina casera por sus cualidades antifebrífugas, citado sólo por los botánicos modernos, si bien su nombre araucano indica que fué conocido por los indígenas.

El *natri*, solanácea, «de dos o tres metros de alto, pubescente, con hojas mucho mayores, aovadas, oblongas, puntiaguadas, abunda en las provincias del centro y sur de Chile.»

Lenz, n. 927.

«No hay duda, dice Román, que debe ingresar en el Diccionario oficial.»

Notru. m. (*Embothrium coccineum*).

«Arbol mediano, de la familia de las Proteáceas, de hojas oblongas o lineares, muy enteras; flores numerosas, de un rojo vivo, dispuestas en pequeños corimbos flojos. Se cría desde el estrecho de Magallanes hasta el grado 35 latitud sur, y sería de gran ornato para cualquier jardín. Su madera es buena para obras de ornamento, y el decocto de sus hojas sirve en las afecciones glandulosas.» Philippi.

«...*notru*, ciruelillo, con flores numerosas, del color escarlata más hermoso.» Philippi. Córdoba y Figueroa le menciona con el nombre de *notul*; pero Philippi y Murillo con el de *notru*; Lenz, n. 936, con el de *notro*, y así también Román. Preferimos la forma más usada y que corresponde de cerca a su etimología araucana *notu* o *nothu*.

Nuco. m. (*Otus brachyotus*)

El nombre indígena de esta ave de rapiña nocturna, parecida a la lechuza, es *nucu*, que hoy, españolizada, se dice sólo *nuco*. Con tal forma le citan ya los antiguos cronistas; por ejemplo, Córdoba y Figueroa: «También previno la naturaleza que hubiesen algunas nocturnas, como... el *nuco*, que canta en melancólico metro»; y Olivares: «El *nuco* y el chonchón, aves semejantes a las lechuzas en color y figura, y aborrecen la luz.»

Lenz, n. 937, y Román, que copia *in extenso* la descripción que de este pajarero trae Gay.

Ñ**Ñanculahuén.** m. (*Linum aquilinum*).

Vuélvese a presentar en esta voz la duda de si debe escribirse con *n* o *ñ* y con *o* o *u*. Si en araucano es *ñanculahuén* (lo que nos ofrece todavía una tercera variante), cambiada sólo la *m* en *n*, debemos preferir la forma con que damos el nombre de esta hierba, llamada también *retamilla* entre los españoles. Está su descripción en Molina, quien dice que su significado indígena es el de «yerba medicinal del águila»: «arroja unos vástagos ramosos, con hojas alternadas, aguzadas y pequeñas, y lleva unas flores amarillas compuestas de cinco pétalos, asidos de dos en dos a un piececillo común, y su pistilo pasa a ser una cápsula membranosa y pentágona, que contiene varias semillas pequeñas. Los naturales emplean esta planta con buenos efectos en las fiebres intermitentes...»

Lenz, n. 946: *ñancolahuén*. Román, lo mismo, pero quiere que en su lugar se diga *retamilla*.

Ñilhue. m.

El *ñilhue* es planta anual, lechosa, con las hojas abrazadoras espinosas y dentadas; las flores amarillas, liguladas, y las cabezuelas corimbosas. Esta maleza y otra especie llamada *oleraceus*, son comunes en Chile y se consideran de procedencia europea, por más que su nombre vulgar sea netamente

araucano.» Reiche. *Las malezas que invaden los cultivos de Chile*, p. 15.

La *Jacobaea Leucantemi* de Molina, de la cual dice: «El Padre Feuillé, cuya memoria será siempre grata a los chilenos, describe difusamente un gran número de plantas medicinales del reino de Chile, y entre las muchas que representa con la mayor exactitud en bellísimas láminas, se encuentran elegantemente descritas la *pichoa*... y el *ñilhue*, del cual usan mucho para purificar la sangre.» Lenz prefiere la forma *nilhue*, que en todo caso, cualesquiera que sean las variantes ortográficas de tal nombre, la más corriente es la que emplea la ñ, más ajustada a la etimología araucana, que sin duda le corresponde. Así también Pérez Rosales: «El *ñilhue*, que sube a la altura de un hombre a caballo, ostenta un tallo tierno y jugoso, de dos pulgadas de diámetro...»

Estimando Román que el *ñilhue* corresponde a la *cerraja* española, no quiere que se admita aquella voz; pero, ¿porqué nó, si su nombre araucano prueba que era conocido en Chile por los indios y con él le designan en el país?

Ñipa. f. (*Escallonia illinata*).

«La *ñipa* es un arbolito que crece como un estado y a veces estado y medio.» Rosales. Pertenece a la familia de las Saxifragáceas. Entre la gente culta se le da el nombre de *verraco*, por el fuerte olor que despide. En terrenos cultivados (de lo que soy testigo) adquiere un desarrollo extraordinario.

Lenz, n. 962. Román no acepta la voz, suponiéndola equivalente a la *nipa*, que trae el Diccionario, pero no ha tenido presente que esta última corresponde a la familia de las palmas, que ni de cerca se aproxima siquiera al arbusto chileno de que se trata.

Ñire. m. (*Fagus pumilio*).

«Arbol de veinte metros de altura, pero que se muestra en forma de arbusto en las inmediaciones de las nieves eternas. Las flores masculinas, así como las femeninas, son solitarias; las hojas son elípticas, obtusas, profundamente aserradas, con los dientes obtusos, bífidos.» Philippi.

Tanto este autor como Gay, escriben *ñirre*, pero la forma correcta es la que da Lastarria, *ñire*, que es con la que todos le conocen en el sur, como observa Román.

Es indudablemente araucana, aunque no se halla en los vocabularios de esa lengua, y parece muy aventurada la etimología de *gürü*, zorra pequeña, o *güren*, que le señala ese último autor. El P. Augusta tiene la voz por araucana, aunque no la ha oído a los indígenas.

Ñocha. f. (*Bromelia Landbecki*).

Hierba chilena de la familia de las Bromeliáceas: «Las hojas casi desprovistas de espinas, las espigas paucifloras, el cáliz blando, las flores blandas, frutos insípidos. Las hojas sirven para hacer sogas, canastos, etc. En los montes de Valdivia.» Philippi.

La etimología de la voz es araucana, que Febrés traduce «hierba de que hacen sogas.»

Román y Lenz.

Ñuño. m. (*Sisyrinchium*).

Planta de la familia de las Irídeas, «de que hay muchas especies en Chile conocidas en el campo con el nombre de *huilmo* y *ñuño*. Las raíces, que son fibrosas o fasciculadas, son bastante drásticas, y se pretende que las especies con flores rosadas son muy dañinas para los animales vacunos.»

Adviértase que otros dicen *nuño*, (bajo cuya forma la trae Román), voz derivada del quichua *nuñu*, mamar, según lo advierte el Inca Garcilaso en sus *Comentarios Reales*. Román cree que de ella se formó el araucano *nuyu*, que Febrés traduce «chupones que se comen.»

Prefiero la forma vulgar *ñuño*, que se conserva en el topónimo *Ñuñoa*, barrio suburbano de Santiago, que así se llamaría por abundar en tiempos pasados allí esa planta.

O

Olivillo. m. (*Kageneckia angustifolia*).

Diminutivo de olivo, nombre que se da en Chile a un ar-

bolillo de dos a tres metros de altura, de la familia de las Rosáceas, que, según aserto de Philippi, es el que más se aproxima a las nieves eternas. Tiene las hojas lineales-oblongas, o cuncado-lineales, agudas, rígidas, fuertemente aserradas, pegajosas cuando nuevas, hasta de siete centímetros de largo y uno de ancho.

Román, que corrobora lo dicho con la siguiente cita de Rosel (*Guía de Concepción*): «su madera engruesa poco y crece muy derecho; se emplea en cercos.»

También se da en Chile el mismo nombre de *olivillo* a un árbol del sur del país, que se conoce igualmente con el de *tique*. Es el *Aaextorivum punctatum*, de la familia de las Euforbiáceas, descrito que fué primeramente por los botánicos españoles Ruiz y Pavón.

Oreganal. m.

«Sitio plantado de orégano; lugar donde abunda esta planta. Falta esta voz en el Diccionario.» Román.

Oreganillo. m. (*Gardoquia Tilliesi*).

Arbusto de la familia de las Labiadas, veloso, con ramas rojizas; hojas pequeñas, lineares-oblongas u obovaladas, obtusas y angostadas hacia la base en pecíolo, enteras, borde encorvado, glabras y coriáceas; cáliz tubuloso de sépalos tubulados, corola un tercio mayor que el cáliz, peluda y roja.

La trae Bertero en sus *Plantae variores*, publicadas por A. Colla.

Oveja. f.

El Diccionario al hablar de esta voz en su tercera acepción, dice: «*Chile*. Llama, 3.^{er} art.», esto es, que en Chile se denomina así a la oveja; información del todo inexacta, y tanto, que son contadas las personas que entre nosotros han visto siquiera ese cuadrúpedo peruano y boliviano en algún jardín zoológico. Debe, por tanto, suprimirse, como ya lo pidió Román.

P

Paguacha. f.

Nombre que se da a cierta especie de melón invernizo, de color verde y carne amarillosa, de tamaño mediano y achata-do; y se aplica también a una de calabazas de forma parecida.

Viene del araucano *pahua*, que se dice de la hernia. Traé-la Lenz, (n. 989, cuarta acepción) y Román; pero este último autor no la considera que merezca ser aceptada en el Diccionario, y la escribe con *g*.

Paico. m.

Está en el Diccionario como chilenismo, sinónimo de *pazote*, «voz americana». Adviértase que es quichua.

Del *paico* se extrae la *paicolina*, voz que «merece ser admitida en el Diccionario.» Román.

Palhuén. m. (*Adesmia arborea*).

Arbusto de la familia de las Papilioneáceas, tribu de las he-disáreas, «muy espinudo, de seis a ocho pies de alto, común en las provincias centrales» (Philippi), al que se da también el nombre de *espinillo*. Otros escriben *palhuel*, pero debe preferirse como más general la que termina en *n*, por ser también más próxima a su derivación araucana, que es netamente tal, aunque no se halla en los vocabularios indígenas.

Traen esta voz Lenz y Román.

Palometa. f. (*Caranx georgianus*).

Pez comestible de las islas de Juan Fernández, parecido al jurel.

Palpallén. m. (*Senecio denticulatus*).

Arbusto de la familia de las Sinantéreas, suborden de las tubilifloras, «que puede alcanzar a dos metros y más de altura, con hojas aovadas, dentadas, más o menos cubiertas de un vello blanquecino, y corimbos multifloros de cabezuelas radia-

das, amarillas. Se cría desde Rancagua hasta Río Bueno. Philippi.

Es araucana la etimología de esta voz, (*palpalín*) aunque no se registra en los diccionarios

Palpi. m. (*Calceolaria thyrsiflora*).

Arbusto de la familia de las Escrofularíneas, «de unos treinta centímetros de alto, con hojas angostas, casi lineares, aserradas y flores amarillas, dispuestas en un tirso alargado. Se halla en las provincias de Coquimbo, Santiago y otras.» Philippi. Sus hojas son muy dulces.

Su etimología, advierte Román, «puede ser el araucano *pal*, palo mediano, y *püd*, cosa espesa y también desparramada.»

Palqui. m.

Aunque admitido en el Diccionario, falta darle su etimología, que es araucana, y añadir a la virtud que se le señala, que sus raspaduras se emplean como sudorífico y la planta para hacer jabón.

Debería incluirse también, como lo indica Román, su derivado *palquial*, m., sitio poblado o abundante de *palquis*.

Pallar, adj. y ú. m. en pl. **pallares.** (*Phaseolus pallar*).

Cierta clase de frejoles conocida con este nombre en Chile y la Argentina (Catamarca) y procedente, según se dice, del Perú, en cuya lengua quichua así se llama en efecto. Con el mismo nombre le cita también Molina, que le señala como muy notable por el tamaño de sus granos, que son de cerca de una pulgada.

Leuz, n. 1004, y Román, que trae el siguiente pasaje del Inca Garcilaso, citando al P. Acosta: «Yo no he hallado que los indios tuviesen huertos diversos en hortaliza, sino que cultivan la tierra a pedazos para legumbres que ellos usan, como las que llaman frisoles y *pallares*, que les sirven como acá garbanzos y habas y lentejas.» La voz ha entrado en la última edición del léxico oficial y sólo resta advertir que se usa más en plural y que su etimología es quichua.

Pangue. m. (*Gunnera chilensis*).

«... planta sin tallo, pero cuyas hojas alcanzan a veces a un tamaño extraordinario; los pecíolos se comen bajo el nombre de *nalca*, y la raíz muy gruesa, que contienen mucho tanino, se usa para varios objetos.» Philippi. «Planta grande, sin tallo, muy áspera; las hojas largamente pecioladas, a veces enormes, de uno y medio metro de diámetro, orbiculares, lobuladas; de su centro nace un bohordo cilíndrico, que lleva muchas espigas de flores; el fruto parece una pequeña drupa, porque el cáliz se vuelve carnoso, el *pangue* es muy común en los lugares pantanosos, a lo largo de los arroyos, etc.»

«Salía yo cada día en un barquillo que allí tenía, y iba el río arriba, de cuyas riberas traía cantidad de pencas de áspera comida, de unas grandes hojas mayores que adarga de una yerba llamada *pangue*, cuyas raíces sirven allá a los nuestros de zumaque, para curtir los cueros.» González de Nájera. «El *pangue*, bien conocido por sus hojas, que son tan grandes, que pueden servir de quitasol, se da en los cenagales como unas cepas gruesas.» Rosales. «La raíz de aquella planta vivaz, que los indios llaman el *panke*..., da un color negro bellissimo.» Molina. Forma que se cambió por la que tiene actualmente, según lo notó ya Carvallo: «en lengua del país, corrompido *pangue*, que debía ser *panque*.» *Panqui* escribió Pérez Rosales: «La hoja de *nalca* o *panqui*, como la llaman en el norte, excede en tamaño los límites de la ponderación en Llanquihue...: una de las hojas midió tres varas y cerca de cuarta de diámetro...»

Celebrada también en su *Purén Indómito* por Alvarez de Toledo, canto XIX:

Allí se vió después desamarrado
Y a una india taparle el cuerpo todo
Con las hojas del *pangue*, de manera
Que nadie no le vió desde acá fuera.
Mas él bien vido a todos claramente
Desde el pantano adonde oculto estaba
Y cómo por el rastro aquella gente
Entre los mismo *pangues* le buscaba.

De *pangue* se ha formado *pangal*: sitio donde viven agrupadas muchas de esas plantas.

Abundantísimas noticias de ella ha dado Vidal Gormaz en los *Anales de la Universidad de Chile*, t. XLV, p. 594. Sostiene con razón que el nombre único que hoy le corresponde es *panque*.

Lenz, n. 1009, y Román han invocado también la autoridad del poeta chileno recordado.

Panul. m. (*Ligusticum panul*).

Nombre indígena de una umbelífera herbácea de la cual se conocen por lo menos dos especies en Chile. Hierba lampiña, con tallo ramoso, surcado y trifurcado y con umbelas terminales; hojas pinatisectas con segmentos multifidos, lóbulos lineales-agudos; pétalos blancos; fruto ovalado, con dos estilos reflejos. Febrés traduce esta voz araucana por *apio*.

Lenz, n. 1011, y Román, «nombre que debe ya entrar en el Diccionario, es araucano...»

Pañil. m. (*Buddleya globosa*).

«Arbolito de unos tres metros de alto, con hojas grandes, oblongas-lanceoladas, acuminadas, almenadas, arrugadas, cubierto de un bello amarillento afelpado en la cara inferior; flores anaranjadas, dispuestas en cabezuelas globosas, compactas. Sus hojas son muy vulnerarias, se usan en polvo o decocción para las úlceras, etc.» Philippi.

Viene del araucano *pagil*, «mata medicinal, buena para curar hinchazones, desconcertaduras, etc.»

Lenz, n. 1014, y Román.

Papa. f.

Doma, derivado del araucano *domo*, mujer, o aplicado en sentido figurado a la madera que no tiene nudos. Una de las muchísimas especies y de las más conocidas y mejores, para no citar otras, que se cultivan en Chile.

Observa Román: «La etimología de *papa*, no es el latín *papa*, comida, como dice el Diccionario, sino el quichua *papa*, raíz de comer conocida. (Torres Rubio). El Inca Garcilaso dice «que entrellas [las legumbres que fructificaban debajo de tierra] hay una que llaman *papa*: es redonda y muy húmeda,

y, por su mucha humedad, dispuesta a corromperse presto.» (*Comentarios Reales*, parte I, lib. V, cap. V). Como la planta es americana y consta que en quichua se llamaba y se llama *papa*, no hay para qué buscar su nombre en el latín.»

Al testimonio de Garcilaso podrían agregarse algunos más sacados de los antiguos cronistas.

De *papa* viene su derivado *pajal*, m., terreno sembrado de *papas*. «Hace falta, continúa Román, esta voz en el Diccionario, pues no se puede exigir a los americanos, que la usan casi uniformemente, el que la sustituyan con *patatal* o *patatar*, únicas que él registra.»

Papilla. f. (*Valeriana papilla*).

Como su nombre lo indica, pertenece a la familia de las Valerianáceas; y el fuerte olor que despidе su raíz, al ácido valerianico, así la permite clasificar desde el primer momento; su raíz es gruesa, carnosa, perpendicular, transversalmente arrugada. Crece la *papilla* (diminutivo de *papa*) en las provincias centrales de Chile.

Pato correntero. m. (*Merganetta armata*).

Pato silvestre de Chile, que habita las aguas torrentosas de la alta cordillera de las provincias centrales y que remonta con maravillosa facilidad, de donde le ha provenido su nombre. Es notable también por el espolón robusto y agudo que tiene en las alas, lo que le ha valido el calificativo de *armatus*. El plumaje del macho está matizado con tres listas negras en la cabeza. La hembra tiene toda la cima de ésta y la mitad anterior de las alas de un gris ligeramente apizarrado.

Jergón grande (*Dafila spinicauda*), contrapuesto a *jergón chico*, que también se nombra en Chile. Aquél forma la especie más común de las salvajes que habitan el territorio de Chile, y su área de extensión comprende asimismo al Perú y al Brasil. Pertenece a la categoría de los patos de «cola de flecha», por lo puntiaguda que es, con dos rectrices del centro filiformes y prolongadas como lanzas, sobresaliendo mucho de las demás, por lo que ha recibido el nombre específico de *spinicauda*. Tiene cerca de 50 centímetros de longitud total, y

su plumaje es de un moreno bermejo, salpicado de manchas negras en el dorso, algo más claro en la parte inferior del cuerpo.

Juarjual (*Anas cristata*).

Pato silvestre de Chile, de mayor tamaño que el *jerjón grande*, del que se distingue especialmente por la cresta que forman las *plamas* sobre la nuca. Su cabeza y pescuezo son de un flavo finamente salpicado de negro; el pecho y vientre de un flavo bermejo, la cola morena, y el pico y los tarsos negros. Habita las provincias centrales de Chile.

Tripoca (*Erismatura ferruginea*).

«Pato *tripoca*, común en las lagunas de las provincias centrales. Su plumaje es muy diverso según la edad y la estación. Se conoce también del Perú.» Philippi. Descrito por Gay, *Zoología*, VIII, p. 458.

Lenz, n. 1388, quien se manifiesta dudoso, aunque sin razón, de que exista la forma *tripoca*, y añade respecto de la etimología de esta voz: «Si *tripoco* es la primitiva, se podría analizar según Febrés: *thîpun*, pegar, aporrear, azotar, + *co*, agua; sería «pato azota-agua.»

Debo advertir que, sin estas especies, se conocen también en Chile otras silvestres de *anteojillo*, *capuchino*, *cuchara*, *gargantilla* y *real*.

Pejegallo. m. (*Callorhyncus antarcticus*).

«El *pejegallo* tiene cerca de tres pies de largo; su cuerpo es redondo y más grueso por el medio que por los extremos, cubriéndole enteramente un pellejo azulado y desnudo de escama. Una cresta cartilaginosa, que, adornándole la cabeza, se prolonga cinco o seis líneas más allá del labio superior, le ha merecido el nombre de *pejegallo*...» Molina.

Por su parte, dice Philippi: «cuerpo cónico, alargado, desnudo; cabeza gruesa, voluminosa, en declive, con los ojos a los lados; el hocico con un apéndice o girón carnoso; la primera aleta dorsal con el primer radio duro, la cola prolongada en un largo filamento.» Román hace notar que «es pez distinto de los que el Diccionario llama *gallo* y *papagayo*.»

En este orden se distinguen también en Chile, el *Pejeluna*, m. (*Mola mola*); el *Pejeperro*, el *Pejesol*, el *Pejesapo* y el *Pejezorra*.

Pejezorra. m. (*Carcharias vulpes*).

Advierte Gay que el pejezorra es bastante común en Europa y que con este nombre se le conoce también allí; pero el hecho es que no lo registra el Diccionario.

Pertenece a la familia de los Selacienoides, alcanza a una longitud de ocho a diez pies, es de color verde aplomado, a no ser por debajo, donde tiene alguna mezcla de blanquizco; las aletas son un poco más oscuras; el cuerpo es fusiforme y prolongado, la cabeza pequeña y redondeada, y la abertura de la boca se halla debajo del hocico, que es corto y obtuso; en las quijadas tiene dos hileras de dientes triangulares; ojos circulares y grandes con relación a la cabeza; la cola está dividida en dos lóbulos, el superior, muy largo y en forma de hoz, y el inferior corto, por extremo.

Pelú. m. (*Sophora tetraptera*).

Arbol o arbusto de la familia de las Leguminosas, con las ramas nuevas con tomento rojizo; hojas con diez a veinte pares de pinas trasaovado-orbiculares; flores en racimos; corola amarilla; legumbre con cuatro alas longitudinales denticuladas.

«De las provincias del Sur, merece un lugar en los jardines por sus hermosas flores doradas, y que tiene madera dura y preciosa.» Philippi.

Lenz, n. 1032, y Román, que cree que su etimología araucana es posible que sea la misma de *pilo*. Los indígenas dicen *pelupelu*.

«El *pilo* es una planta leguminosa, de que hay dos especies, que viven a orillas de las aguas, de hojas menudas y ramas muy flexibles, con flores amarillas; y el de las lomas, de pequeño tallo y sin uso.» Rossel, *Guía de Concepción*.

El nombre araucano es *pilü*, que en la segunda edición del *Vocabulario* de Febrés aparece con la indicación de «arbusto

con flor amarilla; su cascara es vomitivo eñeaz, arranca apóstemas del pecho y costillas.»

Roman observa que «ninguno de nuestros naturalistas habla de este arbusto,» debió decir, con ese nombre, pues el que le corresponde de verdad es el de *pellín*.

Pellín. m. (*Fagus obliqua*).

«El roble... y su corazón *pellín*... es casi el único árbol que bota sus hojas, de excelente madera para construcciones. Philippi. Es mucha la diversidad que hay de robles y muchos los que de ellos se aprovechan para los edificios, por ser tan fuertes, y principalmente el que llaman *pillín*, que es colorado y se immortaliza enterrado y dentro del agua, y en la humedad refina su nativo carmesí.» Rosales. Forma que se deslizó tal vez por yerro de impresión, pues en otro lugar de su obra, el jesuita madrileño escribe en la única conocida hoy: *pellín*. «Su nombre propio indico, advierte Gómez de Vidaurre es *pellín*, como también lo suelen llamar algunos.»

Del nombre y cualidades de esta clase de roble procede el chilenuismo *apellinarse*: endurecerse, dicho también metafóricamente.

Lenz, n. 1034, y Román.

Pequén. m. (*Noctua cunicularia*).

«... el *pequén*, poco nocturno, que vive en cuevas de la tierra...» Philippi. «El *pequén* es un pájaro del género de las lechuzas, su estatura como la de un palomo; acostumbra abrir grandes agujeros en los campos rasos, donde hace su habitación...; su graznido, que es lúgubre e interrumpido, parece que profiere las sílabas de su nombre.» Molina.

En araucano se llama *pequeñ*, según Febrés.

Lenz, n. 1039, y Román.

Perdiz cordillerana. m.

Apenas necesito decir que nuestra perdiz es muy diversa de la europea, y más aún la *cordillerana*, que pertenece al género *Attagis*. Esta no sirve para comer, es mucho más pequeña que la ordinaria, y, como observa Philippi, tiene las alas

puntiagudas y los tarsos robustos y reticulados por delante.» Su area de habitación está en lo alto de la cordillera de los Andes, y de ahí su nombre.

Pericote. m.

«Rata grande. Así lo definió Marty Caballero como americanismo, y así se usa por lo menos en Chile, en la Argentina y en el Perú. Convendría, pues, incluirlo en el Diccionario.» Román.

Gay opinaba que esta voz *pericote* es netamente indígena, y cita varios pasajes de un manuscrito de fines del siglo XVIII en que aparece empleada y que sería ocioso reproducir aquí.

Péril. m. (*Tessaria absinthioides*).

«La chilca, el *péril* y alguna que otra mancha de chépica y esparto brotan con mucha dificultad por entre aquel terreno suelto y cargado de costras salinas.» Pérez Rosales. «De la cual se sacaba en el tiempo del coloniaje en las provincias del norte una resina que se usaba en lugar de la brea europea, el género *senecio*, del cual hay unas 150 especies en Chile.» Philippi. Cita la planta con el nombre de brea. Es una de las malezas más perjudiciales, por la casi imposibilidad que hay para arrancarla de raíz; suele alcanzar hasta un metro de altura; sus hojas son alternas, con dientes en los bordes; las flores, de un color rojo pálido.

En cuanto a su etimología, Román cree que pueda venir del inglés *peril*: acaso, del araucano *penulu*, marchitarse, porque, en efecto, esa yerba se marchita apenas arrancada.

Petaquito. m. (*Tinocorus Orbignyana*).

Una especie de las llamadas *perdicitas* en Chile, que habita las partes altas de la Cordillera de los Andes. El género a que pertenece se caracteriza por tener «las alas puntiagudas, los tarsos bastante delgados, y escutelados, es decir, que la membrana que lo cubre por delante parece formar escudo en su parte delantera,» y representa en Chile a las codornices de Europa. Philippi.

Lenz, n. 1047; y Román.

Peuco. m. (*Buteo unicinctus*).

Del araucano *peucu*, ave de rapiña, parecida al gavilán. «Muy semejantes a estos pajaros son otros que llaman *peucus*.» Ovalle. «Hay otras aves rapaces y carniceros, singulares de esta tierra, como el *peucu*...» Rosales.

Esa voz, castellanizada hoy, se dice *peuco*.

El diminutivo *pequito* corresponde a la especie llamada *accipiter chilensis*, peculiar de este país, que convendría no olvidar.

Lenz, n. 1052, y Román.

Peumo. m. (*Cryptocaria peumus*).

«Otros árboles hay también frutíferos de los silvestres, y se llaman *pegu*: tienen la fruta colorada, un poquito más larguita y ovada que la avellana, la cual comen los indios cocida con otros ingredientes.» Ovalle. Y así en esta forma *pegu* por regla general en los primeros cronistas, que tomaron la voz del araucano *pegu*, convertida hoy invariablemente en *peumo*, desde Molina acá: «el *peumo* comprende cuatro especies distintas.» Advertiré, con todo, que en Núñez de Pineda, quizás por mala lectura del manuscrito, salió con la variante *pengu*, que tengo por yerro de la imprenta. Vale la pena de leer el párrafo que dedica a este árbol: «Desmontamos de los rocines y a unos árboles vistosos los atamos, que cerca de la puerta hermozeaban el sitio y su contorno, por ser de calidad que todo el año conservan verde y vistosísima la hoja, demás de ser crecidos y copados; y cuando están con su fruta colorada, es a la vista apacible y deleitable; a éstos llaman *pengus*, que su sombra también es copiosísima y saludable de verano, y las hojas, batidas y oprimidas, despiden de sí un fragante olor y muy suave, y puestas en la cabeza, mitigan el dolor de ella causado del calor y de la fuerza que el sol tiene de verano. Y la corteza y fruta son medicinales para achaques del vientre y del estómago.» Pág. 85.

«Es árbol bastante grande, de hojas aovadas, finamente reticuladas, que se cría en las provincias centrales de Chile...» Su cáscara sirve para curtir. El fruto, que cuando maduro es encarnado, tiene la forma de una aceituna, aunque un poco

menor; se come después de una ligera cocción (que de ordinario se hace en la boca misma) y tiene un olor característico, peculiar también a la madera y a sus hojas cuando ligeramente refregadas.

«No cocer *peumo* en la boca», frase figurada, que se aplica a las personas que no saben callar a tiempo.

Lenz y Román.

Pico. m. (*Balanus psittacus*).

Molusco llamado antiguamente *pico de papagayo* y hoy simplemente *pico*. «Pero el marisco de mayor estima, que entiendo no se halla en nuestros mares, es uno a que llaman allá *pico de papagayo*, porque descubre por un agujero de la concha do está encerrado, un cierto pico». Najera. «Los *picos* de papagayos son otro género de marisco muy regalado...» Ovalle. «Hay otras no menos sabrosas, que llaman *pico* de papagayo, y aseméjase este marisco en la cobertura a un pedazo de peña acanalada. Dentro está la carne blanca como una leche y ceñida de una costra en forma de pico de papagayo, por lo cual le pusieron este nombre.» Rosales. La verdad es que son las mandíbulas del molusco las que revisten esa forma. «Es más común decir *pico* solamente, y así debe entrar esta voz en el Diccionario.» Román.

Pichi. m. (*Fabiana imbricata*).

«Arbusto chileno de la familia de las Solanáceas, con flores bonitas, blancas, solitarias, muy numerosas en el extremo de los ramos tiernos; es muy común al pie de la cordillera.» Se le atribuyen cualidades anti-hepáticas y diuréticas.

Viene de la misma voz araucana *pichi*, pequeño, poca cosa.

Román, quien advierte que en la nueva edición de la *Historia del Paraguay*, de Charlevoix, se llama a este arbusto «yerba de orina o meona.»

De esta voz ha provenido su derivado *pichinal*, sitio poblado de *pichis*, que Pérez Rosales escribió *pichingal*. «Puede admitirse como chilenismo,» advierte también Román.

Pichihuén. m. (*Umbrina ophicephala*).

«El *pichihuén* es uno de los peces más apreciados en Chile; se halla en la bahía de Coquimbo.» Philippi. Cítanlo también Gay y Reed, que escriben malamente *pichiguén*. Pertenece a los acantopterigios, orden de los torácicos. Alcanza a unas 16 pulgadas de largo. Su etimología es indudablemente araucana, tal vez de *pichi*, pequeño, y *huenu*, arriba.

Lenz, n. 1065, y Román.

Pichoa. f. (*Euphorbia chilensis*).

«La *pichoa*, purgante que se debe usar con precaución.» Philippi. «La *pichoa* es una yerba eficazísima para purgas... Su copa sigue al sol como la maravilla.» Rosales. Mariño de Lobera, primer autor en que aparece citada la planta, la llama *lepichoa*: pero hoy sólo se conoce bajo aquel nombre.

«Púrganse con la raíz de la yerba lechetrezna, a que llaman *pichoa*...» González de Nájera.

Pertenece a la familia de las Euforbiáceas; «la raíz es perenne, gruesa y echa muchos tallos, largos, de cinco o seis pulgadas, poblados de hojas alternas, sésiles, ovaladas oblongas y acunadas; se terminan en umbelas trifidas, con radios dicótomos; las cápsulas son lisas; hay una variedad lampiña y otra vellosa. La *pichoa* se cría casi en todo Chile, y desde el mar a la cordillera.» Philippi.

Lenz, n. 1068, y Román creen que tal voz es araucana. Los indígenas la conocen hoy con el nombre de *lafqueri-lawen*.

Pidén. m. (*Rallus bicolor*).

«Por cima del cuerpo, desde el occipucio hasta el erupión, de color oliváceo, mezclado de bruno sobre las grandes cubiertas alares; remigias y rectrices morenas; por bajo, de un ceniciento uniforme gris ferrugíneo; pico rojo sanguíneo en la base, azulado desde este punto hasta la primera mitad de su longitud, y verdoso en la última mitad hasta la punta; ojos de un rojo purpúreo; tarsos y pies rojos... Frecuenta las riberas y los sitios húmedos y se alimenta de gusanos o vegetales; su marcha es ágil y corre con velocidad; es sumamente tímido, y al menor ruido va a ocultarse entre la hierba...» Gay.

«El *pidén* y el zorzal cantan al ponerse el sol, porque no falte música a su ocaso.» Córdoba y Figueroa. «El *pidén*, pájaro de color pardo.» Olivares. Advierte Carvallo y Goyeneche que tal voz es indígena (*piden*, según Febrés) y que algunos españoles suelen llamarla *gallinilla*.

Lenz, n. 1073, y Román.

Pidulle. m. (*Oriurus vermicularis*).

Llaman así en Chile a un pequeño gusano o verme, nemátodo, que habita el intestino y produce prurito en el recto y anal, en los niños especialmente. La longitud del macho es de tres a cuatro milímetros, y la de la hembra de 9 a 12.

«Viene del araucano *dulluy*, lombriz, precedido de *pu*, signo de pluralidad, y convertido en *pi*, quizás por contaminación con *pirhuín*, del araucano *pidhuñ*.» Román.

Pilapila. f. (*Modiola caroliniana*).

«Planta de la familia de las Malváceas, de tallo rastrero, a veces levantado, rollizo, algo surcado, ramoso, lampiño o un poco veloso, de dos o tres pies de largo y con nuevas raíces junto al pecíolo de cada hoja inferior.» Gay.

Se usa en medicina casera como refrescante de la sangre.

El nombre es araucano, aunque Febrés lo trae como de cierta especie de corvina pequeña.

Lenz, n. 1078, y Román.

Pilgao. m. (*Amphidesma solida*).

Molusco parecido a la *taca*, aunque de mayor tamaño, así llamado en Chiloé. «Esta especie, dice Gay, la más grande del género, es notable por su espesor, su forma orbicular, y, sobre todo, la coloración rosada de la charnela al interior. La concha es de un blanco amarillento.»

Traen esta voz Lenz, Cavada y Román. «El nombre tiene forma de araucano, observa este último, pero no aparece en los diccionarios.»

Pilme. m. (*Cantharis femoralis*).

«El *pilme*, negro, con los muslos rojos, causa a veces muchísimo daño en las huertas.» Philippi. «Se encuentra un escarabajo negro, de ocho líneas de largo, llamado *pilmo*, el cual arruina las plantas leguminosas.» Molina. Forma esta última del todo abandonada; en araucano es *pülmi*.

Lenz, n. 1085, y Román.

Pilpil. m.

Llamado comunmente *pilpilboqui*, pertenece al género *Boquila*, de las Lardizabáneas, común en las provincias del Sur; «tiene hojas simplemente trifoliadas, flores blanquizcas y bayas blancas, globosas, del tamaño de una arveja.» Philippi. Ya queda dicho el significado de *boqui*, y de ahí que Febrés traduzca: *pülpül*, cierto boqui, como lo nota Román.

Pilpilén. m. (*Haematopus palliatus*).

Ave zancuda, de la familia de los Carádridos, con pies que sólo tienen tres dedos y carecen de pulgar. El plumaje, matizado de negro y blanco a grandes manchas, le da extraordinario parecido al ostrero de Europa. El pico, más largo que la cabeza y comprimido lateralmente, es de color rojo de fuego, y sus tarsos, rojo claros.

«Los ostreros... se conocen tres especies en Chile, con los nombres de *pilpilén*, *tiratira*.» Philippi.

Es voz indígena, de etimología onomatopéyica, por el grito de estas aves.

Lenz, n. 1088.

Pilvén. m. (*Trichomycterus*).

Pez de agua dulce, muy parecido al bagre, aunque de tamaño mucho menor, [pues no excede de unos diez centímetros.

Lenz y Román estiman con razón que el nombre es araucano, aunque difieren en la etimología que pueda corresponderle.

Pillo. m. (*Ciconia maguaria*).

Ave zancuda sumamente parecida a la grulla europea, pero que en Chile es muy escasa y vive en las regiones pantanosas más apartadas, destinada prontamente a desaparecer quizás. «Tenemos una especie en Chile muy parecida a la cigüeña blanca de Europa, que se conoce en el país con el nombre de *pillo*.» Philippi. «El *pillu* es una especie de ibis, de color blanco, variado de negro, que habita en los ríos y en las lagunas. Este pájaro es notable entre todos los acuáticos por la altura desproporcionada de sus patas, que tienen dos pies y ocho pulgadas de largo, comprendidos los muslos; y así dan los indios el sobrenombre de *pillu* a aquellas personas que tienen de un largo desproporcionado esta parte del cuerpo.» Molina.

Lenz, n. 1091, y Román.

Pillopillo. m. (*Dafne pillopillo*).

«Pequeño árbol de forma piramidal, de flores blanquecinas dioicas. Su cáscara interior es muy vomitiva y purgante...» Philippi.

El nombre es araucano, si bien no se halla en los diccionarios: *pillupillu*, sobre cuyo significado recuérdese lo dicho en el artículo precedente.

Lenz, n. 1092, y Román.

Pingopingo. m. (*Ephedra americana*).

«El *pingopingo*, común en las provincias del norte y del centro. Pertenece a la familia de las Coníferas, con flores y frutos parecidos a los de las Taxíneas, pero las ramas articuladas, con hojas opuestas, a veces parecidas a escamas.»

En Rosales aparece la voz escrita con el cambio de *g* por *c* (que debe de haber sido la correcta, conforme a su etimología araucana probable). «El *pinco-pinco*, yerba de media vara de alto, que ni echa flor, ni hojas, ni semilla.»

Lenz, n. 1097.

Pintadilla. f. (*Scyllium chilense*).

Escualo chileno, parecido al que el Diccionario describe con el nombre de *lija*, y que debe su nombre a que tiene el

cuerpo pintado de manchas redondas, de color obscuro; tiene fistulas y alcanza apenas a dos metros.» observa Philippi.

Román, que advierte que el léxico, bajo el artículo *lija*, lo da como sinónimo de *pintarroja*.

Pinuca. f. (*Pinuca edilis*).

Holoturia que vive en Chiloé, de dos a tres pulgadas de largo y como de una de ancho, de cuerpo subcilíndrico, un tanto más grueso hacia el medio y adelgazado hacia las extremidades; cuero grueso, coriáceo, boca pequeña, redonda y arrugada. Los habitantes de aquella isla lo comen después de asado en las brasas.

Su etimología, dice Román, puede ser el araucano *pinu*, pajitas pequeñas, y *cihuy*, gusanito largo y delgado.

Piñón. m. (*Araucaria imbricata*).

Describe el Diccionario bajo este nombre un arbusto de la familia de las Euforbiáceas que crece en las regiones cálidas de América, y convendría añadir el árbol chileno del mismo nombre, que ha pasado a llamarse así por el fruto que da, los piñones, en araucano *pehuen*, de que tomaron su denominación los indios *pehuenches*, esto es, los que habitan del lado de las cordilleras, donde crece el árbol. «Es hermoso, densamente cubierto de hojas lanceoladas, con punta espinosa, aplicadas contra el tallo y las ramas.» Philippi.

Vial Solar, en su citado libro, trae el derivado *piñonal* (p. 136:)

los que se ocultan tras la obscura raya
del alto *piñonal* del Nahuelbuta...

Piquero. m. (*Sula fusca*).

«El llamado *piquero* en Chile habita en la costa de Chile, Perú, etc., y de él proviene en su mayor parte el guano de las islas de Chíncha». Philippi.

Este palmípedo tiene el pico largo y puntiagudo (de donde procede su nombre), anda en grandes bandadas y habita las costas del Perú y Chile. «El nombre vulgar *piquero*, dice Román, debe entrar en el Diccionario.»

Pircún. m. (*Anisomeria drastica*).

Dice el P. Rosales: «Es muy usada para purgas la yerba llamada *pincún laquén* (por-*lahuén*, hierba, en araucano). De todos conocida, por lo menos de nombre, en Chile. «Difieren las fitoláceas de las quenopodiáceas por tener cada flor varios pistilos, que pasan a ser frutitos carnosos. A esta familia pertenece nuestro *pircún*, purgante terrible.» Philippi.

«Pequeño sub-arbusto, cuya raíz, semejante a un nabo grueso, casi siembre dividida en su extremidad, posee la virtud emética y purgativa en el más alto grado.» Murillo, citando a Bertero.

Lenz, n. 1116, y Román, que propone otras etimologías, una de ellas «puede ser también el araucano *vircún*, cosa fría, por los efectos que produce su raíz como remedio.»

Pirhuín. m. (*Hirudo*).

«Se da este nombre a cierta especie de sanguijuelas que viven en los remansos de los ríos o en las aguas dulces estancadas, y también a la fasciola del hígado, llamada en Chile *pirihuín* o *pidihuín*.» Philippi. Ambas formas y aun no menos de dos más, suelen usarse: opto por la que pongo, que es la que siempre he oído; la segunda *i*, parece una simple afectación. De dicha voz *pirhuín* ha nacido en Chile el verbo *apirhuinarse*, que se dice del ganado afectado por este parásito.

Lenz, n. 1117, y Román.

Apenas se necesita advertir que la voz es netamente araucana.

Pitao. m. (*Pitavia punctata*).

Arbol chileno de la familia de las Zantoxileas, «de cinco o siete metros de altura, siempre verde, con hojas sencillas oblongo-aovadas, muy lampiñas, ligeramente aserradas, bastante grandes, y con flores blancas, dioicas, paniculadas; el fruto compuesto de cuatro drupas monospermas... Las hojas son resolutivas y antihelmínticas. Otro nombre vulgar que tiene en Chile es *canelillo*.» Philippi.

«La etimología es el araucano *pithau* o *pithao*, callo, porque el fruto del árbol se parece a un callo». Román.

Pitihue. m. (*Colaptes pitigu*s).

«El *pitihue* se halla también en las provincias centrales», Philippi. «Los picos son de cuatro especies... el *pitin* es del tamaño de una paloma, y su color pardo, manchado de blanco. Este pájaro no anida como los demás picos en los huecos de los árboles, sino en las márgenes de los ríos » Molina.

Su etimología, según lo advirtió Gay, proviene del grito o canto de este pájaro. «No está en los diccionarios indios, observa por su parte Lenz, pero es evidentemente mapuche: *pitin*: de donde se deriva *pitihue* por el plural.» Los indígenas lo llaman *pechiu*.

Adviértase, con todo, que el Diccionario trae la voz *pitio* «silbido del pito o de los pájaros».

Pitoitoi. m. (*Totanus melanoleucus*).

Hay dos especies en Chile de esta ave zancuda de las costas, cuya área se dilata por todas las de la América del Sur y del Norte: el *pitoitoi grande* y el *chico*, ambos de la familia de las zancudas y de formas esbeltas y graciosas. El plumaje, compacto y unido, es bruno por encima, y por debajo blanco, con manchas oscuras. Tiene el pico más corto y los tarsos más altos que el *porotero*, que luego mencionaré. Se halla siempre en las orillas de las aguas corrientes o estancadas, y al emprender el vuelo lanza el grito de que proviene su nombre.

Lenz, n. 1129.

«La etimología, observa Román, aunque parece araucana, no está clara.»

Pitra. f. (*Myrceugenia pitra*).

Que algunos escriben *petra*, apartándose de su etimología araucana *pitha*, es una mirtácea chilena «de ocho a diez pies de alto, pubescente y con muchas ramas, casi siempre también pubescentes, y las más tiernas cubiertas de vello rojizo. Hojas anchas, elípticas muy variables... Flores blancas, dispuestas en una especie de panículo axilar a lo largo de las ramas.» Gay. «La baya, que se llama *mitahue*, es negra, semejante a

la del arrayán, comestible y de un sabor agradable. Sus hojas y corteza son medicinales.» Román.

Los polvos de *pitra* son de muy frecuente uso en la agricultura como insecticidas y constituyen un ramo de comercio de alguna importancia. La *pitra* corresponde, en ese orden, al pelitre español.

Piune. m. (*Lomatia ferruginea*).

De la familia de las Proteáceas, «las más veces queda arbusto, algo desnudo, con hojas grandes, bipinatífidas, muy elegantes, cubiertas de vello color de orín por debajo, con racimos flojos de flores amarillas. Se cría en los montes un poco húmedos de Valdivia y Chiloé. Usan la decocción para *lepidias* (indigestiones).» Philippi. Se le dan también los nombres de *huínque* y *romerillo*, de acuerdo este último con su designación araucana: *piune*, como lo advirtió Román.

Piuquén. m. (*Anser melanopterus*).

«En Chile hay cuatro especies silvestres [de gansos] de los cuales el *canquén* se ve con frecuencia en los corrales de Ancud; el gansillo es de las cordilleras, así como el *piuquén* y el *cague* de Chiloé y Magallanes.» Philippi. «El *piuquén* es una especie de abutarda mayor que la europea, de color blanco y cuya cabeza y cuchillos de las dos alas son cenicientas y negras las primeras guías; la cola es corta y poblada de 18 plumas blancas; el pico es proporcionado y semejante al de la abutarda; los pies, de cuatro dedos bien gruesos.» Molina. «El *piuquén* es ave grande como el pavo, su color blanquizco, su carne muy regalada...» Olivares. Hablan también de esta ave González de Nájera, Córdoba y Figueroa y Alcedo.

Su etimología es araucana; *piuqueñ*.

Lenz, n. 1140, y Román.

Piur. m. (*Pyura Molinac*).

«Las ascidias propiamente tales son de bastante tamaño y viven aisladas o agrupadas casualmente; a éstas pertenecen los *piures* de Chile, que muchas personas comen como un alimento muy delicado.» Philippi. «Entre los moluscos son notables

los *piures*, tanto por su figura, como por el modo con que alojan.» Molina. Varios otros autores hablan también de los *piures*, forma de plural que es la más corriente.

Tal voz viene del araucano: *piür*.

Lenz, n. 1141, y Román, que escribe *piure*, en singular.

Platero. m. (*Chlorospiza alaudina*).

No es raro en las provincias centrales de Chile y se le halla también en Bolivia. Es del tamaño de la *diuca*, y como ésta, pertenece a la numerosísima familia de los Fringílidos. Por encima, sobre un fondo pardusco obscuro, tiene manchas en forma de rayitas negruzcas; la garganta y el pecho, plomizos y el vientre y la parte interior de la cola, blancos. Abunda en los valles del interior de la Cordillera y anida en las ramas bajas de los arbustos pequeños. Su nombre le viene del color de su plumaje.

Pocha. f. (*Percichthys melanops*).

Llámase así una especie de trucha, de pequeño tamaño, muy espinuda, y por eso, aunque comestible, de poca estima. Es muy probable que tal nombre se le diera por su forma achata-da, del adjetivo *pochó*, *cha*, que se aplica a cierta clase de aluvias en Álava, según lo recuerda Román.

Pololo. m. (*Sulcipalpus elegans*).

Se aplica especialmente a esta especie de fitófagos por ser la más abundante en la región central de Chile. «Los sanjuanitos o *pololos* de los chilenos pertenecen a esta sección.» Philippi.

Tiene la cabeza pequeña, el protórax con un surco longitudinal en el medio, y cubierto, como aquélla, de pequeñas verrugas; los elitros son de color verde y no cubren el extremo del abdomen, que es ceniciento; patas anteriores, rojizas; medianas y posteriores, verdes; longitud, 1.5 cms.

Viene del araucano, un tanto modificado. Véase Lenz, n. 1151. Este mismo autor cita el siguiente pasaje de un escritor chileno: «Comienzan a salir de entre las tejas los murciélagos y a revolotear los *pololos* en torno de los naranjos...» Rodri-

guez. *La cueva del loco Eustaquio*, p. 106. Ejemplo a que añadiremos el siguiente: «La araña, encerrada en el sepulcro formado por los despojos de sus enemigos vencidos uno a uno, suspende su enrejado castillo entre las ramas de los árboles. Ahí, por un vuelo demasiado rápido, va a caer entre las redes un *pololo*...» Medina, opúsculo citado.

«En esta acepción debe admitirse nuestra voz *pololo*.» Román.

Pollolla. f. (*Podiceps Rollandii*).

Pertenece al mismo género de las *hualas*, aves acuáticas de que ya se trató, pero su color es diverso.

Escriben algunos, v. g. Rodríguez, *polloyo*.

Lenz, n. 1153, cree que la etimología de esta voz debe de ser araucana, si bien falta en los diccionarios; pero Román opina que está formada de *polla*.

Póquil. m. (*Cephalophora glauca*).

Pertenece esta hierba a la familia de las Sinantéreas, suborden de las tubilifloras, de un género particular a Chile, que comprende varias especies; «las de tallo por lo común sencillo, con hojas superiores angostas; sésiles, tienen indistintamente el nombre de *póquil*.» Philippi.

«*Póquil*, que algunos llaman manzanilla cimarrona», dice Philippi. Feuillé con el nombre de *poquill*; *poquell*, Carvallo, y *póquel*, Zerolo. En araucano es *pocull*: una flor con que tiñen amarillo, expresa Febrés.

Lenz, n. 1156, y Román.

Poroto. m.

«Alubia americana», se limita a decir el Diccionario. Viene del quichua *purutu*. Se da ese nombre en Chile a la planta, al fruto, y al guiso que de él se hace. Los hay de muchas especies, pero las más conocidas son las que llaman *bayos*, *burritos*, *caballeros*, *colorados*, *coscorrones*, *mantecosos*, etc.; de los *pallares* ya se hizo mención. *En tabla*, los que no están todavía del todo granados, que suelen también designarse como *verdes*.

De esta voz procede su derivado *porotal*, terreno sembrado de porotos.

Véase para más detalles el libro de Román.

De paso advertiré que el nombre de *burritos* se dijo primeramente en Chile *borriquitos*; así lo afirma Gómez de Vidaurre:... «prefieren a todas las especies, las que han llamado los españoles *borriquitos*, por lo aceitosos que ellos son. Estos son esféricos, en la grandeza de su género medianos, mitad blancos, mitad de color de burro, lo que les hizo dar el sobredicho nombre.» I, p. 118.

Porotero. m. (*Gallinago Paraguayae*).

Ave zancuda, de la familia de los Escolopácidos, de formas delgadas y largas, con el pico fino, prolongado y algo redondeado en la extremidad. Por encima está matizado de negro, leonado y bruno; en el pecho tiene manchas de este último color, y sobre la frente cuatro fajas longitudinales, también brunas. Del grito que da, ha procedido su nombre.

Abunda en todo Chile y en la Argentina.

Es voz onomatopéyica,

Poto. m.

Criadilla de mar definió el Diccionario en su penúltima edición, «pólipo de figura globosa, hueco y pegado por un solo punto a las rocas, de las que se desprende fácilmente,» y citando tal definición dice Román: «Los naturalistas dirán si es el mismo pólipo que en Chile se llama *poto*.»

Pudú. m. (*Cervus pudu*).

«El *pudú* o venado de Chile, la especie más pequeña del genero *Cervus*, que es bastante abundante en las provincias del Sur; el macho tiene un pequeño cuerno derecho, no ramificado.» Philippi. «El *pudú* es una cabra montés del tamaño de un choto o cabrito de seis meses de edad, de color pardo, y armada de unos cuernos pequeños, de que carecen las hembras.» Molina. El nombre, indígena, era ya conocido en tiempo de

Rosales, que dice: «Hay también corsos pequeños o venados, que los chilenos llaman *pulú*...»

Lenz, n. 1168.

Puma. m. (*Felis concolor*).

El *león* de los españoles, que los indios de Chile llaman *pagi* «y en el Perú es conocido con el de *puma*», advierte Molina, pero que corresponde en todo a la familia de los gatos. Véase la descripción de este carnicero en la obra de nuestro compatriota.

Lenz, n. 1178, y Román, que advierte que el Diccionario le da el género femenino, contra el uso general.

Puya. f.

Son varias las especies de esta planta de la familia de las Bromeliaceas, que se hallan en Chile. La *puya coarctata*, descubierta por Philippi, la describe así: «tallo de dos a tres metros, hojas tendidas o reflejas, blancas en la cara inferior, pétalos de un azul que tira al verde.»

Viene del araucano *puñya*, que Febrés traduce «cardones de que hacen boyas.»

Observa Román: «Las tres lenguas dominantes en Chile, la española, la araucana y la quichua, han dado nombre a esta planta, y hasta geográficamente se ve la influencia de ellas, porque el nombre *chagual* domina en las provincias de Aconcagua al Norte, *cardón*, en las del centro, y *puya*, en las del Sur.»

Puye. m. (*Atherina speciosa*).

Pez muy pequeño, que vive en la laguna de Villarrica: los indios los llaman *puyes* y los españoles *cachuclos*, dice Olivares. «En el río Toltén... se encuentra un pececillo nombrado *puye*.» Molina. Tal nombre, de origen araucano, es el único con que hoy se le conoce.

Lenz, n. 1170, que da el singular *puí*, que parece no convenirle.

Q

Quelenquelén. m.

Son varias las especies de esta planta chilena, de la familia de las Poligáneas; la *stricta*, «con racimos alargados de diez a catorce pequeñas flores rosadas, etc. Se crían en Chile y se conocen bajo el nombre de *quelenquelén* o *clinclín*. Su raíz es muy diurética; la *Monnina*, que es la más usada en medicina, se emplea especialmente para la curación de la gastralgia y dispepsia.» Murillo.

Lenz, n. 1198, que, como Román, estiman que la voz es de procedencia araucana, aunque no están de acuerdo en su etimología. Los indígenas pronuncian *kilenkilen*.

Queltehue. m. (*Tanellus cayenensis*).

«La especie que tenemos en Chile es muy conocida con los nombres de *queltehue* o *tregle*, y se halla en toda la América del Sur.» Philippi. «Otro género de pájaros que llaman los indios *qítteu*, tomando la denominación del modo de su canto, que suena así.» Ovalle. Véase la descripción que le consagra Molina, que lo llama *theghel*: si bien debe advertirse por lo tocante al nombre de este pájaro, netamente araucano y onomatopéyico, que el P. Luis de Valdivia lo escribió, primero que todos, *qítteu*, de donde el que hoy tiene de *queltehue*.

El *queltehue* se utiliza en Chile para que limpie los jardines de los gusanillos, de que se alimenta, y, a la vez, de guardian, pues en cuanto ve algún extraño a la casa, de día o de noche, denuncia en el acto su presencia.

Lenz, n. 1202, y Román, quien dice: «la forma *queltehue*... debe entrar en el Diccionario como chilenuismo, y con referencia a *frailecico* o *frailecillo*.»

Quetru. m. (*Anser patagonica* o *Micropterus cinereus*).

«En el sur de Chile hay un pato muy grande, con alas pequeñas que no sirven para el vuelo, el *quetru*.» Philippi. «El *quethu* (con aquella pronunciación) es del mismo género y casi de la propia magnitud y figura del *pingüino*, del cual se dis-

tingue en tener las aletas absolutamente sin pelo, sus pies están divididos en cuatro dedos palmeados, y tiene vestido el cuerpo de una especie de pluma espesa, larga y de color ceniciento, y tan ensortijada y suave, que parece lana.» Molina.

Quetho, en araucano, es cualquier cosa destroncada.
Lenz, n. 1212, y Román bajo la forma *quetro*.

Queule. m. (*Adenostemum nitidum*).

«Acuérdome del *quelu*, que es una fruta muy dulce, pequeña, entre colorada y amarilla.» Ovalle. «El *queul* es un árbol de robusto tronco, que crece como el roble; es muy copado y da una fruta parecida al limón ceuti en el tamaño y más amarilla que él; cómese cruda o asada al rescoldo, y de cualquiera suerte es gustosa; el hueso es sólido y liso, del tamaño de una avellana; la madera es incorruptible, de que se hacen obras de ensambladura...» Rosales.

«Los habitantes del país conocen las lúcumas silvestres bajo los nombres de bellota, *queule* y chañar. El *queule*, que crece más de cien pies en alto, echa las hojas ovales, de seis o siete pulgadas de largo y de un color verde brillante; sus frutas son redondas, de un hermoso color amarillo...» Molina.

Tal es la forma única que hoy prevalece. Alcedo escribe malamente *keule*. En araucano, del cual procede esta voz, se pronuncia *queuli*, según Havestadt, y *queul*, al decir de Febrés.

Lenz, n. 1213, y Román.

Quiaca. f. (*Caldcluvia paniculata*).

Arbolillo de la familia de las Saxifragáceas, «de tres a seis metros de alto, con hojas sencillas, oblongas lanceoladas, aserradas; flores pequeñas, blancas, dispuestas en corimbo terminal compuesto. En las provincias del sur de Chile. Sus ramos flexibles sirven de zunchos para toneles.» Philippi.

Algunos le llaman *tiaca*, pero prefiero la forma indicada por haber sido usada ya por Rosales, a quien siguen Cavada y Román. Los araucanos pronuncian *kùyaka*.

Quila. f. (*Chusquea quila*).

Pertenece a la familia de las Gramíneas. «La *quila* de Valdivia, y sobre todo, la *valdiviensis*, es muy ramosa y trepa en los árboles hasta la altura de 30 y 40 pies; hace el monte impenetrable; del *colihue* de la Araucanía (*chusquea colou*) los araucanos y pehuenches hacen sus lanzas.» Philippi.

«Los nudos de la *quila* no distan más de un pie entre sí...» Molina.

Vial Solar en su citada obra (pp. 39 y 148):

con arte primitivo fabricaron
sus sencillas y rústicas cabañas
de duras *quilas* y ligeras cañas...

y la *quila* salvaje se entrelaza
a los enormes troncos y se abraza
a ellos, como recia enredadera.

En araucano se dice *cùla*.

Lenz, n. 1217, y Román.

De esta planta, enteramente análoga al *bambú* malayo, existen en Chile unas ocho o diez especies.

Véase COLIHUE.

Quilmay. m. (*Echites chilensis*).

«*Quilmay*, arbusto voluble (de la familia de las Apocíneas, suborden de las Anapocíneas); tallos cubiertos de un vello medio blanquizco; hojas cortamente pecioladas aovadas, de un verde subido, lustroso por encima; flores blancas, bonitas, axilares, en número de una a cuatro. Su raíz es medicinal. Común en las provincias del Sur.» Philippi. «El *quilmay*, entre las plantas trepadoras o enredaderas se distingue por sus hermosas flores, de las que hay gran variedad; sus hojas son grandes y lustrosas, muy parecidas en su forma a las de la camelia.» Rossel, citado por Román, quien añade: «El nombre tiene forma araucana, pero no aparece en los diccionarios.»

Los indígenas pronuncian: *kùlmai*.

Quilo. m. (*Muhlenbeckia sagittifolia*).

El *quilo* es «arbusto lampiño, con los ramos flexuosos, y aun volubles y trepadores; hojas oblongas, un poco asaeteadas; flores axilares o aglomeradas en una especie de racimo.» Philippi. Se le clasifica en la familia de las Poligóneas.

«En todo Chile se da la mollaca o *quiloquilo*. El cáliz se vuelve carnoso con la madurez del fruto y se come.» Philippi. Arbusto vulgarísimo y conocido generalmente con sólo el nombre de *quilo*, de cuyas bayitas los indios hacían cierta especie de chicha.

Su etimología, dice Lenz, n. 1222, «es seguramente mapuche; pero no está en los diccionarios.» Como lo nota Román, es sin duda la misma voz que el P. Ovalle escribió *quelu*, pues dice hablando de su fruta «que es muy dulce, pequeñita, entre colorada y amarilla, de que hacen una bebida demasíadamente dulce.» Los indígenas pronuncian *kèlo* y *kèlon*.

Ya se dijo que el fruto de este arbusto se llama *mollaca*.

Quilquil. m. (*Lomaria chilensis*).

«...*quilquil*. con frondes pinados, que tienen a veces casi un metro de largo, las pínulas son truncadas, casi acorazonadas en su base.» Philippi. Esta especie y otra con las pínulas sésiles en todo su ancho, que alcanzan hasta uno y medio metros de alto, proporcionan con su rizoma alimento a los indios en los años de escasez. Pertenecen a la familia de las Polipodiáceas y son verdaderos helechos.

«El nombre, advierte Román, es el araucano *cùlcùl*, mata que tiene roscas en la raíz, y, lavándose con ella las indias, dicen se ponen rojas.» Febrés Astraldi.

Quiltro, tra. m. y f.

Existe también el diminutivo *quiltrillo*, *lla*.

«Sospecho que antes de la llegada de los españoles existiese en Chile el borbón pequeño llamado *quiltho*.» Molina. «Por el *quiltro* entienden [los indios] una casta de pequeños perros lanudos...» Gómez de Vidaurre. De estos perrillos, que Carvallo y Goyeneche creía también que hubiesen existido entre los indios antes de la llegada de los españoles, no se conserva

raza especial, pero el nombre se aplica a todo perro pequeño y alcanza aún sentido figurado. Los antiguos cronistas americanos afirman que los *quiltros* eran mudos y que se podía golpearlos hasta la muerte sin que diesen un ladrido; los que se conservan entre los araucanos y patagones semejan una raposa pequeña.

Es voz que se halla entre los escritores modernos y que registra también Zerolo.

En su forma diminutiva encuentro empleada esta voz en un reciente artículo de Iris (doña Inés Echeverría de Larraín): «Dichosa tú—pensamos—que conoces la dentellada, mientras que a nosotras apenas si nos han ladrado *quiltrillos* miserables.» *La Nación*, 29 de julio de 1917.

Lenz, n. 1227. «Por el mucho uso que tiene la voz *quiltro*, dice Román, pedimos que sea admitida como chilenuismo.»

Opina este último autor que tal voz viene del catalán *quisso* y *quítro*: Lenz, que es araucana.

Quillay. m. (*Quillaja saponaria*).

Arbol o arbusto con la corteza cenicienta, de la familia de las Rosáceas, hojas coriáceas, elípticas, obtusas o poco agudas, entera o ligeramente dentadas, lampiñas, cortamente pecioladas; cáliz tomentoso por fuera, pétalos blanquecinos; fruto, folículo tomentoso.

«Nuestro *quillay*, árbol muy interesante, porque su corteza contiene un principio particular, que se puede sustituir con ventaja al jabón.» Philippi.

«El *quillay* es árbol crecido, con hojas menudas y muy frondoso... Y remojada la corteza es como jabón para sacar manchas, que las saca con gran facilidad... Es muy común y usada para lavarse la cabeza, porque hace una espuma, en revolviéndola en el agua, que es como un jabón excelente, y da lustre y color al cabello, demás de limpiar la cabeza.» Rosales.

«El *quillay* arroja un tronco bastante alto y derecho cubierta de una corteza gruesa y cenizosa... Pero la cualidad más apreciable que tiene este árbol para los chilenos, depende de su corteza, la cual, machacada y disuelta con agua, levanta tanta espuma como el más perfecto jabón.» Molina.

Con el mismo nombre es conocido también en la Argentina. Viene del araucano *cüllay*. (Valdivia y Febrés).

Lenz, n. 1230, y Román.

Quilloy. m. (*Stellaria media*).

Planta anual de la familia de las Cariofíleas, «con tallos débiles, lampiños, a excepción de una línea longitudinal de pelos blanquiczos; hojas ovales, agudas, lampiñas; flores pequeñas, los pétalos de dos a tres milímetros de largo, iguales al cáliz. Maleza común en Europa e igualmente común en Chile.» Philippi.

Havestadt la cita con el nombre de *killoikilloi* y así también los naturalistas, pero en el común decir sólo *quilloy*, «y en esta forma, dice Román, puede entrar en el Diccionario.»

Quinchamáli. m. (*Quinchamalium majus*).

Pertenece a la familia de las Santaláceas: «perigonio epígino, tubuloso, con limbo quinquéfido, caedizo, rodeado en su base de un cálculo corto; un disco epígino en forma de anillo; fruto, una pequeña nuez. Hay varias especies en Chile, que se diferencian muy poco entre sí, conocidas bajo el nombre de *quinchamáli*; son anuales, perennes y aun sufruticosas, todas muy lampiñas, con hojas lineares y flores amarillas, terminales, dispuestas en espigas cortas, apretadas. Los campesinos beben el jugo exprimido o decocción contra los golpes o cuando hay postemas, extravasación de la sangre, etc.» Philippi.

«Y sea la primera la famosa yerba que llaman *quinchamáli*, la cual no se levanta [del suelo más de un jeme...» Ovalle. ... la yerba llamada *quinchamáli*, la cual tomó este nombre de un cacique grande herbolario, que usaba della para muchas curas, y es célebre entre los naturales, y hoy de los españoles por sus virtudes particulares...; se levanta del suelo poco menos de media vara, esparciéndose en delgadas ramas vestidas de menudas hojas con alguna semejanza a las hojitas del romero. Cada ramita se corona de una hermosa flor en forma de capullo, rojo y naranjado, que todo el año conserva su amenidad y la viveza de sus colores. Críase en los valles y cerros, pero con más lozanía en las sierras altas...» Rosales.

«Como el *quinchamalí* constituye un género nuevo, he tenido por conveniente darle su nombre chileno.» Molina.

González de Nájera: «Produce aquella tierra muchas y muy buenas yerbas medicinales, cuyas virtudes de gran parte dellas conocen los indios, con que hacen curas admirables, especialmente en heridas, y en particular con una yerba llamada *quinchamalí*, nombre de un cacique que halló su virtud. Alcedo también la trae.

Lenz, n. 1238, y Román que escribe *quinchamali*.

Quinchihue. m. (*Tagetes minuta*).

«Planta anual, pelada, olorosa, de un verde claro. Tallo derecho, rígido. Hojas opuestas, cabezuelas numerosas, pequeñas, cilíndricas, dispuestas en corimbos terminales. Flores amarillas...» Esta planta, latamente distribuida en toda la América del Sur, crece con preferencia en los huertos y viñas.

El P. Rosales habla de las «ramas hediondas del *quinchiu*» como muy provechosas para la cura de las almorranas.

Lenz, n. 1239, cuya etimología, dice, al tratar de esta voz, debe ser de procedencia araucana, aunque no se halla en los Diccionarios.

Quingüilla. f. (*Chenopodium album*).

Planta anual, de la familia de las Quenopodiáceas, de tallos estriados de verde y blanco, con las hojas aovado-romboidales o lanceoladas, desigualmente sinuado-dentadas; inflorescencias formadas de flores muy pequeñas sésiles; perigonio de cinco hojuelas verdes; cinco estambres; fruto, una nuez membranosa.

Es planta de procedencia europea, pero ignoro el nombre que lleve en España. El que tiene en Chile es diminutivo de *quinua*. Véase esta voz.

Quintral. m. (*Loranthus tretandrus*).

«En Chile y en toda la América caliente hay muchas especies; y las del género *loranthus*, se llaman *quintral*, es decir, fuego, por el color rojo vivo de las flores del mayor número de las especies.» Philippi.

El quintral es una yerba muy celebrada, la cual nace en los arboles y se hace una mata grande, que a veces coge gran parte del árbol en que nace, y los pájaros que se asientan en los arboles la siembran estercolando en ellos. Y es célebre porque de su fruta, en llegando a sazón, sacan los muchachos la liga con que cazan los jilgueros.» Rosales.

el ramo del *quintral* que en viva llama
se abraza al árbol del cual queda preso. .

Así Vial Solar en su obra citada, p. 54.

Hállase consignada esta voz en Zerolo.

Procede del araucano *cínthal*.

Lenz, n. 1242, quien observa que tal voz no se deriva de *cínthal*, como dice Philippi, sino de *cunchan* «mancornar o emparejar con otro.»

De este sustantivo procede el verbo *aquintrarse* y su derivado *aquintrado*, *a*, que se dice de los árboles y plantas que se cubren de éste u otro parasito vegetal. Román: «*aquintrarse*, *r.*, cubrirse los árboles o arbustos de *quintral*». Autor que rechaza la admisión de tal voz en el Diccionario, en vista de que en castellano se llama *muérdago* una planta semejante, pero que ciertamente no es la misma, y baste para ello observar que la flor del muérdago es amarilla y la del *quintral* de un rojo encendido.

Quínoa. (*Chenopodium quínoa*).

De la familia de las Quenopodiáceas proviene un cereal de cultivo muy antiguo, pero ahora muy reducido: es la *quínoa*. Hállase esta planta anual en Perú, Bolivia y Chile y se cultiva desde épocas remotas, tal vez ya antes de la invasión incásica. Aunque el trigo le hizo competencia eficaz, convendría conservar y extender su cultivo en regiones muy elevadas, como en los oasis del norte de Chile. Las semillas de esta planta poco exigente son orbiculares, comprimidas, de dos milímetros de diámetro... La *quínoa* es amarga, pero muy nutritiva.» Reiche.

«La *quínoa* se cultiva en una gran parte de la América del Sur. Las especies aromáticas forman ahora el género *ambri-*

na: a éstas pertenecen nuestros *paicos*.» Philippi. «Otra yerba hay poco más alta [que el *madi*], a que llaman *quínua*, cuya semilla, asimismo tostada, se hace blanquísima y muy semejante a grajea o anís confitado, que también es comida muy apacible.» González de Nájera.

«Hay dos géneros de *quínua* medicinales: una blanca y otra colorada, que es una semilla menuda como mostaza, muy conocida y de que hacen muchas sementeras los indios para hacer chicha della y comerla también molida en harina.» Rosales. Celebrada primero que nadie por Cieza de León: «Tienen [los collas] otra suerte de comida llamada oca, que es por el consiguiente provechosa: aunque más lo es la semilla que también cogen, llamada *quínua*, que es menuda como arroz.»

Y luego por el Inca Garcilaso, que trata de ella en varios pasajes de sus *Comentarios Reales*, por ejemplo: «El segundo lugar de las mieses que se crían sobre la haz de la tierra dan a la que llaman *quínua*, y el español *mujo* o arroz pequeño, porque en el grano y el color se le asemeja algo. La planta en que se cría se asemeja mucho al bleto, así en el tallo como en la hoja y en la flor, que es donde se cría la *quínua*;» añadiendo a esta descripción el curioso dato de que en 1590 le enviaron granos de esta semilla, que en España no fructificaron, aunque se sembraron en diversos tiempos, porque llegaron muertos.

Y enunciada por escritores modernos del Perú y la Argentina.

Viene del quichua, en cuya lengua se dice *quínua*, forma que no ha prevalecido, pues se dice generalmente hoy como la escribía Garcilaso.

Lenz, n. 1240, y Román, que escribe *quínua*.

Quique. m. (*Calictis vittata*).

«El *quique*... es bastante cruel y sanguinario, pero no obstante se le domestica con facilidad, y se tiene a veces en las casas para cazar ratones.» Philippi.

«El *quiqui* es una especie de hurón de color pardusco, y de trece pulgadas de largo hasta el nacimiento de la cola; tiene la cabeza aplastada; las orejas chicas y redondas, los ojos pe-

queños y hundidos, el hocico cónico, las narices chatas, con una mancha blanca en medio; la boca desgarrada como la del sapo, las patas bajas y corta la cola.» Molina. También traen Carvallo y Gómez de Vidaurre descripciones de este animalillo.

Su etimología es araucana: *quiqui*.

Lenz, n. 1245, y Román.

Estar como un quique: frase fig., que vale hallarse por extremo encolerizado. «Este animal es naturalmente feroz, y tan excesivamente colérico, que ha dado motivo para que los naturales apliquen el epíteto de *quiqui* a todas aquellas personas que con poco motivo se dejan arrebatar de la cólera...» Molina.

Quirinca. f.

La vaina dura que contiene las semillas del espino chileno (*rachelia cavenia*) es lo que en Chile se llama *quirinca*.

Román dice: «ya que no se le halla en los diccionarios araucanos ningún origen aceptable, creemos que puede venir del castellano *jeringa*...» olvidándose de que tal instrumento médico de forma tubular (que tal sería lo único que pudiera darle aquella apariencia) es de invención relativamente moderna; por mi parte, hace sesenta años a que estoy oyendo *quirinca*, cuando no se conocían otras jeringas que las de *eupucha* con canuto...

Quirquincho. m. (*Dasypus minutus*).

«También se crían en las pampas y llanadas de Cuyo muchas liebres y unos que llaman *quiriquinchos*...» Ovalle. «En las provincias ultramontanas de los Puelches y Cuyo tenemos el armadillo, que aquí llaman vulgarmente *quirquincho*.» Rosales. «Es un armadillo... que le llaman *quiriquincho*.» Molina. «Los *quiriquinchos* son de cuatro especies...» Olivares Consignan también el vocablo escritores de la Argentina y el Perú.

Viene del quichua, o quizás mejor, del aimará.

Lenz, n. 1248.

El Diccionario admite ahora *cachicamo* como sinónimo de

armatillo, o sea del *quirquincho* nuestro, y al definir éste, se olvida de dar su etimología, limita su area de habitación a Bolivia; y pues habla de que los indios bolivianos hacen charrangos de sus carapazones, bien podría añadir también, que sus colas se aprovechan para yesqueros, acepción de esta última voz que asimismo falta.

Quisca. f. **Quisco.** m. (*Cereus speciosus*).

«A esta y otras especies de cactus, en forma de columna, por lo común ramificada, con las flores en tubo alargado, se llaman *quiscos*.» «El cerezo perulero llamado *quisco* en lengua del país... el cual echa unas espinas de ocho pulgadas de largo, de que se sirven las mujeres en vez de agujas de hacer calcetas.» Molina. Léase en González de Nájera la admiración que le causó (y no era para menos) la primera vez que vió una de estas plantas y cómo la describe, diciendo que los indios la llamaban *quiscaruro*. Y así era en efecto, pero aplicando esta voz al fruto, según lo demuestra Lenz, n. 1249.

Vial Solar, obra citada, p. 34:

no era lo que la vista bien fingía
y que por bella realidad mintiera,
sino torcido *quisco* que elevaba
en el aire sus brazos de esqueleto...

Es curioso que Oviedo ignorara el nombre de esta planta, pues cuando habla de ella, la llama *cirio*.

A las espinas de esta planta se les llama *quiscas*: por ejemplo: «He visto monstruosos y aparragados melocactus al lado de colosales columnarios, cuyos vástagos, armados de acerdas *quiscas*, no tenían menos de pie y medio de diámetro.» Pérez Rosales, p. 158, última edición (1810).

«Del quichua *quichca*. (Mossi, Torres Rubio). *Quisca* y *quisco* deben admitirse como chilenismos...» Román.

R

Radal. m. (*Lomatia oblicua*).

Arbol de la familia de las Proteáceas, de hojas alternas grandes, ovaladas, aserradas, glabras, lustrosas por encima;

flores en racimos axilares, gemelas, con el perigonio con pelos ferruginosos; fruto, folículo y semillas aladas.

«...*radal*, cuya corteza se ha recomendado últimamente contra enfermedades del pecho...» Philippi. Es árbol que da una hermosísima madera, que se aprovecha para muebles. De varias maneras se escribe este nombre, pero la forma que damos es la que tenemos por correcta. Hernández lo trae en araucano: *raval*.

Lenz, n. 1252.

Rara. f. (*Phytotoma rara*).

«El género *rara* es muy singular por tener los bordes de la mandíbula superior finamente dentados en toda su longitud como una sierra; la mandíbula inferior más corta que la otra, y con el borde mismo liso, tiene interiormente pequeños dientes, que corresponden a los de la superior. No se alimentan de granos, sino de plantas tiernas. Viven sólo en Chile y en la República Argentina.» Philippi.

«La *rara* es casi del tamaño de la codorniz y su especie pertenece al orden de los gorriones... Tiene el pico grueso, dentado; el color de su espalda es un gris cargado y obscuro, que se aclara en toda la parte del vientre; y las guías de las alas y las plumas de un lado y otro de la cola tienen las puntas negras.» Molina.

Gay dice que el nombre procede de los araucanos, que llaman así a esta avecilla por su grito.

Lenz, n. 1258.

Raulí. m. (*Nothofagus procera*).

Arbol de la familia de las Fagáceas, con hojas alternas, oblongas, más redondas en la base que en la punta, doblemente aserradas, membranosas, glabras por encima, pubescentes por debajo; estípulas aovadas agudas, color castaño; brácteas de la cúpula peludas y espinosas.

«El *raulí*... excelente madera...» Philippi, «El *reuli* es una especie de cedro bastardo; el roble o *pellín*. La *patagua* es árbol de mucha elevación y frondosidad.» Córdoba y Figueroa. «...mas el *raulí* es peculiar de este país, y nos parece

explicarlo bien diciendo que es cedro bastardo...» Olivares. *Reuli* era la forma corriente hasta mediados del siglo XVIII, hoy desterrada por la de *raulí*. La que tiene en araucano es *ruilin*.

Lenz, n. 1263.

Rayador. (*Rhynchops nigra*).

«Los picos-de-tijeras, tienen el pico perfectamente aplanado, por los lados muy delgado, y la mandíbula superior mucho más corta que la inferior... Esta ave singular no es muy rara en Chile, donde se llama *rayador*...» Philippi. Tal nombre le viene de que al volar sobre las aguas del mar con suma rapidez, parece que en efecto fuera rayando la superficie.

Relbún. m. (*Rubia chilensis*).

Describela así Philippi: «Raíz fuerte, cilíndrica, dando salida a muchos tallos, de 15 a 20 centímetros de largo, débiles, algo erizados [por lo cual se llama también *lengua de gato*, como observa Román]; hojas dispuestas por cuatro, aovadas-oblongas, pedúnculos sencillos, axilares, llevando una a tres flores, envueltas por cuatro brácteas; fruto algo carnoso, colorado. Común desde la provincia de Aconcagua hasta Chiloé. Las raíces sirven para teñir los géneros y son muy análogas a las de la rubia.»

«El *relbún* de Chile contiene el mismo principio colorante que la rubia.» Philippi. «El *relbún* es el rubia tintoruz de Dioscórides, para dar baños a los que tienen gota y aliviarlos. Es muy usado en este reino para teñir colorado...» Rosales. «Y no abunda menos de tinturas... principalmente el *relbún* que es para el carmesí, de que hay notable abundancia.» Córdoba y Figueroa. «Extraen el color rojo de la raíz de una especie de rubia que llaman *relbún*, que se cría alrededor de los arbustos en parajes arenosos. Esta planta echa unos vástagos casi redondos, que llevan unas hojas ovales, puntiagudas, blanquecinas y sembradas de cuatro en cuatro por todo el tronco como los de la *cruzada*: sus flores son blancas y monopétalas, divididas en cuatro partes, y sus semillas están encerradas en dos granos rojos y ovales situados en el centro de la flor,

como las tienen las de la rubia europea. Su raíz, que es roja, se profundiza bastante en la tierra y arroja en la circunferencia de dos pies una infinidad de fibras.» Molina.

En araucano se dice *relvín*, pero en vista de la forma con que las citadas autoridades lo traen, preferimos escribir el nombre con *b*.

Lenz, n. 1267.

Retamilla. f.

Véase *ñanculahuín*.

S

Saltaperoico. m. (*Elater*).

«...cuando se hallan patas arriba, dan grandes saltos, hasta que caen de manos y se enderezan. Por motivo de estos saltos, se llaman *saltaperoicos*. En la Habana se llama cucuyos.» Philippi. Advertiremos que muy pocos de los insectos de esta familia que viven en Chile son luminosos.

Sietecolores. m. (*Regulus omnicolor*).

Preciosa avecilla que habita los totorales, de la familia de los Tiránidos, la más bella y variada en colores de todos sus congéneres de Chile; tiene el pico y patas negros, cuerpo manchado en todas sus partes de rojo, amarillo, azul marino, verdoso y blanco, y las alas y cola de un negro sucio. Le adorna la cabecita un elegante moño de color de fuego en el medio. Construye su nido en las hojas secas de totora, pegándolo de ordinario en un solo tallo de esta planta.

T

Tabolango. m. (*Paradoromorpha crassa*).

«El género anisomorfa... habita debajo de las piedras... Son insectos peculiares a la América del Sur y se llaman en Chile *tabolangos*.» Philippi. Tiene el cuerpo grueso y alargado, de color pardo obscuro, reluciente; la cabeza es oblonga, con ojos fascetados, pequeños; antenas y patas robustas; meso y

metatórax doblemente mas desarrollados que el protórax. Despiden un olor nauseabundo, que se percibe desde lejos, y se les encuentra en la Cordillera de los Andes. Suele tambien designarseles con el nombre de *chinchimoyos*, bajo cuyo nombre registran esta voz Lenz y Roman. Yo he oído solo el de *tabolango*.

Taca. f. (*Venus Dombeyi*).

«Hay muchas especies 'de venus' y muy bonitas. La venus Dombeyi es muy común en los mares de Chile; su nombre indígena es *thaca*.» Philippi. «Otras especies 'de ostiones' hay de más pequeños, que llaman *tacas*.» Ovalle. «De los pescados de concha, el que vulgarmente se llama *taca*... es muy blanda y delicada; la concha blanca, recia y algo rugosa. Rosales. «La ostra y el pico de papagayo es marisco regalado, como el choro y la *taca* y piur, y mejores mientras más al Polo.» Córdoba y Figueroa.

«La *taca* es una concha del género de las *chamas*, casi redonda, de cuatro pulgadas de diametro, estriada longitudinalmente y manchada de blanco, de violado y de amarillo. La superficie interna es de un hermoso color de aurora y el animalito que allí se alberga tiene un excelente sabor.» Molina.

Febrés nota «*thaca*: un marisco muy sabroso.»

Tagua. f. (*Fulica chilensis*).

«Las *fulicas*, a las que pertenecen las *taguas* de Chile.» Philippi. Y con tal nombre todos los zoólogos de Chile citan esta ave de las lagunas, nadadora, de movimientos muy graciosos y que tan pronto nada como se zabelle; de color negro azulado. Lenz, n. 1304, escribe el nombre con *h*, pero la práctica corriente prefiere la *g*, vulgarizada desde los primeros tiempos de la conquista, según puede verse ya en cierta encomienda de indios otorgada por el fundador de Santiago a uno de sus capitanes.

En araucano, según Febrés, *thahuathahua*. Conservado en el toponímico *Taguatagua*, una laguna.

Philippi advierte que la tatora o estoquillo, se llama también así, aunque escrita la voz sin *h*: significado que Lenz

considera erróneo; y por su parte afirma que la laguna a que acabo de aludir se llamó así por las *taguas* que la habitan. Observaré, a mi turno, que si Febrés trae *thagathaga*, la quijada, y si es sabido que de esa laguna se han extraído las mandíbulas de los extinguidos mastodontes, ¿no sería de creer que los indígenas habían observado ya el hecho y denominaron por eso así esa laguna, convertido luego el nombre por los españoles en *Taguatagua*? Si la razón para dárselo fuera la apuntada por el sabio lexicógrafo, la misma mediaría para todas las de Chile, que no deja ninguna de estar poblada de *taguas*.

Véase HUALA.

Talhuén. m. (*Talguenea costata*).

Arbol o arbusto de la familia de las Ramnáceas, de dos a tres metros de altura, con las ramas tomentosas y cenicientas; hojas opuestas o fasciculadas, oblongas, mucronadas, cunçadas en la base, algo más largas que las espinas; flores pentámeras; fruto, nuez hirsuta.

«El *talquén* es un árbol cuya madera es colorada y tan fuerte que es incorruptible, y así usan de las estacas de este árbol para rodrigones de las viñas para que duren muchos años.» Rosales. Ortografía que aparece hoy cambiada en la forma que se expresa (si es que en el original no estaba la crema en la *u*) y que Lenz cambia en *thralhuen*, ajustándose a la índole del idioma araucano, pero desmentida por los propios ejemplos que cita del uso de esta voz.

Tamarugo. m. (*Prosopis tamarugo*).

«El nombre de *Tamarugal* se deriva de *tamarugo*, árbol que crece en la pampa [de Tarapacá] y que, aunque en la época actual se encuentra en estado fósil, muestra, sin embargo, algunos ejemplares diseminados en diversos puntos.» Espinoza, *Geografía Descriptiva de la República de Chile*, p. 72. No se trata de un «arbusto o arbolito», como dice Lenz, n. 1311, sino de un árbol grande, parecido al algarrobo, que en la época prehistórica alcanzaba proporciones gigantescas y entre los

cuales hacía su habitación el mastodonte descrito por Philippi con el nombre de *M. Medinae*.

Como lo observa aquel autor, de *tamarugo* provino *tamarugal*, agrupación de aquellos árboles.

Tapaculo. m. (*Pteroptochus albicollis*).

«Avecilla del género *upucarthia*, del cual se hallan varias especies en Chile, y cuyo nombre se debe al canto que emite que parece repetir en él aquella voz.» Philippi.

El color general de su plumaje es un rojizo bruno, con una gran mancha blanca en el pecho.

Tayu. m. (*Flotovia diacanthoides*).

«*Tayu* o palo santo, árbol grande de las provincias del sur, con flores poco aparentes y dos espinas a la base de cada hoja; su corteza se considera como muy vulneraria.» Philippi.

Lenz, n. 1322, que cree la voz de procedencia seguramente araucana y enumera los demás botánicos chilenos que la citan.

Teatina. f. (*Avena hirsuta*).

Planta gramínea, anual, con espiguillas dispuestas en una panícula abierta, con los pedúnculos muy delgados; cada espiguilla con dos o tres flores fértiles. Úsase para el tejido de sombreros. Procede de Europa.

Teca. f.

«... los indios siembran en septiembre papas; en octubre maíz; en noviembre cogen su *teca*, que es como avena, que comen.» Herrera, década VII, p. 11, segunda edición; y en la página 191 añade lo que sigue: «Dase, como se ha dicho, en este reino el trigo, la cebada y el maíz y otras muchas semillas, y en particular una que llaman *teca*, la más temprana que los indios siembran y cogen; siémbrese en febrero y marzo y cógenla en noviembre, primero que la cebada; es como una yerba cebadilla, de media vara en alto, casi como una avena; su grano es como el del centeno, poco menos; cógenle antes que se seque y en manojos le dejan secar al sol, y lo desgranar y tuestan en arena caliente; y tostado, le muelen

en una piedra..., y hecha harina la llevan de camino y por doquiera para su sustento, y un celemín de esta harina basta a un hombre para ocho días, desatándola con agua, bebiéndola o comiéndola a medio desatar.»

Tenca. f. (*Turdus o mimus thenca*).

«Los ruisseños, que aquí llaman *chedcán*: calandrias, que llaman *tencas*...» Rosales «...la *thenca*, que yo creo es una variedad del tordo poligloto de la Virginia...; las plumas de la parte superior del cuerpo son cenicientas y manchadas de pardo y de blanco...; aunque canta todo el año, varía de tal modo la prodigiosa variedad de sus tonos, que no parece que se oye la voz de uno solo...» Molina.

Es voz araucana, onomatopéyica, y se halla en Havestadt: *trenca*.

Una de las avecillas de más hermoso canto que tengamos en Chile, que no es raro ver «entre doradas rejas.»

Lenz, n. 1329.

Teniu. m. (*Weinmania trichosperma*).

Arbol siempre verde, con la corteza arrugada y con puntos blancos; ramas nuevas, vellosas; hojas impari-pinadas; raquis alado, entre tres a ocho pares de pinas oblongo-elípticas y dentadas; flores en racimos; corola blanca; fruto, cápsula.

«El *teniu*, árbol muy grande de las provincias del sur.» Philippi. Descrito por Gay, *Botánica*, III, p. 45, donde se advierte que se llama también *tínel*, palo santo, y *madén*.

Lenz, n. 1330, acentúa *teniu*, advirtiendo que su etimología debe de ser araucana, aunque la voz no se registra en los diccionarios.

Tiuque. m. (*Caracara chimango*).

Ave de rapiña muy común en todo Chile y República Argentina, descrita por Azara y de que habló ya el cronista chileno Carvallo y Goyeneche.

Su aspecto general es el de todo los Falcónidos, distinguiéndose de sus congéneres por su pico grande, alto, ligeramente ganchudo y recto en la base; y por su plumaje opaco; por sus

alas prolongadas, que casi cubren enteramente la cola. Como en toda las aves de aquella familia, la hembra es un tercio mas grande que el macho (35 centímetros) y su plumaje mas oscuro. Es omnívoro, y, por consiguiente, tan perjudicial como útil.

Trae la voz Febrés, que escribe en araucano *thiupé* o *chiuque*.

Lenz, n. 1345.

Traro. m. (*Poliborus o caracara vulgaris*).

«Los *traros* son una sección particular a la América del Sur; tienen el pico encorvado sólo en la punta, los tarsos bastante largos, andan mucho en la tierra, y comen, sobre todo, sabandijas y animales muertos. Tenemos dos especies en Chile, el *traro* y el *tiuque* (*Poliborus chimango*)...» Philippi.

«Hay otras aves rapaces y carnívoros singulares de esta tierra, como el *peucu* y el *taru*, que saquean los palomares y gallineros.» Rosales.

«El *tharu* es una especie de águila del tamaño de un buen capón... El macho es de color blanquecino, salpicado de negro, y lleva en la cabeza una especie de corona compuesta de plumas negras; el pico es blanquecino; tiene los pies amarillos y escamosos; las guías de las alas y las puntas de las de la cola son negras...» Molina.

Taro (cuya pronunciación araucana en *ta* es *tra*), en Gómez de Vidaurre y Carvallo y Goyeneche.

Lenz, n. 1373.

Tricahue. m. (*Conurus cyanolytios*).

Nombre del loro que abunda más en Chile y el que se domestica y aprende a hablar. «El papagayo estante, conocido de aquellos pueblos bajo el nombre de *thecau*, es algo mayor que un palomo; adórnale el cuello un hermoso collar turquí; las plumas de la cabeza, de las alas y de la cola son de color verde manchado de amarillo; las de la espalda, las de la garganta y del vientre son amarillas, listadas sutilmente de verde, y su cola es igual y mediana.» Molina. Rosales dice que a los loros grandes de Chile los llaman los indios *tecau*, y a sus po-

lluelos. *coroy*. Gómez de Vidaurre, sin duda por yerro en la copia de su manuscrito, *thegan*, por *thegau*, como lo notó ya Lenz, n. 1383. En araucano, según Febrés, el nombre de este papagayo es *thucan*.

Trile. m. (*Xanthornus cayenensis*).

«El *trile*, enteramente negro con una mancha de un bello amarillo en la ala; es común en toda la América del Sur. Molina pretende que el nombre de Chile ha venido a nuestra patria de este pajarito. Philippi.

«El *thili* es una especie de tordo; su color es ceniciento, o mas bien, fusco, pero el macho es totalmente negro, menos por debajo de las alas, en cuya parte tiene una gran mancha de un hermoso color amarillo.» Molina. Citalo también Carvallo con el nombre de *tili*, trocado el acento.

Su etimología es araucana y probablemente onomatopéyica, Febrés escribe: *thili* o *chili*, el tordito con manchas amarillas en las alas; de este nombre opinan algunos llamaron *Chile* a este reino los españoles.»

Tucúquere. m. (*Bubo magellanicus*).

Tenemos varias especies [de mochuelos] en Chile: el *tucúquere* con dos garzotas encima de la cabeza.» Philippi. Es el mayor de los buhos que habitan este país.

Lenz, n. 1403, quien estima su etimología araucano-onomatopéyica.

Tunduque. m. (*Clonís maulinus*).

Ratón grande de la cordillera, bastante parecido en su tamaño, en su género de vida y en las cuevas que labra al *cururo*, de que ya se trató. Sale de sus madrigueras al ponerse el sol y entonces profiere un canto muy parecido al nombre con que se le designa.

Lenz, n. 1407, que da el nombre de este animalillo equivocado: *tunduco*.

Turca. f. (*Pteroptochos megalopodius*).

Pajarillo de la familia de los Teroptóquidos; tiene 21 a 22

centímetros de largo; el pico bastante corto, derecho y robusto; las alas cortas, la cola un tanto larga y siempre levantada, y las patas con tarsos muy fuertes y gruesos. Es de plumaje pardo rojizo y de un aspecto de los más extraños. El célebre Darwin, que en 1884 observó en Chile la *turca*, dice que cuando se le ve por primera vez, uno se imagina que se trata de algún ejemplar horriblemente mal disecado, que se ha escapado de un museo y vuelto a la vida. Se oculta al menor ruido, y por lo regular no se nota su presencia sino cuando deja oír su grito, que dice claramente «turca.» Vuela y corre poco y no hace más que saltar.

Su etimología es araucana; Febrés, *thureu*, voz onomatopéyica, como lo nota Gay.

Lenz, n. 1411.

V

Vandurria. f. (*Ibis melanopis*).

Los araucanos la conocen con el nombre de *raki*.

Zancuda incluida en la familia de los Ibíidos. Es ave de talla robusta, de unos 70 centímetros de longitud, con pico mucho más largo que la cabeza, fuerte y cortante, con la punta roma, arqueada hacia abajo. El color dominante del plumaje es blanco, algo amarillento, el pecho plumizo, el vientre y una parte de las cubiertas de las alas, de un negro con algún matiz púrpura; el pico negro hasta los dos tercios, y verde claro en el resto, y los tarsos rojos. Habita en los lugares pantanosos.

«La *bandurria* y el cuervo o gallereta se hallan en Chile.» Philippi.

«...haría bien el Diccionario, dice Roman, en abrir artículo para la *bandurria* chilena, ya que es ave originaria de aquí [y en esto padece error, pues es «cosmopolita, que se halla igualmente en una gran parte de Sur América y Africa,» expresa Philippi], y bautizada con este nombre por el pueblo y por los naturalistas»... «las *bandurrias*, en fin, que cada noche vienen de su pesca [y hétenos aquí con otro yerro, pues son aves diurnas], reunidas en grupo, cantando también.» Vicuña Mackenna.

Sería de todo punto vano aventurar una hipótesis cualquiera respecto a la procedencia de esta voz. Yo me inclino a creer que no ha recibido su nombre en Chile, pues Mariño de Lobera (pág. 52) la enumera entre las aves conocidas en España, al decir: «Hay muchas de rapiña y volatería, gavilanes, halcones, neblíes, sacres, azores, xirifaltes y gran suma de garzas y *vandurrias*...» González de Najera trae la siguiente variante en la grafía de esta voz: «Hay unos pájaros grandes, poco menores que gansos, de pico largo y encorvado, a que llaman *mamburrias*...»

Aicedo escribe con *r* y dice: «Ave del reino de Chile que en el Perú llaman *canclón*,» y en el lugar respectivo *canclón*, donde expresa que esa ave «es semejante a la *vandurria*...»

Vari. m. (*Circus cinereus*).

Ave de rapiña diurna, bastante común en las provincias centrales de Chile, y que se halla también en el Perú, la Argentina y el Brasil, descrita por Gay (pág. 239), y que no debe confundirse con el *bailarin* o neblí chileno.

Tiene el pico bastante pequeño y encorvado desde la base, y su plumaje, blando y sedoso, es gris ceniciento por encima, estriado transversalmente de finas rayas bermejas por debajo, y con las cubiertas inferiores de la cola blancas. Vuela muy alto y se mantiene inmóvil en el aire, sin cambiar de sitio.

Lenz, n. 1440, que no sabe si esta voz es de etimología araucana.

Vatro. m. (*Thypha angustifolia*).

Corresponde en todo y por todo a la *tatora*. Suele pronunciarse *batro*, pero debe preferirse la forma que apunto, porque en araucano suena *rathu*.

Lenz, n. 1441. Román: *batro*: «planta de la familia de las Tifáceas y parecida a la americana *tatora* (admitida ya en el Diccionario), y a las españolas *anea* y *espadaña*. Reclamen por sus derechos los naturalistas.» Queda complacido el docto lexicógrafo.

Vieja. f. (*Clinus geniguttatus*).

Pez de un tinte moreno en la parte superior del cuerpo y en el abdomen blanquizco; de figura prolongada y comprimida, con la cabeza del tamaño de la tercera parte del cuerpo; ojos salientes, cráneo llano y sin arrugas, con tentáculos cortos sobre las cejas; los dientes cónicos en ambas quijadas. Alcanza a unas cinco pulgadas de largo. Vive debajo de las piedras y su marcha es muy lenta, presentando sucesivamente uno y otro lado del cuerpo.

Vinagrillo. m. (*Oralis rosca*).

Hierba sumamente común, cuyos tallos cortados secretan un licor blanquizco bastante agrio. Molina describió ya dos especies bajo el nombre de *culli*, que es el que esta planta lleva en araucano, cambiada la *i* en *e*. *Culli* la llama también Carvallo y Goyeneche. Lenz, *culle* (n. 270). Prefiero con Román la voz *vinagrillo*, tanto por ser la más generalizada en Chile (yo, al menos, no he oído otra en el norte) y mas de la índole del castellano.

Vinchuca. f. (*Reduvius infestans*).

«Chinche alada, de casi una pulgada de largo, de cuerpo angosto, de patas alargadas. Este insecto, sumamente fastidioso, es bastante común en las provincias del norte de Chile y aun en ciertos lugares de la de Santiago, así como en la República Argentina.» Philippi.

«...Otro insecto llamado *vinchuca*, del género de las chinches, mucho mayor que la ordinaria, y alada... Fastidia más las narices con su mal olor, que la misma chinche; en las casas que no tienen techo de bóveda y muy parejo, se anidan y desde allí se descuelgan a la noche.» Gómez de Vidaurre.

«...los molestísimos enjambres de *vinchucas*, que, cuando hartas de sangre, más parecen guindas que *vinchucas*.» Pérez Rosales. Hállase la voz en Zerolo.

Lenz, n. 1455, quien estima que su etimología debe ser, probablemente, quichua.

Viravira. f. (*Guaphalium viravira*).

«La *viravira* es una especie de... siempreviva muy aromática y excelentísima para las fiebres intermitentes... Son tan sumamente lanudas las hojas de esta clase de yerba, que a la vista y al tacto no parece sino que están cubiertas de algodón; sus flores, que no pasan de cuatro, son compuestas, hilachosas, de color de oro, y están situadas en los ápices de los ramos...» Molina. Descripción que copió casi al pie de la letra Alcedo. «La *viravira*, especie de nafalio muy aromático, es provechosísimo en las fiebres intermitentes, en los resfriados y constipados... Ama los lugares montuosos y áridos, pues donde se le ve vegetar mejor es en los montes pelados y en las barrancas peinadas...» Gómez de Vidaurre. Citas que podría aumentar con varias otras.

La etimología de esta voz es quichua.

Lenz, n. 1454.

Viudita. f. (*Myobius albiceps*).

Pertenece a los Tiránidos; los colores de su plumaje son oscuros (de donde en parte también el nombre con que se le conoce) con ciertas manchas de tinte más subido en el pecho y vientre. Su pico, débil, corto y delgado, está guarnecido en su base de muchos pelos sedosos o barbas, que alcanzan casi hasta la punta. Es ave viajera y sus emigraciones periódicas cortas corresponden a los cambios de las estaciones, viviendo alternativamente en las alturas de la Cordillera durante el verano y en los valles de los llanos en el invierno. Insectívoro a las derechas, se apodera de cuanto bicho encuentra en el suelo o en las plantas.

«Uno de los pájaros más comunes de Chile, cuyo grito melancólico se oye desde septiembre hasta abril y ha dado lugar al nombre con que se conoce en el país. Es igualmente común en el Perú y la República Argentina.» Philippi.

Se le designa también con el nombre de *vío-río*, o, como quieren otros, de *fío-fío*: voces que traducen bastante bien su canto, y de donde habría provenido el nombre del río *Bio-Bío*, célebre en los anales de la guerra indígena, recordado por Ercilla en cuatro pasajes de su *Araucana*.

Y

Yareta. f. (*Laretia*).

Existen en las cordilleras de Chile varias especies de estas umbelíferas, que llegan a formar, agrupadas, un espeso tapiz verde; llámase de su nombre una cuesta que existe en la de Curicó. Produce una resina medicinal. Gay, *Botánica*, t. III, p. 80.

Respecto a su etimología, dice Lenz, n. 752: «No habiendo ninguna voz castellana parecida, ha de ser de origen indio.» Suele escribirse *llarita*. Prefiero la otra, pues así se dice también al estiércol de la llama, buen combustible, como lo es esta planta resinosa, y de ahí, a juicio de Lenz, tal nombre, quichua o aimará.

Yeco. m. (*Graculus brasiliensis*).

«Tenemos varias especies de cuervos marinos en Chile, v. g., el *yeco* y el lile.» Philippi.

Existe en araucano la voz, ligeramente alterada en el castellano. «*Yecu*, dice Febrés, unos pátos negros que llamamos cuervos.»

Lenz, n. 1480.

Yuyo. m.

«Los *yuyos*, que es una planta muy parecida en la figura de su hoja, ramazón y aún en el gusto algo picante, al rábano, de que se sirven para mezclar con la carne.» Gómez de Vidaurre. Es voz anotada por los lexicógrafos en Colombia, Perú, Ecuador y Argentina, ya en su forma *yuyo*, ya de *yuyu*. Se ha dicho que es el nabo: «el nabo, cultivado en Europa como planta oleífera, se ha hecho la maleza más común de Chile, adonde los campesinos la llaman *yuyo*»; pero más exacto sería afirmar que no es ni más ni menos que «el amarillo jaramago» que crece en los derruidos muros del antiteatro de Itálica.

Podría admitirse al menos como americana.

Z

Zanudo. m.

«Especie de mosquito muy común, que tiene muy largas las zancas, sumamente molesto, que da una picada muy dolorosa con el aguijón que tiene.» Alcedo.

Su nombre hale venido, indudablemente, de esas zancas largas de que habla Alcedo, y aunque viene a ser ni más ni menos que el mosquito, el hecho es que en Chile se le conoce generalmente con aquél.

Zapallo. m.

«Los *zapallos*, que decimos calabazas en España.» Ovalle. Y antes que nuestro autor lo había declarado ya el P. Acosta: «Pues las calabazas de Indias es otra monstruosidad de su grandeza y vicio con que crían, especialmente las que son propias de la tierra, que allá llaman *zapallos*...» Palabras del jesuita que copió a la letra, Gómez de Vidaurre. Trae también la voz Núñez de Pineda, pp. 159 y 175.

El *zapallo* no puede confundirse jamás en Chile con la calabaza; ésta no es comestible (al menos cuando está en estado de madurez) y sirve solamente como vasija: el *zapallo* es carnoso, más o menos dulce, y se come cocido o asado, y es el que en España se llama calabaza, siendo especialmente afamadas, las de Ronda; nuestro *calabazo* es el *calabacín* peninsular, conocido también, según el Diccionario, con el nombre de *bototo*, que da como americano.

Gómez de Vidaurre estableció ya la diferencia que en Chile existe entre *calabaza* y *calabazo*.

«Cultivan también las calabazas, tanto las de flores blancas, como las de flores amarillas. De la primera especie, que en su lengua llaman los indios *guada*, cultivan aún veinte y seis especies o a lo menos variedades constantes, algunas de las cuales dan frutos dulces y comestibles, y otras lo producen amargo. De estos últimos merece particular mención la gran calabaza de sidra, o como en este Reino comunmente se dice, *calabazo*, así llamado, porque los indios usan fermentar

dentro de ellos su sidra. Son éstos, de ordinario, de figura cónica, de mole tan grande, que no pocos pasan de tres cuartas de alto, y de capacidad tan vasta, que contienen mas de media arroba en medida de Castilla, de licor. Se sirven tambien de ellos en lugar de canastas... La especie mediana de estos mismos la cultivan para los usos domésticos, de platos, vasos de beber, etc., los pequeños para poner dentro de ellos el pimiento molido.» P. 118.

La voz *zapallo* se registra por los lexicógrafos argentinos y peruanos. Su etimología es quichua: *sapallu*.

Derivado: *zapallar*.

Lenz, n. 1489. Alcedo escribe la voz con *z* y la define: Nombre genérico de muchas especies de calabazas, y particularmente de una muy grande de color encarnado, que es comida general de la gente pobre, cocida con manteca y pimiento.»

FIN



388357

LaS.Gr Medina, José Toribio
M4914v Voces chilenas de los reinos animal y
vegetal.

DATE.

NAME OF BORROWER.

**University of Toronto
Library**

**DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET**

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

